M. BAHAMONDE

MAREOS

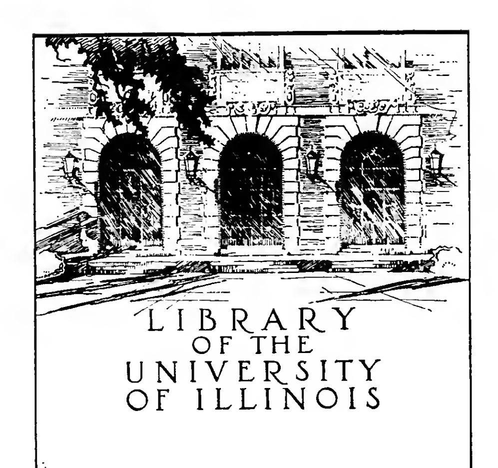
NOVELA AMERICANA



BUENOS AIRES

EDITOR: B. VALDETTARO

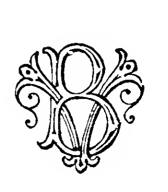
1892



M. BAHAMONDE

MAREOS

NOVELA AMERICANA



BUENOS AIRES
EDITOR: B. VALDETTARO

1892

AL PÚBLICO

Con la publicación de MAREOS *inicio la de una série de novelas, en ediciones populares, cuyo precio las pone al alcance de todo el público.*

Los libros de autores nacionales, casi siempre caros, no han tenido en muchos casos aceptación debido á esa circunstancia.

Su valor, no admite competencia con las obras extranjeras, y de ahí el que los lectores influenciados por la baratura de estas, las prefieran sobre las primeras.

Contra esa práctica vamos á reaccionar ofreciendo obras nacionales de todos los autores á igual ó más bajo precio que la de los extranjeros.

MAREOS *es una novela naturalista.*

Su autor, demasiado conocido no necesita ser recomendado; las obras que ya ha publicado pueden hacerlo mejor que nosotros.

Su personalidad literaria está perfectamente definida. Con estilo propio y abundancia de observación, refleja en sus obras el brillo de la escuela literaria hoy en boga, que busca la corrección del mal en su pintura y en su crítica y encuentra la belleza en la verdad.

Bahamonde es ante todo pintor de caracteres.

El autor de MAREOS *observa bien y pinta mejor.*

Basta esa recomendación.

EL EDITOR
B. Valdettaro



VERISIMILISMO

La palabra *verisimilismo* no se hallará escrita fuera de este libro; pero el sistema literario que representa, está en la novela, en la poesía épica y en la comedia.

Lo verosímil es la aproximación de lo cierto, sin ser exactamente lá verdad; es lo que puede ocurrir dentro de la naturaleza de las cosas, sin exceder los límites de lo posible; es la apariencia presentada con arte, á fin de acercarla cuanto sea posible á la verdad misma.

Las leyes del verisimilismo literario no se fundan en presunciones de utopistas, ni en las frivolidades y extravios de una fantasía exaltada.

No representan la anarquía del romanticismo, ni el precepto intolerante, absolutista del clasicismo.

No se trata de antropomancias ni taumaturgias, ni tampoco de materialismo repugnante.

En este género de literatura cabe la enseñanza de todo lo útil, distribuido en cuadros interesantes, que se unen entre sí, y cuyas tendencias deben ser: la sana crítica, la moralización, el heroismo, la honradez, el amor al estudio, el respeto á los ancianos, la compasión hácia los débiles, la sobriedad de costumbres, las aficiones científicas y artísticas, el culto del honor y el horror al mal, por el estudio del mal mismo.

Los críticos clasifican á Zola de naturalista, porque en los personajes de sus novelas, se reproducen los vicios ó virtudes de los ascendientes, tomando por verdad científica la teoría del atavismo aplicado á la especie humana; pero el atavismo no está incorporado á la ciencia antropológica; no le prestan sólido apoyo las semejanzas físicas, que están distantes de ser hechos permanentes é invariables; no se lo prestan tampoco las enfermedades, porque no son todas fatalmente herediterias.

Pero aunque el atavismo fuese evidentemente lo que sus partidarios pretenden, Zola no sería naturalista, por cuanto mezcla en sus libros la verdad con la invención.

Hay críticos que llaman á Zola romántico, por las exageraciones y desnudeces de su concepción novelesca. Los dos juicios tienen base.

El naturalismo se ocupa de las cosas que se producen por actos verdaderos; la exactitud es su método invariable.

Este sistema es el que caracteriza los libros científicos.

Considerado en su verdadera significación, nunca se ha mostrado solo en la novela; el naturalismo y la invención son dos cosas que se asocian sin unificarse: la primera es la verdad, y la segunda es la imitación de la verdad.

La obra que historia un hecho, observado y comprobado con exactitud, tal como una guerra, los incidentes de un proceso, la marcha de una enfermedad ó el desenvolvimiento de una familia, grupo ó tribu, es obra naturalista, científica.

La novela combina las cualidades verdaderas entre sí, formando con ellas grupos de otras que tengan probabilidades de existir, y para sentir las impresiones del mundo real, reunirlas, darles una forma nueva y animarlas, dentro del órden regular de las cosas, se necesita imaginación activa y creadora.

A este propósito literario concurre la preparación, por el estudio de la antropología, de las leyes, de la historia y de las costumbres.

Con estos auxiliares de la imaginación, la novela recrea, y dirije el entendimiento del lector hácia un fin provechoso, venciendo la pereza de su cerebro y facilitando la asociación de las ideas.

Zola se desconoce á sí mismo, cuando dice, que no se necesita imaginación para escribir novelas; que basta seguir la historia de un hecho.

Al historiador de un hecho, le basta ser verídico y saber narrar: es decir, tener imaginación pasiva.

Las obras del ilustre literato no están dentro de este programa; las anima la invención. La parodia, la perífrasis y la personificación de hechos imaginarios, demuestran, que hace uso de la imaginación.

Sin esto, Zola no apasionaría el ánimo de sus lectores, ni la literatura novelesca habría alcanzado tan alto puesto, entre los entretenimientos generalizadores de cultura social.

Lo que no se necesita para hacer novelas es genio, si nos atenemos á las recientes definiciones que hicieron los sábios de esta palabra.

Segun las nuevas clasificaciones de la ciencia, el genio es maravilloso, anormal; tiene su vista penetrante y luminosa puesta en lo sobrenatural, y es impenetrable para la generalidad inteligente.

De aquí se deduce, que el génio obra por virtud propia: todo lo sabe; pero si los hombres no lo entienden, su sabiduría resulta completamente inútil para los progresos de la humanidad.

Si la producción de lo maravilloso es el sello del génio, sus representantes legítimos podrían ser, el torpedo, el gimnoto, la pfilotacca, la capuchina, el aila-pfotis, el thalagssiglos y el arenero, que producen incomprensibles fenómenos eléctricos.

El génio, definido de este modo, es la antropolatría; no existe dentro de la verdad.

Lombroso dice, que el génio se acerca al delirio, á la inconsciencia.

Ante las teorías del sábio italiano, el génio es incapaz de gobernar la emisión de las ideas; es una enfermedad; el caos psicológico, que nada puede fnndar ni dirijir, ningun contingente prestará á la propagación de lo útil; ni siquiera puede recrear, porque la enagenación del *yo* pensante, no es recreación.

En cualquiera de los dos casos, el génio, que se atribuye á los grandes poetas, es inferior al talento de los prosadores, y así se esplicaría la decadencia de la poesía.

La poesía del génio vive en espacios innotos; no se posa sobre el mundo real para contemplarlo y empujarlo á su perfeccionamiento.

Para llenar estos fines, necesitamos poetas cuerdos é instruidos como los prosadores.

A un novelador no se le exige génio; le basta saber ordenar, esponer y esplicar armoniosamente los hechos y las cosas que inventa, para hacerlas visibles y comprensibles, y los productores de esta obra, son el talento y la imaginación, cualidades verdaderamente humanas, y por lo tanto, inteligibles y provechosas.

Por ellas llegan las novelas á todas partes y penetran en todos los entendimientos, no como huracán que azota, sino como brisa que murmura y acaricia, grabando en nuestra memoria armonías que nos encantan y estimulan para el bien; por ella se despierta el gusto literario, se humanizan los sentimientos y se calma la violencia de las pasiones.

—

La novela *verisimilista* empieza con desenvoltura, sin exposiciones, exordios, ni fechas.

La sencillez y la claridad del estilo, deben armonizarse con la utilidad de la doctrina, la finura de la trama y la agilidad de la narración.

El argumento descansará sobre deducciones juiciosamente sacadas del estudio de los hechos verdaderos.

El impulso de los acontecimientos es capaz de cambiar lógicamente las costumbres de un personaje; pero no de cambiar su idiosincrasia.

El hombre de una novela es el hombre de la vida social y es rarísimo el que conserva muchos años iguales aficiones.

Las luchas, los cambios de fortuna y de edad modifican insensiblemente el gusto y los procederes; pero no se pierde el carácter.

Si la acción de la novela abraza toda la vida de un hombre, debe marcar por lo ménos, sus tres periodos principales con los cambios que le son propios.

Un indivíduo de quince años no piensa ni obra como uno de treinta ó de sesenta.

Los sujetos no serán tantos que se estorben, ni tan pocos que hagan monótona la acción.

El protagonista no debe someterse á un escesivo trabajo; y al efecto, puede ser sustituido temporalmente, por alguna de las figuras secundarias; pero cuando reaparezca debe absorber con sus hechos toda la atención del lector.

El autor debe ocultarse durante la narración, y si alguna vez se hace visible, no demostrará superioridad, respecto del lector.

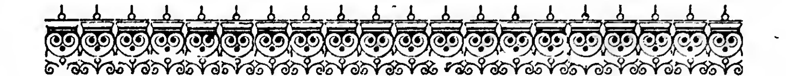
El libro será cerrado por el protagonista, con un rasgo fuertemente acentuado de carácter.

Tambien puede cerrarlo el autor, y en tal caso, lo hará en pocos ybien meditados renglones, ó encerrando en una sentencia breve, toda la doctrina de la obra.

En los últimos párrafos de la novela, el escritor se despide de un amigo inteligente, á quien no debe parecer demasiado sábio ni demasiado ignorante; ni muy orgulloso, ni muy humilde; ni místico ni materialista.

Es necesario, que las últimas frases dejen al lector contento, y con deseos de volver á ver al amigo que se despide.

M. Bahamonde.



MAREOS

Los tres hermanos Alfeo acababan de perder á sus padres.

Este acontecimiento doloroso rompió los lazos que los unía á su pátria, y se dispusieron á embarcarse para América en busca de mas ancho y productivo espacio para la agricultura, que era la ocupacion á que vivian entregados.

Corinto era el mayor de los tres hermanos; contaba treinta años y estaba casado con Olimpia Esmyrna, hermosa jóven de veinte y seis años que vivia entregada á la ruda labor agrícola y al cuidado de una niña de diez años, tan hermosa como la madre.

Los otros dos jóvenes Alfeo, se llamaban Aristipo y Horacio y representaban de veinte á veinte y tres años de edad.

Acordada la partida para Buenos Aires empezaron á preocuparse de buscar el dinero para el viaje.

Una revista editada en Génova, y llena de pomposas biografias de personajes políticos argentinos, llegó á manos de Corinto.

En esa revista se noticiaba á las familias italianas que quisieran inmigrar, que tenian pasajes gratis, trato esmerado á bordo; un hotel servido con esmero

en la República Argentina, y ocasión segura de adquirir grandes estensiones de tierra. Además, á cada inmigrante se le darian bueyes mansos, arados, semillas y manutención para un año.

Que las tierras destinadas al cultivo eran de una fecundidad asombrosa, y que podrian ser adquiridas en propiedad, pagando insignificantes cuotas anuales.

Corinto leia y releia esta parte de la revista, comentándola con sus hermanos y su mujer.

—Iremos sin pagar pasaje. He aquí resuelto el problema que me preocupaba.

Todos somos fuertes, conocemos el trabajo, y siendo unidos, llegaremos á ser propietarios.

Olimpia, nuestra pobre Cefisa, crecerá á la sombra de un hogar mas tranquilo que este. ¿No es verdad mi hijita?

- Si papá. ¿Es muy lejos ese país? ¡Estará cerca de Roma!

—¡Pobrecita! dijo Olimpia besándola. Es en América. ¿Sabes tú donde es América?

—No mamá.

—Es el nuevo mundo, á donde se fué tu abuelo Esmyrna, cuando yo tenia un año, y donde dicen que murió muy rico.

Esmyrna el padre de Olimpia, se había ausentado del hogar hacía veinte y cuatro años y no se sabía ciertamente donde residía. La única noticia de él que había llegado á Italia era la que daba un marinero, que le había visto en el Brasil muy rico, pero tan enfermo, que suponía hubiese muerto.

Corinto guardó cuidadosamente la revista y empezó á vender lo poco que tenía para trasladarse á Génova, pedir los pasajes y embarcarse para Buenos Aires con su familia.

Los bienes eran pocos y de escaso valor, así que la liquidación se hizo rápidamente y alcanzó á muy pocos cientos de francos.

Llegaron á Génova, buscaron la agencia indicada en la revista, la encontraron y Corinto con el sombrero en la mano, entró y se dirigió á un caballero elegantemente vestido preguntando si los datos que contenia la revista eran exactos.

El caballero, que era el jefe de la oficina, y que no entendía una palabra en italiano, tocó el timbre y se presentó un portero vestido de librea.

—A ver gringo, entendéte con ese paisano tuyo; á ver lo que quiere, dijo el jefe de la agencia al portero. El sirviente habló con Corinto y comunicó á su patrón lo que el visitante queria.

– Bueno; dile que ya no hay pasages; pero que si paga cincuenta francos por cada persona, le haré un lugarcito á bordo.

Corinto se asustó. Había vendido todo; el dinero que tenia no le bastaba para vivir un mes. En Génova no había trabajo para ellos, que solo sabian cultivar la tierra. Apenas le alcanzaba el dinero para pagar cincuenta francos por barba.

Todas estas reflexiones fueron comunicadas al jefe de la agencia por el portero.

—No; ¿qué no ha de tener ese gringo? Decile que pague y se deje de jorobar, y sino, que se quede comiendo pulenta en su tierra, que demasiados carcamanes tenemos allà.

Corinto quedó en volver al dia siguiente, para resolver.

Pocos minutos despues de haberse ido Corinto, llegó á la agencia un caballero argentino y encargó al agente el envio de dos petizos sardos para un personaje político del Rio de la Plata.

El agente se deshacía en cumplimientos. Ofreció enviar los petizos en la cámara de popa, si necesario fuese.

El encargado del cuidado á bordo, sería tratado á cuerpo de rey.

El portero, que estaba oyendo, comparaba en su

simplicidad de sirviente, la diferencia que había entre un agricultor fuerte, inteligente y bueno y un caballo; y veia que el último valia mucho más que el primero.

Corinto se veía en sérios apuros para ofrecer á la América el concurso de cinco personas sanas y trabajadoras, y aquel señor, hallaba para los petizos todo género de facilidades y ventajas.

El caballero se despidió del agente; éste lo acompañó hasta la puerta suplicándole que no se molestase en mandar los petizos, que él los haria traer con el portero y les daría á bordo el mejor y más cómodo local.

Al dia siguiente, despues de haber consultado con su familia, volvió Corinto á la agencia resuelto á entregar los doscientos cincuenta francos que le pedian.

Pidió recibo y el agente le dijo, que no los daba; que si queria dejar el dinero le entregaría los pasages y sino, que se volviese á su aldea. Corinto aceptó los boletos entregando el dinero sin recibo.

Ah! largaste, gringalete! murmuró el agente guardando los doscientos cincuenta francos en el cajón de su escritorio.

A los tres dias de esta entrevista, Corinto y su familia estaban á bordo formando un grupo unido en medio del confuso vaiven de pasageros, y de familias que iban á despedirse de sus parientes ó amigos. Los abrazos, las lágrimas y los apretones da mano eran el mudo lenguaje en que se expresaban los que se quedaban y los que partian.

La familia de Corinto arrinconada en un pequeño espacio de la proa no comprendía las emociones de las despedidas.

Corinto y los suyos estaban reunidos; á sus espaldas solo quedaban los sepulcros de sus mayores, y el melancólico aspecto de los campos que habían regado con su sudor. Ellos nunca tuvieron afecciones

profundas fuera del hogar; sin embargo, cuando el vapor anunció silvando la partida, tambien ellos se estremecieron.

Aquel grito ronco y prolongado parecía el adios de la pátria, y el humo que se perdía en la atmósfera, la tinta con que se rubricaba un pacto que ataba á un suelo estraño, el destino de toda la familia.

Reunidos, estrechándose en silencio, contemplaban como se alejaba la tierra poco á poco, perezosa y sombría como si la apesadumbrase la partida de los suyos.

Cuando desapareció Italia entre las sombras del oscuro horizonte, todas las personas de la familia Alfeo se llevaron el pañuelo á los ojos. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. ¿Qué sentian aquellas buenas gentes? No dejaban sobre la tierra italiana ni ódios ni amores. ¿Por qué lloraban entónces? Por la pátria.

Y sin embargo ¿qué es la pátria para el que nació y vivió en ella, sin ventura, sin poder, y sin tierra abundante para labrar? Los Alfeo no habían tenido pátria en el sentido provechoso de la palabra. La buscaban en América; veremos si la encuentran.

El momento de la tristeza había pasado. Era la hora de comer; ni Corinto ni ninguno de su familia pudieron probar el negro y súcio caldo ni la escasa carne que á cada pasajero correspondió. La única que se sintió con apetito, y comió de lo poco y malo que dieron á su familia, fué Cefisa.

Para dormir, Olimpia y su hija pasaron al departamento de las mujeres, y los hombres se acostaron en los estantes, que con el nombre de camarotes, estaban colocados hilera sobre hilera, en otro salon. El alojamiento era en alto grado molesto para los pasageros de proa.

Un mal gergon de paja y un cobertor roto era todo lo que la empresa les ofrecía.

Corinto, antes de embarcarse vivía lleno de privaciones, pero en medio de ellas, siempre estaba el aseo, y á bordo todo era mugriento.

En vano reclamaba una frazada que no fuese súcia, sus reclamos eran contestados con sonrisas burlescas.

Fué necesario resignarse; pocos dias tardarían en llegar, y entonces tendrian las comodidades y el aseo del hotel, que al decir de la Revista, no dejaba nada que desear.

Alentados con estas esperanzas, todos concluyeron por conformarse con el alimento, là cama y la limitación de espacio, para andar sobre cubierta.

Cefisa todo lo hallaba bueno; corria por todas partes como si estuviera acostumbrada á embarcarse, y en su calidad de niña y bella, gozaba del privilegio de acercarse á popa, donde otros niños y niñas jugaban y comian golosinas. Cefisa se mantenía apartada de los niños; pero sus ojos ávidos parecían contar los bocados de confituras y biscochos que se llevaban á la boca.

Entonces se apoderaba de ella una vaga tristeza, y con su infantil deseo, aparecian las comparaciones; esas terribles serpientes que nos muerden el corazon en la niñez, dejándonoslo lleno de veneno para siempre.

Ah! con qué gusto clavaría sus dientes de marfil, en aquellas golosinas! Qué dulces debian de ser¡ Su boquita se llenaba del jugo del deseo, y sin advertirlo, se le caia la baba.

Los niños ricos, no hacian caso de ella, y si alguno al correr se le acercaba, retrocediendo irritado, le decia, mostrándole la lengua:

—Ahaaa! ¡Sucia!

.Cefisa se sonrojaba y se sonreia, sin entender lo que aquellos jestos y exclamaciones querian decir.

No sabía el lenguaje que la soberbia recoje en los pechos de las nodrizas. No comprendía que la presencia de los pobres incomoda á los ricos; temen que les arrebaten parte de sus dichas.

Cuando los niños rompian en migajas sus golosinas y las ofrecian á las aves del gallinero, Cefisa suspiraba. ¡Si se las dieran á ella! ¡Cuánto placer le causaría!

Un dia, un anciano, le regaló algunas almendras.

Ah! nunca olvidará la niña la fisonomía de aquel hombre.

Su blanca y larga barba, su sonrisa de bondad y su cariñoso acento, vivirán tanto como Cefisa.

Aquel gran señor, le había regalado dulces y le había sonreido llamándole bella niña!

—¿Cómo te llamas?

—Cefisa.

—Y el apellido?

—Mi padre se llama Alfeo Corinto.

—¿Están abordo tus padres?

–Si, señor.

—Bueno. Despues de comer y almorzar, trata de estar por aquí Cefisa, te regalaré algunos dulces.

La niña dijo que sí con un movimiento de cabeza, mientras sus grandes y bellos ojos parecían no querer apartarse del anciano.

—Yo tambien tengo nietitas de tu edad. ¿Cuántos años tienes?

—Once.

—Pues eres crecida, dijo el caballero dándole un cariñoso golpecito con la punta de los dedos en la megilla. Hasta mañana Cefisa. ¿Vendrás eh?

—Sí, dijo la niña, pesarosa de que el buen señor se despidiese tan pronto.

Desde aquel dia, Cefisa gustaba frutas y dulces, despues de cada comida.

Ya no miraba á las manos de los niños ricos; ella, tenía de los postres que tenían ellos. Lo único que les envidiaba, eran las cintas y las moñas de colores. ¡Qué bien sentarían á sus cabellos negros!

Al llegar á la línea, un marinero se destrozó una mano entre el engranage de dos ruedas, y los pasa-

geros de primera, organizaron un concierto para socorrer al desgraciado.

A la mitad de la fiesta una señora empezó á recoger en una bandeja el donativo de los pasageros.

Cefisa, pudo ver desde la puerta del salón, las damas y los caballeros, elegantemente ataviados los últimos y resplandecientes de belleza y de adornos, las primeras; pero la más honda impresión se la causaron las niñas. ¡Qué lindas estaban, con sus vestiditos de seda de color, sus moñas y sus zapatitos brillantes! ¿Por qué todos los niños no tendrían estas cosas? murmurò Cefisa. Si yo las tuviera!..... Pero mis padres son pobres.....

Cuando Olimpia vino á llevarla, Cefisa se enjugó una lágrima.

Ir á dormir á un camarote sucio, alumbrado por un farol roto, despues de haber visto tanto terciopelo, tanta seda y tanta luz! Otra vez el demonio de la envidia hizo esclamar á la niña.

—Si yo fuese rica.....

Esa noche soñó que sus padres habian hallado un tesoro. Que heran muy ricos y que ella tenía montones de cintas de colores, y muchos y muy bellos juguetes.

Que todos los hombres la miraban con asombro, porque estaba muy bella. Que un señor de barba y cabellos blancos derramaba en su regazo piedras preciosas, sonriendo y golpeándole las mejillas con cariño.

Que sabía bailar mejor que las demás señoritas, y que un rey muy apuesto le ofrecía una corona.

Cuando más segura se creia de que todo cuanto veia era verdad, el buen señor anciano, se convirtió en una sombra pavorosa.

En un hombre horrible, con la cara hundida, el cuerpo enjuto y las manos descarnadas, en una de las cuales brillaba un puñal.

Cefisa dió un grito y se despertó llorando.

—Qué tienes Cefisa? preguntó su madre.

—Tengo miedo, contestó la niña, tapándose la cabeza.

—¿Soñabas?

—No sé.

—Vamos, duérmete tranquila, que aquí estoy yó.

Cefisa se durmió.

Al dia siguiente, corría de un lado al otro del castillo de proa, cuando vió pasar al encargado de cuidar los dos petizos sardos, con dos cintas rojas en la mano. Lo siguió y estuvo viendo como aquel hombre entretejía las cintas con la crin de los petizos.

Concluido el trabajo, el hombre se retiró.

Los petizos parecían estar orgullosos del adorno y sacudían la cabeza sin cesar.

Cefisa contemplaba las cintas con avidéz.

Tantos movimientos hizo, uno de los animales, que se le cayó la cinta.

Cefisa la tomó y se alejaba con ella en la mano, cuando el encargado de cuidar los animales la cogió de una oreja exclamando:

—¡Pícara! ¡Ladrona!

Cefisa soltó la cinta y quiso huír, pero el hombre le apretó más la oreja, y la niña asustada dió un grito, que llegó á oidos de su padre.

Corinto tomó la mano del guardian de los caballlos y la oprimió de tal suerte, que le hizo soltar la oreja de la niña y exclamar:

—¡Animal! Apuesto á que eres el padre de esta criatura aborrecible.

—Sí; yo soy, repuso Corinto, con la voz alterada.

Sentía el deseo de estrangular aquél hombre y en sus brazos había vigor bastante para arrojarlo al mar, pero tuvo el valor de contenerse y arrojándole la cinta al rostro dijo:

—Ahi tiene V. eso; no valía la pena de maltratar y asustar á una niña.

El aludido comprendió la reprimida exitación de Corinto y se alejó murmurando:

—Son capaces de robarle á uno los ojos, si se le caen.

Durante el resto del viaje, Cefisa tuvo muchas golosinas, regaladas por el señor anciano, á quien cada vez quería más.

La fisonomía de aquel hombre iba grabándose cada vez más en la memoria de la agradecida niña, mientras empezaba á sentir rencor hácia las niñas y niños, que parecían gozarse enseñándole almendras y pasteles, sin jamás ofrecerle uno; preferían darlos á las gallinas.

Poco á poco se fuè declarando la guerra entre ellos, y ella. Cada vez que la veían le mostraban la lengua y le decían ¡súcia!

Cefisa concluyó por contestar á las provocaciones, y los niños se quejaron, dando lugar á que prohibieran á Cefisa pasar de la mitad del buque, hácia la popa.

Esta prohibición la enconó más; temió hasta perder los halagos del señor anciano; pero no fué asi; él iba á buscarla á proa, y los dulces seguían cayendo entre sus pequeñas manos,

Desde entónces la niña, no veía, sinó de léjos á los niños de popa.

Un dia corrió el rumor á bordo de que se veía la América. La familia Alfeo subió sobre cubierta y vió en efecto tierra, pero supo que no era allí donde debía desembarcar; sin embargo, era tan agradable el aire que la familia Alfeo se quedó sobre el castillo de proa donde proyectaba pasar la noche con otras familias inmigrantes.

Abajo ya no se podía dormir; además del calor y el mal olor, los parásitos habían invadido las tarimas.

Esa noche prometía ser para los pasajeros de tercera la más bella del viaje; pero de pronto dió órdenes el capitan para que las familias de proa bajasen á la bodega, y á los efectos de esa órden, los

marineros empezaron á arrojar agua sobre cubierta.

Los infelices inmigrantes corrieron á ocultarse en la bodega, mientras los pasajeros de primera clase se reian y disfrutaban el aire puro que venía de tierra.

Corinto empezaba á saber lo que eran ódios y exclamó:

—¡Dio Cane!

Llegaron á Buenos Aires. Los vapores destinados al desembarque de los pasajeros atracaron al trasatlántico y empezaron á cargar mujeres, hombres, niños y equipajes, hasta que el agua amenazó invadir la embarcación.

Olimpia oprimía á su hija entre sus brazos llorando de miedo. Afortunadamente el rio estaba tranquilo, y despues de muchos sustos, Corinto y los suyos se encontraron instalados en el hotel de inmigrantes.

Mientras los pobres inmigrantes desembarcaban de un modo tan inconveniente, los dos petizos sardos eran acomodados en un solo vapor, con todo cuidado y atención.

En el hotel de inmigrantes, contrariamente á lo que decía la revista que Corinto llevaba en el bolsillo, la alimentación era detestable, el aseo, el abrigo y la comodidad, iguales ó peores que las del buque.

En el famoso hotel, construido de madera, la limpieza era desconocida y la existencia de insectos sobrepasaba cuanto pudiera imaginarse.

Los sirvientes del hotel, más que sirvientes, eran autoridades, que ordenaban á los hombres con tono grosero, que no fumasen, á los niños que no hicieran ruido y á las mujeres que se estuviesen quietas.

Ante las quejas de Olimpia, Corinto se limitaba á decir:

—Pronto se acabarán estos trabajos, hija; estamos en América y vamos á trabajar, y para dar mayor fuerza á sus opiniones, sacó la revista del bolsillo y empezó á leer de nuevo las regalías que les anunciaba.

—Todo lo que dice esa revista referente á los pasajes y el trato á bordo, ya viste que no es exacto.

—Sí, pero lo de la tierra, bueyes, semillas, etc., lo será; contestó Corinto.

—Dios te oiga, replicó Olimpia.

Los visitantes que concurrian al hotel eran muchos. Pedían porteros, cocineros, cocheros, mucamas, niñeras y había tambien quién pedia mujeres lindas, y familias agricultoras.

Olimpia gustaba á todos los buscadores de mujeres lindas; pero tenía marido y una hija y ni ella ni los suyos consentian en separarse.

A un caballero que buscaba agricultores, le indicó el portero del hotel la familia de Alfeo.

El caballero hablaba italiano y se entendió al momento con Corinto.

Pasajes, tierras, bueyes, instrumentos de labranza, manutención abundante y dinero, todo les facilitaba aquel hombre generoso.

Se hizo un contrato por diez años, que Corinto y sus hermanos firmaron y la familia tomó pasajes para el Chaco.

El contrato estaba escrito en castellano, el caballero se lo leyó á la familia Alfeo en italiano. Segun resultaba de la lectura, en aquel contrato todo estaba perfecta y claramente previsto, en favor de los agricultores.

El rico propietario, en cuanto vió á la bella Olimpia, concibió grandes ilusiones, y el apetito carnal le hizo entrever un triunfo seguro y fácil.

La familia de Alfeo partió para el Chaco.

Construyó un rancho à la orilla de un bosque y recibió dos yuntas de bueyes, arados, palas, hachas, una carreta, abundantes semillas y raciones suficientes para todo el tiempo que durase la ausencia del dueño de la propiedad.

La familia se entregó al trabajo con el ardor de la juventud y el deseo de prosperar.

Mientras tanto, el propietario se dedicaba á conseguir el cariño de Olimpia.

Aquella mujer pobre y honrada rechazó con indignación las infames proposiciones del enamorado, el cual se retiró de la propiedad esperando que el tiempo y las necesidades conspirasen en su favor.

Las raciones disminuian. Corinto empezó à inquietarse.

No sabia donde estaba instalado, ni por donde podia volver hàcia el pueblo, dado caso que su patrón tardase en cumplir lo que le había prometido.

Llegó el momento crítico. Las raciones se concluyeron.

No tenían caballos, y á donde quiera que dirigieran la vista, solo veían campo, bosque y cielo.

Hicieron varias escursiones, sin lograr ver pueblo ninguno.

El hambre apuraba. Mucho habian arado y sembrado, pero la cosecha estaba distante, y comieron un buey. Cuando las primeras legumbres empezaban á granar se comieron el último buey.

Era necesario recurrir al trabajo de azada, para comer y aprovechar con economía la cosecha.

La ropa se había ido consumiendo; estaban casi desnudos, cuando apareció el dueño del campo con las raciones ofrecidas.

Gritó, amenazó, por la pérdida de sus bueyes y de la cosecha; pero al fin mandó otros seis bueyes y obligó á los colonos á cortar maderas en grandes cantidades.

Esperaba por medio del sufrimiento vencer las resistencias de Olimpia, ó exasperar á Corinto á fin de entrar con el mismo, si era posible, en transacciones por dinero,

Tres años pasaron los Alfeo cultivando la tierra y cortando árboles y el patrón llevándose las cosechas y las maderas, sin dejar de cortejar á Olimpia.

La familia Alfeo estaba casi desnuda, y Corinto se

resolvió á pedir algun dinero á su patron sobre el producido de las cosechas y de las maderas que se había llevado.

El propietario le contestó que la parte de dinero que le correspondía se lo daría toda junta, mandándole mientras tanto alguna ropa.

Uno de los peones que tenía el dueño del campo para dirigir una tropa de carretas que conducía de la colonia los granos y las maderas, era italiano y Corinto le hizo traducir literalmente el contrato firmado entre él y el patrón.

El jóven, que aunque había nacido en italia, se crió en la República Argentina, tradujo el documento y Corinto vió que en él se daba por recibido de la parte que le correspondía por los diez años de sociedad.

La sorpresa del pobre hombre y de toda su familia fué superior á cuanto puede decirse.

Tres años perdidos en trabajos y privaciones, y siete más en perspectiva de perderse, eran para anonadar al más intrépido.

Corinto no podía haber sospechado nunca tal infamia. El contrato estaba escrito en español porque su patrón le dijo que era prohibido escribirlo en un idioma extranjero. Lo oyó leer en italiano, arreglado al paladar del que lo había hecho y nunca tuvo la desconfianza de haber sido engañado.

Despues de mucho reflexionar entre todos, resolvieron tener una explicación con el dueño de la colonia, y proceder de acuerdo con el resultado de esta explicación.

Corinto marchó con la tropa de carros, para conocer la dirección que debía de seguir en el caso que tuviera que abandonar la colonia.

Despues de avistar una población, volvió al lado de su familia seguro del camino que debía seguir, y esperó la vuelta del patrón sin cortar más maderas.

La tropa de carretas volvió á la colonia, pero tuvo que regresar al pueblo sin carga.

El patrón se dirigió entónces á la colonia acompañado del peon italiano, é hizo cargos á Corinto increpándole la falta de cumplimiento del contrato.

—La falta no es mia, patrón, contestó Corinto. Este contrato no es igual al que V. me leyó en Buenos Aires.

—¿Por qué no es igual?

—Lo hice leer por una persona que conoce la lengua en que está escrito, y resulta todo lo contrario de lo que V. me ha prometido. Ni yo ni mi familia podemos ser esclavos por diez años.

—A ver; léele este contrato, dijo D. Gaspar á su peon; léeselo en italiano para que lo entiendan.

El peon empezó à leer exactamente lo que estaba escrito.

Al ver esto D. Gaspar, le arrebató el contrato diciendo: —Carcamán animal; no sabe ni traducir, y diciendo esto, empezó á leer él lo que no estaba escrito; es decir, leyó como había leido en Buenos Aires.

El peon de D. Gaspar frunció el ceño, al escuchar el apóstrofe de su patron, y miró á Corinto significativamente.

—¿Quién firma? preguntó Corinto á D. Gaspar, cuando éste concluyó la lectura del contrato.

—¿Quién á de firmar sinó yó?

—Firma Gaspar solamente, y V. debe tener apellido como lo tengo yó. Además, á mí me parece que el contrato no dice lo que V. acaba de leer.

D. Gaspar se desató en improperios y amenazas contra Corinto.

—No es necesario disgustarse. Yo quiero la parte que me corresponde ó me voy de aquí.

—A la cárcel, es dondo has de ir; no sin que antes te muela el lomo á palos, dijo con furia D. Gaspar.

Corinto palideció primero y se enrojeció despaés, pronunciando una dura interjeción.

D. Gaspar se echó mano al rewolver; pero su peon

se lo arrebató y se paró en la puerta del rancho miéntras el patron seguía insultando al colono.

Una espesa nube cubrió las pupilas de Corinto, y sin saber lo que hacía, descargó tan feróz golpe de puño en el rostro de su patrón, que lo derribó.

El abofeteado se levantó, desenvainó el puñal y se precipitó ciego sobre Corinto, el cual estaba sujeto por los brazos de su familia.

El peon de D. Gaspar dió un salto, y antes de que el puñal se hundiese en el indefenso cuerpo de Corinto, lo arrebató de la mano del atacante, como había hecho con el rewolver.

—¡Miserable! ¡traidor! gritaba D. Gaspar enfurecido.

—Mire patrón, quiero evitarle una desgracia. Este hombre tiene razon, V. le engañó y todavía quiere matarlo.

—Y qué te importa á tí bandido?

—Mire, no me insulte, porque yo no soy como este pobre paisano, padre de familia. Tanto me importa vivir entre los indios como entre los cristianos.

D. Gaspar comprendió que estaba en mala situación y pasándose la mano por la frente dijo.

—Creo que dices bien; no era el caso para acaloramiento; hay autoridades ante quien recurrir, pero este hombre me dió una trompada.

—Dése por bien servido, que bien la merecía V.

—Bueno, se acabó; dame mis armas. Nos iremos mañana al pueblo y allí lo arreglaremos todo, dijo D. Gaspar, disimulando el rencor que le roia.

—Se las daré en el camino.

—Dámelas ahora; te prometo no hacer uso de ellas.

—Es de valde patrón; por ahora las guardo yo.

El peon de D. Gaspar se reia de un modo extraño, sin que su mismo patron pudiese comprender tan rara hilaridad.

Los hermanos de Corinto apenas podían contenerse; muchas veces sintieron el impulso de tratar á

D. Gaspar como merecía; pero ya fuese por el asombro de la actitud de éste ó por las miradas de Corinto, el hecho es que se estuvieron quietos. La noche se aproximaba.

Cefisa estaba sentada en el tronco de un árbol que se elevaba al lado de la puerta del rancho. La niña pronto iba á cumplir quince años; se habia desarrollado extraordinariamente y su belleza iba en aumento.

El peon de D. Gaspar se le acercó y le dijo.

—Niña, este hombre es un malvado; les oculta hasta el apellido para robarles el trabajo. Yo voy á librar á Vds. de él; solo deseo que no se olvide de mí.

Cefisa miró al peon sin comprender ni contestar sus palabras.

El peon de D. Gaspar era un jóven de veinte y dos años, alto, rubio, corpulento, de ojos verdosos y mirada acerada.

Había venido de Italia cuando tenía ocho años y hacía cuatro que trabajaba con D. Gaspar.

Se llamaba Aquiles Alexandri y era huérfano desde los quince años.

Aquiles se enamoró de Cefisa, de ese modo violento que se enamoran los que callan sus impresiones.

Ella no tenía sospechas de aquel cariño; sus afecciones no iban más allá de su familia é ignoraba que existiese un afecto diferente al que sentía por sus padres y sus tios.

D. Gaspar tenia veinte y cuatro años pero representaba treinta. Era dado á todo género de especulaciones, buscaba el dinero por todos los medios y la suerte no se mostraba ingrata con él.

El orígen de este jóven es el siguiente.

Un italiano llamado Gaspar Pallini tuvo un hijo con una muchacha italiana Roseta Tarina. A este niño se le bautizó con el nombre del padre.

Pallini prometió casarse con Roseta; pero un dia antes del señalado para el casamiento desapareció sin dejar indicios del rumbo que llevaba.

El padre de Roseta llevó el niño á la capital de Corrientes para que se instruyera, y á los diez y seis años le fué á buscar para que le sirviese como administrador de la fortuna, adquirida cortando maderas y haciendo carbon en el Chaco.

El jóven Gaspar Pallini quedó huérfano á los diez y ocho años; se hizo declarar mayor de edad y siguió aumentando los bienes que le dejaron sus abuelos.

Desde esa edad demostraba un carácter violento, conducta logrera en los negocios, y afición excesiva á los placeres sensuales.

Despues de la última entrevista que tuvieron en la colonia el patrón y el colono, Olimpia comprendió la necesidad de comunicar á su esposo las proposiciones de D. Gaspar; pero aplazó esta resolución, esperando que sus negativas bastasen para contener al malvado.

La pobre mujer ignoraba que en los cálculos del lividinoso personaje no solo entraba la posesión de ella sino tambien la de su hija.

La última vez que D. Gaspar vió á la niña crecida, hermosa y próxima á ser una mujer completa, pensó que despues de la madre le vendría bien la hija.

¡Pobre niña! Apenas se habia dado cuenta de que vivia, y ya estaba alimentando dos pasiones, de las cuales tal vez dependería su destino.

Las borrascas de la vida la circundaban, rugían, se agitaban, mientras su alma inocente soñaba con la posesión de pintadas mariposas y perfumadas flores.

El rayo iba á rasgar el corazón de la nube. Ni Cefisa ni los suyos sospechaban, que la descarga eléctrica amenazaba la cabeza de la hermosa niña.

En los misteriosos secretos del porvenir vamos arrojando, sin saberlo, los elementos conque se ha de formar nuestra fortuna ó nuestra desgracia.

El carácter, la educación, el estado de la inteligencia, y hasta el aspecto concurren á formar nuestro destino.

Hay, sin embargo, el pró y el contra en la lucha que nos rodea. Cefisa tenía en su contra la pasión brutal de D. Gaspar, y en su pró, la honesta y firme simpatía del jóven Alexandri.

Entre aquellos dos hombres se levantaba Cefisa precipitándolos al combate, manteniendo constantemente encendida la hoguera del odio, sin sospecharlo.

D. Gaspar lucharía con ventajas; la posición pecuniaria, las relaciones, y la misma instrucción, axiliarían sus proyectos.

Alexandri no tenía más que la tenacidad de su juventud, la resolución del sacrificio, la idea fija de un amor naciente que se iría agigantando en la lucha y que llegaría hasta las últimas consecuencias.

Ah! la vida es un continuo mareo, producido por el intranquilo mar de la existencia.

Las ambiciones se chocan y se rechazan para volver á chocar. Ni la desorganización de la materia produce la paz. Nuevas agitaciones empujan las moléculas dispersas, nuevos rumbos, nuevas asimilaciones, nuevas formas reclaman la actividad esterna del universo mundo.

Dónde está la quietud? no existe.

Hasta la tumba tiene su actividad.

La vida no se acaba jamás, porque ella es el movimiento, la vibración eterna.

D. Gaspar y Alexandri partieron de la colonia, con dirección al pueblo.

D. Gaspar presentó el contrato á la autoridad y entabló queja contra Corinto, despues de haber despedido á su peon.

Alexandri halló bien pronto trabajo donde ménos le convenía á D. Gaspar.

Obtuvo el empleo de capataz de una tropa de carretas, que pertenecían á un jefe militar de la Gobernación.

Mientras las carretas estaban paradas, Alexandri

visitaba la familia de Corinto, enterándose de todos los sucesos é interviniendo en ellos.

D. Gaspar se presentó en la colonia con un escribiente del juzgado intimando á Corinto el fiel cumplimiento del contrato escrito. Corinto no hizo caso de la intimación y siguió cortando maderas hasta tomar la parte que como sócio le correspondía.

En ese viaje, D. Gaspar comunicó á Olimpia, que si no era complaciente con él, traería fuerza armada, y llevaría á su marido y á sus cuñados presos; si accedía á sus pretensiones, ninguna persona de su familia sería molestada y ella y su hija, tendrían todo el dinero y comodidades que ambicionasen, á cuyo efecto, las haría trasladar al pueblo donde iría Corinto á visitarlas cuando quisiese.

Ante la amenaza de ver á su esposo y á sus cuñados presos, quedando ella sola con su hija en el desierto, ó tener que faltar á sus deberes, resolvió decirle á su marido lo que hasta entonces había callado por prudencia, para matar de un golpe las esperanzas de D. Gaspar.

Corinto hablaba largamente con Alexandri cada vez que éste venía á la colonia, y reconociendo los nobles y amistosos sentimientos del jóven, seguía sus consejos al pié de la letra.

Los hermanos de Corinto, Olimpia y la misma Cefisa, estimaban á Alexandri, por su conducta cariñosa hácia ellos.

Cuando D. Gaspar se vió desobedecido por Corinto y desengañado definitivamente por Olimpia, pidió el auxilio de la fuerza armada para arrojarlos á todos de la colonia; pero el Gobernador militar, enterado de estos pormenores por Alexandri, se limitó á pedir la vista del contrato.

—¿Por qué no puso V. su apellido en este documento, señor D. Gaspar? preguntó el coronel.

—Ahí está, señor coronel; no uso más que la ini-

cial de mi apellido y el nombre entero, como lo hacía mi padre, que era italiano.

—¿Qué suma de dinero le dió V. á su colono á cuenta de las utilidades de diez años?

—Señor coronel, ese es asunto particular entre el colono y yó.

—Siendo así, arréglense Vds. particularmente; la fuerza que tengo á mis órdenes no puede mezclarse en esta clase de cuestiones.

—No quiere obedecerme el pícaro gringo.

—Obedézcale V. á él.

—Señor coronel, yo creo que usía tiene él deber de amparar los intereses de los vecinos de su jurisdición militar....

—Sí, señor, y de meter en el calabozo á los pícaros y deslenguados.

—Pido disculpa al señor coronel; no he creido faltarle al respeto.

—Está disculpado.

—Al verme sin el amparo de usía no sé como arreglar mis asuntos.

—V. me ha dicho que son particulares....

—Es verdad, pero particularmente, solo puedo hacer valer mis derechos con el rewolver.

—Tenga mucho cuidado!... A los asesinos los trato yó como merecen.

—Señor coronel, no me doy cuenta de mi situación. Usía me ha dicho que á este contrato le falta mi apellido; lo firmaré de nuevo, si es necesario.

—De nada le serviria á su colono. Las estipulaciones que están ahí escritas, son onerosas y tiránicas para él.

—Él las aceptó así, señor coronel, y creo que es mayor de edad.

—Sí, pero el contrato está hecho en español, y su colono no habla ni lee más que en italiano.

—Se lo traduje antes de firmar.

—¡Cómo habrá sido la traducción!

visitaba la familia de Corinto, enterándose de todos los sucesos é interviniendo en ellos.

D. Gaspar se presentó en la colonia con un escribiente del juzgado intimando á Corinto el fiel cumplimiento del contrato escrito. Corinto no hizo caso de la intimación y siguió cortando maderas hasta tomar la parte que como sócio le correspondía.

En ese viaje, D. Gaspar comunicó á Olimpia, que si no era complaciente con él, traería fuerza armada, y llevaría á su marido y á sus cuñados presos; si accedía á sus pretensiones, ninguna persona de su familia sería molestada y ella y su hija, tendrían todo el dinero y comodidades que ambicionasen, á cuyo efecto, las haría trasladar al pueblo donde iría Corinto á visitarlas cuando quisiese.

Ante la amenaza de ver á su esposo y á sus cuñados presos, quedando ella sola con su hija en el desierto, ó tener que faltar á sus deberes, resolvió decirle á su marido lo que hasta entonces había callado por prudencia, para matar de un golpe las esperanzas de D. Gaspar.

Corinto hablaba largamente con Alexandri cada vez que éste venía á la colonia, y reconociendo los nobles y amistosos sentimientos del jóven, seguía sus consejos al pié de la letra.

Los hermanos de Corinto, Olimpia y la misma Cefisa, estimaban á Alexandri, por su conducta cariñosa hácia ellos.

Cuando D. Gaspar se vió desobedecido por Corinto y desengañado definitivamente por Olimpia, pidió el auxilio de la fuerza armada para arrojarlos á todos de la colonia; pero el Gobernador militar, enterado de estos pormenores por Alexandri, se limitó á pedir la vista del contrato.

—¿Por qué no puso V. su apellido en este documento, señor D. Gaspar? preguntó el coronel.

—Ahí está, señor coronel; no uso más que la ini-

cial de mi apellido y el nombre entero, como lo hacía mi padre, que era italiano.

—¿Qué suma de dinero le dió V. á su colono á cuenta de las utilidades de diez años?

—Señor coronel, ese es asunto particular entre el colono y yó.

—Siendo así, arréglense Vds. particularmente; la fuerza que tengo á mis órdenes no puede mezclarse en esta clase de cuestiones.

—No quiere obedecerme el pícaro gringo.

—Obedézcale V. á él.

—Señor coronel, yo creo que usía tiene él deber de amparar los intereses de los vecinos de su jurisdición militar....

—Sí, señor, y de meter en el calabozo á los pícaros y deslenguados.

—Pido disculpa al señor coronel; no he creido faltarle al respeto.

—Está disculpado.

—Al verme sin el amparo de usía no sé como arreglar mis asuntos.

—V. me ha dicho que son particulares....

—Es verdad, pero particularmente, solo puedo hacer valer mis derechos con el rewolver.

—Tenga mucho cuidado!... A los asesinos los trato yó como merecen.

—Señor coronel, no me doy cuenta de mi situación. Usía me ha dicho que á este contrato le falta mi apellido; lo firmaré de nuevo, si es necesario.

—De nada le serviria á su colono. Las estipulaciones que están ahí escritas, son onerosas y tiránicas para él.

—Él las aceptó así, señor coronel, y creo que es mayor de edad.

—Sí, pero el contrato está hecho en español, y su colono no habla ni lee más que en italiano.

—Se lo traduje antes de firmar.

—¡Cómo habrá sido la traducción!

—Veo que usía está mal impresionado, y presumo de que lado viene la intriga...

—No entiendo yó de intrigas, señor Gaspar. Cumpla V. sus deberes de hombre honrado, y nunca hallará intriga que le perjudique. ¿Qué pensaría V., si cuando su padre vino de Italia hubiese hallado un capitalista que le hiciese la travesura, que le hace V. á esa pobre familia?

—No sé cuales pueden ser mis travesuras. Soy dueño de mi propiedad y de mi bolsillo, y sobre esas dos cosas basé un negocio honesto.

—D. Gaspar, estoy ocupado; si no se le ofrece otra cosa...

—Nó vale la pena de ser propietario en mi tierra, si para defender la propiedad, hallamos tantas dificultades.

—Hasta la vista, señor, dijo el coronel, dando la espalda á D. Gaspar.

—Para servir á usía.

D. Gaspar comprendió perfectamente, quién había informado al coronel: Era Alexandri.

¿Por qué aquél jóven que tambien le servía, antes de conocer á Corinto, se declaraba su enemigo? ¿Estaría prendado de Olimpia?

Recordaba que hablando de la familia italiana, había dicho: al jóven, que la madre y la hija serían sus concubinas. ¿Tendría Alexandri interés en ellas?

D. Gaspar juró en ese momento exterminar al peon y á la familia de Olimpia, con excepción de ella y de su hija.

El ódio, los celos, el desordenado apetito de placeres, y el despecho de verse defraudado en sus esperanzas de presión militar, le enfurecían. El coronel mismo, no se vería libre de los proyectos de venganza que forjaba D. Gaspar.

Olimpia, como lo había pensado, informó á su marido de las pretensiones del patron, explicándole las razones que le habían impedido decírselo antes.

Corinto acababa de ser tocado en la fibra más sensible. Se sentía capaz de afrontar, hasta el martirio, pero nunca la traición de Olimpia. Sabía que era honrada, pero preso él y sus hermanos, y expuesta ella á morir de desesperación ó deshonrarse... quién podía preveer lo que elegiría...?

¿Y qué sería de su hija, si las amenazas de D. Gaspar se cumplian?

No le quedaba más protector que el jóven Alexandri, y la edad y la posición de éste, no eran para inspirar confianza.

Lo único que aún consolaba á Corinto, era, que la fuerza armada no parecía.

Cuando volvió Alexandri á la colonia, Corinto le informó de las revelaciones de su mujer, y el jóven contestó sonriendo:

—No es eso solo. D. Gaspar quiere á la madre y á la hija, con el mismo fin; pero...., ¿para qué ando yó en el mundo?

Corinto se aterró; no pudo pronunciar una palabra.

—No tenga cuidado, paisano. Por lo pronto, el coronel lo echó de su despacho, negándole el auxilio de la fuerza armada y diciéndole, con mucha suavidad, que era un canalla.

Al verse así tratado, dijo que haria uso de su rewolver, y como pudiera tentarle el diablo, el coronel me encargó, que toda vez que D. Gaspar venga á la colonia, esté yó aquí.

—¡Ah! estrangularía yó á diez como él, si no temiese dejar mi familia abandonada, contestó Corinto cerrando los puños.

—Paisano, V. no debe comprometerse. Déjemelo á mí, que soy solo, y tengo ganas de bailar una tarantela con él.

Los hermanos de Corinto le pedian que les permitiera concluir con un enemigo que tanto daño les hacía.

—No, muchachos, no, decía Alexandri, Vds. no

conocen á nadie. Se verían perdidos, porque no hay muerte bien hecha: este *trabajito* corre por mi cuenta.

Alexandri ganaba terreno en el afecto de la familia.

Cefisa parecía indiferente: no conocía la clase de interés que podía inspirar y trataba al jóven con la misma sencillez que á sus tios. Alexandri no decía una palabra á la niña. La miraba embebido y proyectaba hacer grandes servicios á la familia, esperando que el tiempo revelase á Cefisa la existencia de afectos que llenan y turban el cerebro del que los siente.

—Un cariño ganado con el sacrificio y la prudencia, no se pierde nunca, pensaba Alexandri.

D. Gaspar dejó quieta la familia de Corinto y se dirijió á Buenos Aires, en busca de influencias para obtener un cambio en la actitud del coronel.

Llevaba una exposición firmada por vecinos poco caracterizados, contraria al jefe de las fuerzas. Entre esas firmas figuraban algunas de personas bien reputadas, porque en los pequeños centros de población, las miserias no respetan ni á los buenos.

La exposición iba dirigida al Gobierno, pidiéndole el relevo del jefe de las fuerzas.

Si D. Gaspar obtenía buenas recomendaciones para el coronel, no presentaba la petición, y si no las obtenía, la presentaba.

D. Gaspar sabía que mientras el jefe asumiese la honrada y enérgica actitud que había asumido, sus proyectos no alcanzarían realización.

La primera batalla era necesario librarla contra el jefe; derrotado éste, le quedaba el campo libre.

Llegó á Buenos Aires, puso en juego todos sus recursos, y no halló las recomendaciones que buscaba

Se apersonó al director de un diario, quien acogió con interés la solicitud que llevaba. Supo que había

otro coronel que deseaba reemplazar al que estaba de servicio en el Chaco, y le interesó en su causa. Con estos dos elementos, empezó la campaña D. Gaspar.

En la petición se hablaba de fusilamiento de indios, de robo de raciones, del trabajo de los soldados en el corte de maderas á beneficio del jefe, de atropellos á la propiedad y falta de consideraciones hácia el vecindario.

Nada de esto era cierto. El coronel era un raro ejemplo de moderación, un hombre digno y honrado; pero tanto dijo el diario que se hizo cargo de las denuncias, y tanto influyó el jefe que deseaba reemplazar al calumniado, que el gobierno mandó levantar un sumario.

El sumariante llegó al Chaco acompañado y obsequiado por D. Gaspàr; se alojó en la casa de él. Le presentó á las primeras familias que había en la localidad, y hasta le buscaba instrumentos de placer carnal.

El segundo jefe de la fuerza se encargó del mando, por órden del gobierno, mientras se concluia el sumario.

Era un noble oficial, incapaz de malas acciones. Las preguntas capciosas del oficial sumariante y las adulaciones de D. Gaspar, se estrellaron en la rectitud y el honor del jefe interino.

D Gaspar vió su causa mal parada. Algunos de los firmantes en la denuncia negaron la firma, y otros se declararon engañados por D. Gaspar.

Apesar de la complicidad del oficial sumariante, la inocencia del coronel resaltó, y D. Gaspar abandonó el pueblo antes de concluirse el sumario.

Tomó á su servicio un bandido, y se fué á la colonia.

Pensaba apoderarse de Olimpia aunque para efectuarlo fuese necesario asesinar á los tres hombres.

Llegaron. D. Gaspar entró al rancho; el acompañante se quedó en acecho.

En esta posición le sorprendió Alexandri, le puso un rewolver al pecho y lo desarmó, ordenándole que montase á caballo y se fuese, si no quería morir.

El bandido obedeció.

Esta escena pasó, sin ser vista por los de adentro.

Alexandri entró y se sentó.

D. Gaspar lo miró con desconfianza; pero como se creia acompañado, siguió hablando al colono de este modo:

—Tengo órden del jefe interino de las fuerzas, de llevar á V. y á sus hermanos al pueblo, á fin de concluir de arreglar nuestros asuntos. Estoy cansado de sus robos.

—Yo no he robado á nadie. Dispuse de algunas maderas cortadas, para atender á las necesidades de mi familia, y á cuenta de la parte que me toca.

—A V. no le toca nada. El juez decidirá lo que ha de hacer.

Alexandri que se había sentado cerca de D. Gaspar, hizo señas á Corinto, para que se negase á salir de su casa.

—Para arreglar nuestros negocios no necesito salir de aquí.

—De todos modos irá conmigo, quiera ó nó.

—Y quién me obligarà á ir donde no quiero?

—Yó.

—Haga la prueba.

D. Gaspar se levantó, y dirigiéndose á la puerta, llamó á su acompañante.

Alexandri le seguía.

—Por qué me andas siguiendo vos? le preguntó.

Yo no sigo á V.; voy hácia donde me dá la gana.

En este momento llegaron del campo los dos hermanos de Corinto.

—¿Dónde está mi asistente? preguntó D. Gaspar.

—Muy lejos de aquí. Le despaché yo, contestó sonriendo Alexandri.

—Ah! canalla! Bribón! Hace tiempos que juré matarte, dijo D. Gaspar sacando un rewolver y apuntando al jóven. Los hermanos de Corinto se precipitaron sobre el malhechor y le quitaron el rewolver.

Alexandri les rogó que le devolvieran el arma.

D. Gaspar se veia perdido, pero el odio le cegaba y tiró á Alexandri una feroz puñalada.

El jóven dió un paso á la derecha y con el cabo del rebenque golpeó con tanta fuerza la nuca de su contrario, que le hizo caer sin sentido, y antes de que se levantara le arrebató el puñal.

—¡Asesinos! Se han complotado para matarme. Ya verán quien soy yo, gritaba D. Gaspar, saliendo del rancho.

Alexandri se disponia à seguirle pero Corinto y sus hermanos se lo impidieron.

—¡Dios mio! decia Olimpia, esto no es vivir.

Aquellos desdichados maldecian la hora en que se embarcaran para América.

—¿De que sirven las perspectivas de fortuna si se han de ver al travès de tantos desagrados? decía Corinto.

—No se aflija paisano. Siga cortando y vendiendo maderas, mientras voy al pueblo y vuelvo. Quiero contarle al coronel lo que sucedió, y ya veran Vds. como él pone término á todo esto. Es un buen hombre, amigo de los extranjeros y de la justicia.

Le oi decir muchas veces, que para que su patria sea grande y feliz, es necesario que el extranjero se encuentre aquí como en su casa; que en esta gober nación no se ha de explotar á ningun imigrante mientras él tenga mando.

Es un excelente sujeto; cuando venga aquí se convencerán escuchándole, pues tambien él habla italiano.

—¡Habla italiano! Entonces han mandado de agente á Europa, el único argentino que no conoce nuestro idioma! dijo Corinto admirado.

—He oido decir que esos agentes se mandan por

influencia, para que paseen y se hagan ricos, contestó Alexandri.

—¡Oh! Dios mio! esclamó Corinto, esos Agentes harán más mal que bien.

De eso no entiendo yo; son cosas de los gobiernos, dijo Alexandri. Lo único que sé es, que mientras tengamos de gefe al coronel, los que trabajamos en el Chaco no tenemos nada que temer.

Alexandri salió de la colonia con dirección al pueblo. Allí supo como se hizo el sumario y el resultado que se esperaba de él.

Visitó al jefe interino y le hizo la exacta relación de lo que había visto en la colonia.

El carácter del segundo jefe era más duro que el del coronel, así que en vista de lo que Alexandri le decìa, hizo llamar á D. Gaspar y le increpó duramente su proceder, ofreciendo remacharle una barra de grillos si andaba *maleando*.

—Pero señor, yo que fuí desarmado y maltratado; que tuve que huir para librarme de una muerte segura, me presento ante usia y me amenaza con una barra de grillos. El señor jefe dá más crédito á los que han querido matarme, que son unos italianos bandoleros, capitaneados por otro italiano que fuè mi peon, que á mí, que soy argentino y afincado.

—Le conozco á V. bien; trate de no ser impertinente. Hemos concluido; retírese.

—Está muy bien, me retiraré contestó D. Gaspar con mal disimulado despecho.

Mientras esto ocurría en el pueblo, Corinto proponía á su familia retirarse de la colonia. Sabía la dirección que debía tomar para llegar al pueblo.

En medio de este proyecto, le asaltó el temor á la influencia de D. Gaspar. Si abandonaba la colonia, tal vez le perseguiría. El contrato estaba firmado y

las autoridades harían poco caso de un pobre extranjero.

Corinto empezó á sentir ódio contra el país, sin acordarse de que era un hombre solo el causante de sus desdichas, y de que tenía á su favor el franco y decidido amparo de Alexandri, que apesar de su juventud y humilde posición, le era de suma utilidad. Olvidaba tambien, que el jefe de la tropa le protegia, sin lo cual su desgracia hubiera sido un hecho irremediable.

Los jóvenes Alfeo, entusiastas para aborrecer como para amar, tambien maldecían la América, en la que habían cifrado sus mayores y más risueñas esperanzas al salir de Italia. Hacían responsable á un Continente de las infamias cometidas por uno solo de sus habitantes. Asi puede torcer el criterio de la gente màs honrada un hecho mal interpretado.

Aquella familia sentía nacer el deseo de volver á su país, pero no con las manos vacías; era necesario proceder sin escrúpulos y atesorar dinero de cualquier modo.

Corinto se trasformaba; su honradez y sanos propósitos desaparecían ante los dolores de su situación.

Cefisa era ya una mujer; habia perdido todas las ingenuidades de la niñez, y hacia algun tiempo que se aburria en apuella soledad.

Ya sabia que era hermosa y que los hombres buscan la belleza femenina.

Las conversaciones que oyó, respecto á las intenciones de D. Gaspar, despertaron á la jóven de los delces é inocentes sueños de su infancia.

Para ella, D. Gaspar, desde que supo que la queria, no era aborrecible; sino jóven, rico y no mal parecido.

—Si mi padre se casó con mi madre ¿porqué no puede D. Gaspar casarse conmigo?

Tales eran las reflexiones que se le ocurrían á la infeliz muchacha.

Alexandri reapareció en la colonia y contó todo lo que habia occurrido en el pueblo.

Dijo que el sumario habia sido examinado por el Gobierno, y que en vista de no resultar nada malo contra el coronel, éste habia sido repuesto en su empleo.

Que no quedaba esperanza ninguna para el intrigante D. Gaspar.

La familia Alfeo se regocijó con estas noticias.

Entretanto D. Gaspar volvía las miradas á otro lado.

Necesitaba apoderarse de Olimpia y de su hija y para el efecto cambió de táctica.

Se dirigió á la colonia, trató amablemente á todos sus colonos y dijo á Corinto que dispusiera del dinero que necesitaba, poniendo sobre la mesa un paquete de mil pesos moneda nacional.

Los hermanos de Corinto estaban admirados de un cambio tan repentino.

D. Gaspar se había reformado, hasta con Alexandri, á quien pidió que volviera a ponerse á su servicio.

El jóven rehusó.

D. Gaspar dirigió palabras atenciosas á Olimpia y á su hija y se retiró de la colonia diciendo á Corinto, que toda vez que necesitase dinero le escribiese ó fuese él mismo á traerlo. Le ofreció mandarle seis caballos para el servicio, cosa que hasta entonces no había hecho.

En cuanto á las maderas vendidas por Corinto. Don Gaspar dijo á éste, que le daría recibo del importe como si el dinero hubiera sido recibido por él.

Los caballos que habia prometido los remitió, y al mismo tiempo, una abundante provisión de harina, arroz, tabaco y vino.

Mandó á Olimpia una pieza de género para vestido y otra pieza de vistosa tela para Cefisa.

Corinto estaba encantado de su patrón, llegó hasta dudar de las confidencias que le hicieran su mujer y Alexandri.

—Le han tomado odio, y han creido ver malas intenciones donde no las hay. Él no se detiene aquí ¿cómo puede pensar en esas cosas?

Así cambia la más débil esperanza de fortuna el pensamiento de los hombres. El que es feliz es confiado; la desconfianza es la compañera inseparable de la miseria y la desgracia.

Cefisa recibió con alegria el género; Olimpia se negó á emplearlo.

Alexandri notaba que á la niña no le era desagradable D. Gaspar, y se propuso conocer hasta donde llegaban sus impresiones.

En uno de sus viajes al pueblo escribió una carta para Cefisa, en nombre de D. Gaspar; en esa carta le ofrecía cuantas comodidades quisiera, siempre que ella se resolviese á ser complaciente con él.

Alexandri entregó y leyó la carta á Cefisa, diciendo:

—Me dijo que le contestes por mi intermedio.

—No sé escribir ni tengo papel.

—Yo te lo traeré y escribiré lo que me dictes

—¿Cuando?

—Mañana.

Cefisa no dijo nada á sus padres, indicio seguro de que aceptaba lo que en la carta se le proponía.

Cuando Cefisa tuvo lo necesario para contestar, se fué al bosque con Alexandri, y allí ella dictando y él escribiendo, se concluyó la carta en que la niña aceptaba cuanto D. Gaspar proponía.

Alexandri volvió al pueblo y de allí regresó á la colonia diciendo à Cefisa, que le mandaba decir Don Gaspar, que por intermedio de él, le avisaría cuando y donde se debian ver. Entre tanto le rogaba, que si iba á la colonia, lo tratase con indiferencia y que no se le acercase por ningun motivo, aunque él mismo la llamase.

Cefisa guardó la carta con mucho cuidado y dió soltura á su fantasía. ¡Cuantas grandezas vió pasar ante su imaginación! ¡Qué lujo! ¡Qué fiestas!

Sus padres se conformarían, cuando las cosas no tuviesen remedio.

Le pediría á D. Gaspar que la llevase á Buenos Aires, donde ella había visto tantas cosas bellas.

—Saldré de la miseria y la soledad de esta colonia, se decia. Seré rica, tendré coches, relojes de oro, collares con lindas piedras, vestidos de seda como las señoras de abordo, y sombreros con plumas y flores. Iré á los bailes y á los paseos y me veré hermosa en grandes espejos de marco dorado.

Me pondré botas con borlas de seda y enaguas llenas de ricos festones.

Tendré casa, ricas ropas, sirvientas, relojes por todos lados y....... Esta campaña inmensa y despoblada me dá miedo. Cualquier dia nos matan los indios y nos comen..... Yo no quiero morir; quiero ser gran señora......

Los mareos de las grandezas se apoderaban de la juventud de Cefisa.

D. Gaspar continuaba siendo el hombre reformado y generoso.

Corinto estaba convencido, de que su mujer y Alexandri se habían equivocado. Estaba decidido visitar á su generoso patrón para agradecerle sus beneficios.

Tal era el cambio operado en el ánimo de Corinto, cuando D. Gaspar negociaba con un lenguaráz una invasión á la colonia, que le diese por resultado la posesión de Olimpia y de su hija.

En dos conferencias que tuvo con el indio, todo quedó arreglado, apesar de la tacañería de D. Gaspar.

Alexandri vió que Corinto estaba dominado por los regalos y que sus hermanos seguían la misma senda. De Cefisa no podia tener dudas despues de la estratagema de la carta. No le quedaba más aliada que Olimpia y á ella espuso cuanto sabia.

Olimpia se sorprendió, y despues de evidenciar la

existencia de la carta denunciada por Alexandri, avisó todo á su marido.

Corinto quedó convencido del pensamiento criminal de su hija; pero la manera cómo se habia escrito la carta, tambien le probaba la inocencia de D. Gaspar.

Llamó á su hija á solas y la reprendió duramente.

En el primer momento Cefisa dijo que eran imposturas de Alexandri; pero ante la carta que le mostró su padre, confesó de plano y prometió enmendarse.

Desde ese dia su odio contra el jóven no reconoció límites, aunque lo disimulaba, y lejos de desistir de sus proyectos, se adhirió á ellos con el ardor de sus pocos años.

No sabía cómo, ni cuándo, pero estaba decidida á irse con D. Gaspar á donde él quisiera.

Corinto afirmaba más la resolución de su hija, con el duro trato que le daba y la continua vigilancia que sobre ella ejercía

Alexandri comprendió que se había enagenado para siempre el cariño de la niña, y hasta el de Corinto; que en medio de sus protestas de gratitud, dejaba adivinar que empezaban á causarle disgusto las aficiosidades del jóven.

Alexandri pasaba dias enteros en el bosque, reflescionando en la imprudencia de su proceder y buscando el medio de enmendar la plana.

Un día, al oscurecer, y cuando se disponía á volver á la casa de Corinto, vió entre el bosque un indio, echado de barriga.

Alexandri se ocultó.

El indio se puso de pié, caminó hasta la orilla del bosque, y se agazapó mirando fijamente hácia el rancho.

Cuando más atento estaba, Alexandri se acercó á él sin ser sentido, le cogió del pescuezo con una mano y poniendole con la otra la punta del cuchillo en el pecho, le preguntò:

—¿Que haces aquí?

El indio sorprendido no pudo hablar al principio; pero las palabras de Alexandri lo tranquilizaron.

Se internaron en el bosque y el lenguaràz contó á Alexandri, que había convenido con D. Gaspar un ataque á la población.

Alexandri hizo comprender al indio que no conocía las personas de quien se trataba; que había entrado al bosque para descansar y que iba de paso para el Chaco paraguayo.

El indio se alejó convencido de lo que le había dicho Alejandri.

El jóven se fué inmediatamente al rancho y dijo á Corínto reservadamente lo que acabeba de saber.

Corinto se sonrío con aire de duda y dijo:

—Alexandri, tu le tienes odio á D. Gaspar.

—Paisano, si Vd. lo cree así, no he dicho nada, contestó el jóven, y no habló más del asunto.

La noche en que debía tener lugar el asalto pasó sin novedad, y Corinto se mostró sério y reservado con Alexandri,

A la siguiente noche, la familia fué á cenar, sin que Corinto le dijese á Alexandri, como acostumbraba:

—Vamos á comer.

El jóven ensilló su caballo y si dirigió al busque, á fin de dormir allí hasta el día siguiente en que emprendería su viaje al pueblo, para no volver á la colonia.

De toda aquella familia, que tantos servicios le debía, solo Olimpia sintió su ausencia.

A las nueve de la noche las puertas del rancho estaban cerradas. A esa misma hora vió Alexandri llegar algunos ginetes y rodear la casa.

Uno de ellos se detuvo á pocos pasos de la puerta y espoleando su caballo, hizo chocar los pechos del bruto contra la débil madera. La puerta se abrió de par en par.

Inmediatamente se oyeron los gritos de la familia Alfeo, y el rumor de una lucha desesparada.

Corinto y sus hermanos se batían ya fuera de la casa.

Alexandri se disponía á ir en auxilio de ellos, cuando vió correr dos bultos blancos en dirección al lugar donde él estaba.

Los combatientes peleaban detrás de la casa.

—Por aquí, Olimpia, dijo Alexandri en voz baja, cuando la madre y la hija entraron al bosque.

Las guió hácia una barranca que formaba el rio, las hizo descender hasta la orilla del agua, las tapó con su poncho de paño, recomendandoles mucho silencio, y él volvió á buscar su caballo.

La lucha había cesado por falta de resistencia; los hermanos Alfeo estaban fuera de combate.

Unos cuantos caballos sueltos atestiguaban la muerte de sus ginetes.

Alexandri montó á caballo y se dirigió al rancho, pero apenas había marchado veinte metros, cuando apercibió tres ginetes recorriendo el campo, como si buscaran alguna cosa.

Alexandri volvió de nuevo al bosque sin ser visto y se puso á abservar.

Los ginetes pasaron muy cerca de él y pudo reconocer al que iba delante jurando y maldiciendo; era D. Gaspar.

Entraron al fin al bosque. Alexandri se dirigió á la barranca, se echó de bruces y dijo:

—Las buscan; mucho silencio.

—¿Y Corinto? preguntó Olimpia.

—No se nada. Tuve que ocultarme; D. Gaspar es el que capitanea á los indios.

Al oír pronunciar el nombre de D. Gaspar, Cefisa sacó la cabeza de abajo del poncho.

Había pasado una hora cuando Alexandri recomenzó á esplorar el bosque.

Recorrió la distancia que le separaba de la orilla, miró hácia el rancho y no vió nada.

No se sentía ningun ruído.

Marchando con mucha cautela se acercó á la casa.

Distinguió tres bultos blancos, en medio de otros bultos, que parecían indios.

Se acercó más y sintió gemídos. Entonces se detuvo, observó con cuidado y el silencio le indicó que los asaltantes se habían ido.

Cargó con Corinto primero y con sus hermanos despues. Los llevó á sus camas, les tapó y volvió al bosque en busca de las dos mujeres.

El día empezaba á dibujarse en las puntas de los árboles, cuando Alexandri llevó las mujeres al rancho. Montó en seguida á caballo y se dirigió apresuradamente al pueblo.

Cuando llegó, ya estaba repuesto el coronel, y le comunicó lo ocurrido.

El Jefe mandó llamar D. Gaspar, y un sirviente de éste, contestó que el patrón no estaba en casa; que había salído ántes del amanecer del dia anterior, y que aún no había vuelto.

El coronel se dirigió á la colonia, acompañado del médico y diez hombres, Alexandri precedió al corcnel con cuatro horas de tiempo.

El jóven llegó al oscurecer á la colonia cuando ya Olimpia y su hija habían sido arrebatadas del rancho.

Alexandri buscó el rastro de los caballos para conocer el rumbo que llevaban los raptores.

En direccion al bosque se distinguían pisadas de personas, casi paralelas á la senda que dejó él trazada, al volver con las dos mujeres la noche anterior.

Penetró en el bosque. El rastro iba en dirección opuesta á la corriente del rio.

Después de una hora de acelerado rastreo, vió á larga distancia, cuatro personas; una á caballo y tres á pié.

Los que estaban á pié eran: D. Gaspar, Olimpia y su hija; el ginete era el lenguaraz.

Alexandri siguió caminando ocultamente hasta hallarse paralelamente al grupo.

Cuando enfrentó á D. Gaspar, que estaba cuatro ó cinco pasos retirado de las mujeres, hablando con el lenguaráz; Alexandri sacó el rewolver, apuntó, hizo fuego y D. Gaspar cayó.

A la detonación, el indio rebenqueó su caballo para huir; pero un segundo tiro hizo rodar al bruto.

Alexandri se precipitó sobre el indio, le desarmó y le ató. El lenguaráz no estaba herido, la bala se había hundido en el toráx del caballo.

D. Gaspar se revolcaba en el suelo, sin poderse levantar; tenía el fémur roto por la bala.

Olimpia abrazó á Alexandri, y Cefisa quería atender á D. Gaspar.

El jóven no se explicaba la extraña manera de pensar de aquella niña. Lo que estaba viendo le parecía imposible, y hasta se preguntaba, si ella y D. Gaspar no habrían tenido alguna entrevista á solas.

No pensaba, que él mismo había despertado en ella, pasiones que estaban dormidas.

Con las cartas que fraguó, hizo mucho màs en favor de D. Gaspar, que lo que el mismo interesado hubiera podido hacer.

Alexandri se alejó con las dos mujeres, dejando el indio atado y á D. Gaspar herido.

Cuando llegaron á la casa, recien se divisaba á mucha distancia, el grupo que acompañaba al coronel.

Olimpia contó, que al ir ellas á traer agua, cruzaban D. Gaspar y el indio para el pueblo. Al verlas, se dirigieron á ellas á escape, no dándoles tiempo para encerrarse y obligándolas á marchar hasta el punto donde las halló Alexandri. Allí D. Gaspar arreglaba cuentas con el indio, para enseguida quedarse solo con ellas.

Corinto y sus hermanos estaban mal heridos; pero Olimpia esperaba que los salvára el médico, cuya visita le anunciára Alexandri.

Cuando llegó el coronel, mandó en busca de D. Gaspar y el indio, pero habían huido, y por más que se les buscó no se pudo dar con ellos.

En cuanto Alexandri se alejó con las dos mujeres, D. Gaspar se fué arrastrando hasta donde estaba el indio, y después de haberle desatado, se ocultaron juntos.

Los heridos fueron reconocidos por el médico.

Las heridas no eran mortales, pero eran tantas, que no tenían un espacio de veinte centimetros en el cuerpo, sin estar lesionado.

El coronel ordenó una batida en todo el bosque, sin hallar vestigio de la existencia de un hombre.

Alexandri fué muy felicitado por su actitud prudente y valerosa y á su cargo dejó tres soldados el coronel al retirarse.

Los cuidados del médico pusieron á los enfermos fuera de peligro.

Corinto no conocía aún como se habían salvado su mujer y su hija; su estado no permitía hacerle ninguna revelación. Recordaba todos los detalles de la lucha y la presencia de D. Gaspar entre los asaltantes, porque de él había recibido una de las más profundas heridas que tenía en el cuerpo.

Cuando los enfermos mejoraron, Olimpia no se cansaba de contarles la heróica conducta de Alexandri; la solicitud con que había recogido los heridos y el cuidado con que las ocultó y las salvó á ellas.

Con escepción de Cefisa, todos sentían humedecer sus ojos por la emoción y la gratitud, al oir el relato de Olimpia.

Corinto, estaba avergonzado de su conducta anterior, y dejando correr las lágrimas estrechaba la mano de Alexandri.

D. Gaspar no parecía por ninguna parte. Las personas que conocían los hechos acaecidos lo suponían muerto á manos de los indios, ó á consecuencia de la herida.

Cefisa estaba visiblemente contrariada. Pensaba en D. Gaspar; le veía en sueños, ofreciéndole cosas maravillosas, mientras ella, vestida como una reina, llamaba la atención de cuántos pasaban á su lado.

Su vigoroso desarrollo la incitaba á los placeres y á la vanidad. Tenía la intuición de su destino y la voluntad de lanzarse en él. Quería apurar la vida de un trago; aspirar y sentir todo lo que había soñado, de una sola vez.

¿Quién le había hecho entrever los delirantes espasmos del deleite? Su propia organización, excitada por los recuerdos de lo que había visto á bordo, por la carta de D. Gaspar y por las conversaciones, que sin miramiento, promovía su familia, delante de ella.

Una organización como la de Cefisa, sometida á la acción de un cerebro desquilibrado tiene que sumergirse en la corrupción hasta que llegue el hastío ó la pérdida de las fuerzas.

Á Cefisa no habrá valla que la detenga. Su criterio será rebelde á los consejos, las ideas de quietud y de honestidad le repugnan.

La constante excitación de sus nervios, le hacía estrujarse los senos hasta sentir agudos dolores, y solo después de estos y otros secretos escesos, podía quedarse dormida.

No conocía más hombres ricos que á D. Gaspar, si viera otros tambien se interesaría en agradarles; para sus deseos no tenía en cuenta la cuestión de nombre, ni siguiera la de figura; quería el dinero, como medio y el lujo como objetivo.

Ni las fatigas del trabajo ni la mala alimentación, domaban sus voluntad; era cada vez más ardiente é impetuosa. Odiaba á Alexandri porque veía en él

al autor de los obstáculos que la retenían en aquel miserable rancho, envuelta en vestidos ordinarios y careciendo de pretendientes.

Además de la probabilidad de alcanzar la realización de sus anhelos, se inclinaba á D. Gaspar porque sabía que él la deseaba y que para acercársele no retrocedía ante ningun delito.

Aquel hombre de pasiones desbordantes; atropellando todos los obstáculos para quererla, tenía algo de seductor para ella. Era el héroe de sus sueños, talando, incendiando y matando para decirla:

« Por tí hice todo esto, y aún haré más; derramaré en tus labios todo el fuego de mi pasión, y en tus manos todo el oro que poseo. »

El amor prudente, tranquilo y respetuoso, no era amor para Cefisa. Su amor era fundente como la lava del Vesuvio; bramador como los huracanes que azotan el golfo de Tárento; grande y avasallador como el océano irritado y eterno como las estrellas.

No le bastaba amar; deseaba carbonizarse en esas llamas, que salen á los lábios, después de rugir en el pecho.

Los misteriosos sones del desierto, la inmensa solemnidad de los campos, la majestad de las selvas vírgenes y exuberantes y los rujidos de las tormentas que azotaban de véz en cuando su rancho solitario, cual débil buque en alborotado mar; la perspectiva de la lucha y el rujido del desbordante rio, todo contribuía á exaltar la imaginación de la jóven; le hacía temer la muerte antes de ser felíz, como ella lo entendía.

Tambien Alexandri empezaba á sentir en su frente la llama de los celos, el despecho por su amor despreciado y la sed de ansias no bien definidas aún, pero ya exigentes, tormentosas, que hacían temerario su natural arrojo.

Deseaba la lucha para calmar en ella el fuego que le abrasaba; pero era necesario luchar contra el des-

pecho de Cefisa, y el jóven no entendía nada de esta guerra de recursos.

No comprendía ni la más mínima parte de los elementos que debía poner en actividad para vencer á su misterioso competidor; ni sabía siquiera donde encontrar al enemigo; cuando se lucha contra fuerzas emboscadas, el pavor de lo desconocido se impone, y la derrota es inminente.

Batirse con D. Gaspar cien veces, no era temible para el jóven, pero batirse contra el desprecio de Cefisa era superior á sus sfuerzas.

Pocas semenas tardaron los heridos en estar fuera de peligro. Cuando el médico los declaró completámente curados, Alexandri y los militares que estaban á sus órdenes acompañaron al facultativo hasta el pueblo.

Allí nada se sabía del paradero de D. Gaspar, y como era mal querido por los vecinos, estos se complacían en creerle muerto.

Los hermanos Alfeo recomenzaron á cortar grandes cantidades de madera, para reunir un capital con que trasladarse á Buenos Aires y dedicarse al comercio.

En el pueblo donde residía el gobernador del Chaco, circuló un diario de la Capital Federal, en el cual se relataba el asalto á la colonia de D. Gaspar, dándolo como efectuado por las fuerzas de la gobernación, con el fin de apoderarse de dos mujeres bellísimas que vivían allí.

Decía el diario, que el dueño de la colonia había sido asesinado por los soldados asaltantes, cuando se disponía á defender con heroismo el honor y la vida de sus colonos. Se hacía una relación encomiástica de la honorabilidad de D. Gaspar, y se decía, sin nombrarle, que el coronel era quien había mandado el asalto.

Al leer tan pérfidas insinuaciónes, los habitantes del pueblo se indignaron, pues todos sabían como

se desarrollaran los sucesos á que se refería el diario.

Lo más respetable del comercio de aquella localidad dirigió una comunicación al diarista, tendente á desvanecer los infundados cargos de que se había heeho éco.

El recibo volvió, pero la comunicación no vió la luz pública.

El segundo jefe quiso dirigirse á la capital para pedir al periodista una retractación ó una satisfacción por las armas; pero el coronel se opuso, diciendo, que la calumnia era demasiado grosera para que hiciese camino, y que ya el gobierno tenía conocimiento de los hechos ocurridos, por la nota que él le habia dirigido.

Nadie se ocupaba ya de los embustes del diario, cuando apareció en otro número un artículo peor que el primero.

En vista de esto, el jefe superior pidió permiso para dirigirse á la capital y acusar las publicaciónes, llevando para desmentir las afirmaciones que contenian, la familia de Corinto.

El diarista aseguraba que todos los hombres de la colonia, incluso el propietario, habian sido asesinados, y las mujeres violadas. Nada más concluyente para deshacer esta intriga, que la presentación de los presuntos muertos y el testimonio de las dos mujeres.

El viaje se efectuó, con gran júbilo de Cefisa, que iba por fin á encontrarse en el ambicionado centro de sus esperanzas.

Alexandri iba con los viajeros, por ser el más importante de los testigos.

El Ministro recibió al coronel amablemente, y despues de oir sus explicaciones y los informes de la familia Alfeo, felicitó al calumniado, por tan completa y contundente vindicación.

El coronel salió del ministerio y se dirigió á la redacción del diario para pedir una rectificación.

El director dijo que las dos publicaciones estaban

garantidas con una firma abonada; que no pertenecían al cuerpo de redacción, y por lo tanto, no podía rectificar, ni declarar quien era el autor, si no se lo ordenaba el juez competente.

—Disculpe, señor director; se me ocurre una observación. Para arrojar una mancha sobre el nombre de un jefe del ejército, le basta á V. una firma, y para reparar la calumnia, no le basta la firma del ofendido, que es un coronel argentino, ni la presencia de los que se decian muertos.

—Señor coronel, la prensa es un apostolado.

—En este caso, el apóstol es anónimo y su doctrina un infame tegido de mentiras. Si tal es el apostolado á que V. se refiere, veo que su evangelio no se parece al que San Mateo predicó á los gentiles.

—Diga V. cuanto quiera; el diario que yo dirijo, no rectifica una palabra

—Aceptará V., en este caso, la responsabilidad de lo que el diario dice?

—Siempre.

—Perfectamente.

El coronel entregó su tarjeta al diarista y este le dió á su vez la suya.

Al dia siguiente, se presentaron en la redacción dos caballeros, para concertar las condiciones de un duelo.

El periodista nombró sus padrinos y el lance quedó arreglado á pistola, para la madrugada del siguiente dia

Los cuatro padrinos se reunieron, y despues de una larga conferencia, convinieron en que debian evitarse las graves consecuencias del combate, dejando empero á salvo, el honor de los combatientes.

Prepararon las cosas de tal manera, que aunque los duelistas estuvieran tirando tiros una semana, no se herirían.

A pesar de haber jurado el secreto, uno de los padrinos del periodista, dijo en reserva á su ahijado, como se habia arreglado el duelo.

Llegó la hora; ninguno faltó á la cita. Se midió el terreno, se colocaron los padrinos y los duelistas en el sitio correspondiente, y á la tercera palmada, se oyeron dos detonaciones simultáneas, sin que ninguno de los combatientes recibiese lesión.

El coronel era buen tirador, y estrañó no haber dado en el blanco.

Los padrinos volvieron á cargar las pistolas, se dió la señal de nuevo, y... el mismo resultado.

Al tercer encuentro, nadie, notó que se había oido una sola detonación. El coronel no habia descargado su pistola.

—El honor está satisfecho, caballeros. Se han conducido Vds. con la valentía que era de esperar, dijeron los testigos.

—Permitan Vds. que me lleve esta pistola, para recuerdo, dijo el coronel.

—Con mucho gusto, contestaron todos.

El coronel, fué á ponerse la levita que había dejado en el pié de un árbol, mientras su contrario y los cuatro padrinos proyectaban un gran almuerzo, y comentaban la serenidad del periodista.

El coronel, entre tanto, extraía de la pistola, el cartucho y vió que no tenía más que pólvora.

Se acercó al grupo, y al comunicarle éste la decisión de almorzar juntos, levantó el puño y le dejó caer en el rostro de uno de sus padrinos, haciendo otro tanto con el otro, antes de que todos ellos hubiesen vuelto de su sorpresa.

—Ahora ¡miserables! van á saber lo que importa la farsa hecha á un oficial de honor, dijo, sacando el coronel el rewolver del bolsillo.

Antes de que él hiciese fuego, los cinco cómplices estaban dentro del coche, y el cochero asustado puso á escape los caballos.

Sonó un tiro, peró la bala no alcanzó á los fugitivos.

—¿No les dije yo? decía uno de los padrinos del

coronel, que si sospechaba la forsa era capaz de todo. Yo lo conozco bien; es manso, cortes, caballeresco, pero tratándose de su honor, es un leon.

—Se ha vuelto loco, exclamó el periodista.

—¡Loco! Espere lo que va á venir. Mañana se va á la imprenta y le abofetea á V., téngalo seguro.

—¿A mí? dijo el periodista con altanería.

—Sí, á V. Y no se como vamos á salir nosotros del paso, porque en verdad, queriendo evitar el derramamiento de sangre, hemos procedido incorrectamente.

—Conviene dar una esplicación franca al ofendido. Esto, lejos de deshonrarnos, nos honrará, agregó otro de los testigos.

—Yo esperaré mañana en la imprenta al coronel, y me volveré á batir, si es necesario.

—Que se ha de batir V., hombre! Si se renueva el duelo, no será con pistola sin bala, dijo uno de los padrinos del periodista.

—¡Cómo! ¿Qué está V. diciendo?

—¡Oh! dejese de pamplinas. Demasiado sabía V. como se arregló el duelo, porque yo mismo se lo dije ayer á la noche.

El periodista guardó silencio.

Después de haber descargado dos tiros de su revolver, el coronel entró á su carruage y tomó la dirección del hotel en que paraba.

A la una fué á saludar al ministro y le contó lo que le había sucedido, pidiéndole parecer, respecto á la conducta que debía seguir.

—Escuche, coronel. Si V. me hubiese dicho que se iba á batir, le hubiera ahorrado el chasco. De algun tiempo á esta parte, los duelos se han *modificado mucho !*

Bien sé que es V. un militar de buena ley, á quien no se engaña fácilmente; pero las peripecias del hecho que me acaba de referir le demuestran, en que manos ha caído. Los abofeteo, y, basta.

En cuanto al periodista, que debe estar en el secreto de la farsa, es otra cosa.

Búsquele en la imprenta, de aquí á dos ó tres días porque ahora ha de estar enfermo del susto, y pídale la rectificación, que se la ha de hacer; si se negase, que no lo creo, no le desafíe; húndale un ojo de un bofeton. Yo conozco mucho la gente moderna!

El coronel no pudo contener la risa.

—No lo tome á broma, coronel.

—No me rio por eso, señor ministro. Mi risa proviene de un bosquejo que iba viendo á medida. V. E. hablaba. ¡Es cosa curiosa! ¿Que clase de hombres son los que van á la prensa?

—Los hay dignos de respeto, porque sirven nobles ideales; pero hay otros, que piensan con el estómago.

Estos emplean la pluma para ganar dinero, y van á cualquier parte, donde sepan que lo hay.

—Poca fé debe merecer la opinión de esos caballeros.

—Tan poca, que ni su elogio agrada, ni su vituperio disgusta. Por eso, los que verdaderamente valen, se retiran de la prensa, ó permanecen en ella lamentando tal degradación.

—¿Y porqué sucederá eso, señor ministro?

—Señor coronel, para alcanzar V. la categoría militar que tiene, ha debido probar muchas veces su valor, su inteligencia, y su carácter digno y honrado.

Para que un médico pueda curar, tiene que dar pruebas de suficiencia en el exámen.

Todas las ciencias y las artes reclaman al que desea ejercerlas, pruebas de competencia.

En la prensa entra el que quiere; nadie le pregunta quién és ni lo que sabe; dentro de esa olla podrida caben los buenos y los malos, los tontos y los intelijentes, los valientes y los flojos. Ellos mismos se encargan de darse patente de honorabilidad y abnegación patriótica; pero todo es jarabe de pico.

Un dia los vé V. dando palos á los gobiernos, á los congresos, á las compañías teatrales, á los jefes

del clero, al ejército, á los proveedores y en fin, ni el mismo Dios escapa á sus iras.

Al dia siguiente, los verá V. haciendo todo lo contrario, segun la esperanza de recompensa que vislumbren.

Para un periodista, que tenga parte en el beneficio de proyectos y concesiones, no hay más norma de conducta que el aplauso; para el que no tiene parte en esos asuntos, la norma es combatirlos.

Le dije antes que había periodistas dignos de res peto, en todo sentido, cuya ambición consiste en rendir culto al honor, al patriotismo y al progreso; pero á estos, les llaman sus colegas, *los cándidos*.

Después de estas lijeras esplicaciones, ¿dígame si vale la pena de incomodarse por las calumnias impresas?

—Señor ministro, la pintura es negra.

—Pués á mí me parece, que aún está léjos de la realidad.

—¡Diablos! Creo que estamos mejor en el Chaco; allí no hay diarios.

—Felicítese de no tenerlos.

Si la prensa fuese lo que algunas veces dice ella misma que és, no habría más remedio que respetarla y aplaudirla. Es conveniente escuchar una voz austera y digna, que nos aliente para el bien y nos aparte del mal; pero tal cual es, alguna parte de ella, solo sirve para promover escándalos y causar desazones.

—Voy á seguir la opinión de V. E. Aunque me cueste un disgusto mayor que el de la farsa del duelo, exijiré al director del diario donde se me injurió, que allí mismo se me desagravie.

El coronel se despidió del ministro.

Al cuarto dia de la anterior entrevista se dirijió á las oficinas de redacción y se halló frente á frente del periodista con quien había tenido el desgraciado lance de honor.

—Ya supondrá V. á lo que vengo, dijo el coronel sentándose.

—Lo supongo, señor coronel, contestó el periodista. Nadie lamenta más que yó, lo ocurrido entre nosotros. El disgusto me causó una enfermedad de tres dias. Recien llego á la imprenta, despues de la última vez que nos vimos. Es muy triste la misión del periodista, señor coronel; siempre expuesto, siempre afrontando el sacrificio para defender los intereses de la pátria, del honor y de la libertad. Este es un ejemplo.

Un capitalista muy recomendado y recomendable me trajo las denuncias que á V. se refieren; las firmó, y las publiqué.

Mi deber era, ir hasta el sacrificio, antes de revelar el nombre del denunciante, no siendo obligado á ello por la autoridad judicial.

El periodista honrado, es un confesor, que no puede faltar á sus sagrados deberes, comunicando los secretos del confesionario.

Así lo hice yo, mientras creí que debía hacerlo.

Después de volver del terreno del honor supe con desagrado, que mi buena fé había sido sorprendida ; que cuanto á V. se refiere es una calumna soez, y estoy dispuesto á publicar mañana, una declaración que dejará à V. satisfecho.

—Cumplirá con su deber. No tengo interés en saber el nombre de mi detractor; no me gusta conocer los nombres de la canalla.

Espero ver su declaración, y le pido, que no se deje sorprender con tanta facilidad, admitiendo denuncias deshonrosas, contra hombres de buenos antecedentes. Dirijase V. á ellos, antes de hacerse eco de odios ruínes, y le dirán la verdad, porque los hombres de honor, no mienten nunca.

—Tiene V. razon, señor coronel.

—Espero ver lo que dice sú diario mañana, dijo el coronel al partir.

—Le aseguro que quedará V. satisfecho. Entretanto, esta es su casa; tendré mucho gusto en ponerme á sus órdenes para todo lo que de mi necesite, dijo el periodista, mientras acompañaba al coronel hasta la puerta.

El artículo del diario dejó completamente satisfecho al coronel.

Corinto y los suyos estaban alojados en una fonda de la calle 25 de Mayo.

Arregladas todas las dificultades y restablecida la verdad de lo ocurrido en el Chaco, el coronel volvía á su destino, y así se lo hizo saber á Corinto, á fin de que estuviese pronto para embarcarse.

—Señor coronel, deseamos quedarnos aquí.

—Esa cuestión no me corresponde á mí resolverla. Pueden quedarse si les conviene; pero si resolviesen volver al Chaco, cuente con mi protección, mientras se dediquen al trabajo honrado.

Corinto agradeció los ofrecimientos del jefe; pero deseando dedicarse al comercio, se quedó en Bnenos Aires. Alexandri podia decirse que formaba parte de la familia, y se quedó tambien.

Cefisa estaba loca de alegría, al saber que no volvía al Chaco.

Los escaparates con joyas, sombreros y vestidos, eran los únicos altares á que ella prodigaba sus reverencias.

Cuando salía á la calle, miraba con insistencia á los coches que pasaban, hasta ver quien los ocupaba. Si era señora, la envídia se retrataba en los ojos de Cefisa; si era hombre, se sonreía, entornaba los parpados picarescamente, y cuando más llamaba la atención, más cuidado ponía en ser vista.

Una tarde que pasaban por la calle Florida con Olimpia, vió en un elegante cupé á un señor de barba blanca, en el momento que el cochero detenía los briosos caballos, para dejar pasar un tranvía.

El caballero fijó un mirada curiosa en aquella jóven tan mal vestida y tan bella, y Cefisa se sonrió sin dejar de mirar al anciano. Pensó en el buen señor que le daba golosinas á bordo, pero al fin, se dió cuenta, que no era el mismo. No obstante, su fogosa imaginación se empeñaba en ver un pretendiente millonario, en aquel viejo, y su fantasía tendió el vuelo por el mundo de las ilusiones. El corazon golpeaba su pecho, sus mejillas ardían y sus ojos se inflamaban.

¿Sería aquel hombre su buena fortuna? ¿Tendría aquel señor todo el oro que ella necesitaba, para satisfacer su desordenado apetito de lujo y deplaceres?

Tales eran las preguntas que se hacía *in mente*, mientras su ambición le pintaba los detalles de la gran vida. El mareo reaparecía en su imaginación. Ya se veía dentro de una joyería vaciando los estantes y cubriéndose el cuello y las manos de joyas. Ya elegía sombreros y vestidos, por docenas, probándose los unos y los otros, ante espejos de cuerpo entero.

Ya se contemplaba rodeada de amantes, que la hacían estremecer con sus acentos apasionados..... Cefisa estaba enferma de sensualismo.

Una alegría desconocida aceleraba la circulación de su sangre y le erizaba la epidermis.

Sabía que era hermosa y que la belleza femenina se puede vender.

Aunque sentía la necesidad de los placeres, la posponía siempre á las riquezas; lo primero sin lo segundo, no le satisfacía, por eso miraba con desdén á los hombres que no aparentaban gran fortuna, aunque fueran jóvenes. Prefería los viejos millonarios; en ellos buscaba el escalón para llegar á la altura; después, tendría hombres jóvenes á quienes dar la mano para que escalasen el edificio, y entonces, saciaría sus locos deseos.

Cefisa parecía clavada en la vereda, mientras Olimpia marchaba sin advertir que su hija no la seguía.

El anciano notó la actitud de la jóven; se bajó del carruaje y pasando al lado de ella, le dijo:

—Adios, preciosa niña.

—Adios señor; contestó ella, y se reunió con Olimpia.

El caballero las seguía á corta distancia, y Cefisa volvía á cada paso la cabeza para sonreirle.

Así llegaron á la fonda. Al entrar, Cefisa hizo un saludo de despedida con la cabeza, regalándole al acompañante la más seductora de sus sonrisas.

El anciano sacó una cartera, apuntó el número de la casa y se alejó.

Pocos momentos después, se asomó Cefisa en la puerta, y al no ver al anciano hizo un jesto de disgusto.

Corinto había traido algun dinero del Chaco; pero no en la abundancia necesaria para pasar muchos dias sin trabajar.

Reunida la familia y Alexandri, empezaron á pensar en qué, y cuando, podrían emprender algun trabajo productivo.

Alexandri dijo, que sabía por uno de los mozos de la fonda, que el patrón estaba en quiebra; que la fonda tenía poco capital y que no seria difícil comprarla.

La idea gustó á todos; solo faltaba saber cuanto valía y si el dinero les alcanzaba para la compra. Alexandri se encargó de tomar informes al respecto.

Cefisa salía con frecuencia á la puerta; tenía la seseguridad de volver á ver al caballero del elegante coche.

Un dia al asomarse á la puerta, el corazon le palpitó con violencia. El anciano estaba parado en la esquina, y al ver á la jóven, se encaminó hácia ella.

Cefisa esperó, y entre ella y él se entabló una con-

versación animada y en voz baja, que duró más de quince minutos.

Estas entrevistas se repitieron con frecuencia, hasta una ocasión á las diez de la noche, que se detuvo á media cuadra de la fonda, un coche de alquiler. Un hombre descendió de él y pasó varias veces por delante de la puerta de la fonda, como si esperase ver alguna persona.

Cefisa apareció; cambió algunas palabras con el caballero y entró enseguida en su casa, mientras él hizo acercar el coche á la puerta, y con la portezuela abierta, esperó oculto en el interior del carruaje.

No habrían pasado cinco minutos, cuando Cefisa reapareció. Iba á entrar precipitadamente en el coche, y se sintió retenida del vestido. Era su padre, que al verla salir tan azorada, la siguió.

Al verse sorprendida, corrió hácia el interior de la casa.

Corinto hizo bajar al caballero del coche, que era el anciano que vino hablar varias veces con Cefisa.

Aquel señor, obligado por Corinto, confesó sus intenciones, ofreciendo toda clase de excusas y condescendencias, á condición de que el lance quedase en el secreto.

Su posición social, su fertuna y su estado, le obligaban á someterse á todo, antes de que se trasluciese su calaverada.

Si su señora, que era jóven y bella, descubría el lance en que él se hallaba metido, le haría pasar momentos terribles.

Corinto y el anciano hablaban solos en una habitación. y á fin de que el padre fuese discreto, el caballero le ofreció influencia y dinero.

—¿Es de V. este establecimiento? preguntó á Corinto.

—No señor; me falta capital para comprarlo,

—¿Cuánto necesita?

—Tres mil pesos.

—Mañana los recibirá. Hé aquí mi nombre, dijo el anciano entregándole una tarjeta.

—¿A que hora puedo pasar por su casa?

—Es inútil; yó mismo traré el dinero.

Corinto aceptó. Sé iba acostumbrando á tomar las cosas como eran, y la fiebre de tener dinero, le equejaba tanto á él como á su hija.

Al dia siguiente de esta escena, Corinto salió á la calle y pidió noticias respecto á la persona de su imprevisto protector.

En la esquina de la casa, cuyas señas indicaba la tarjeta, había un almacen de comestibles, y allí supo Corinto, que su hombre era muy rico, casado de segundas nupcias con una hermosa jóven, de quién se contaban aventuras escandalosas, y las grandes peleas que tenía con una señorita de su misma edad, hija del caballero con quien se había casado.

Corinto volvió á su casa lleno de satisfacción ; el viejo no le había engañado.

Haría una hora que había vuelto de su escursión indagatoria, cuando el caballero se presentó en la fonda y entregó á Corinto la suma prometida.

Corinto temblaba de emoción, al contacto del dinero. De lo ocurrido no había dicho una palabra á su familia, y ménos á Cefisa, la cual evitaba, de todos modos, hallarse cerca de su padre.

El caballero Ignacio Saparetti, se dió cuenta de que la casualidad le ponía en el camino más corto y recto para ser dueño de la jóven. El padre sería sordo, ciego y mudo; lo comprendía en su actitud especuladora.

Ignacio Saparetti llegó á Buenos Aires con una hija de seis años llamada Baudilia.

Compró mucha propiedades para renta y abrió un escritorio donde hacía préstamos de dinero.

Pasaba como hombre dado á las aventuras amoro-

sas, y deducian de ahí los mal entretenidos, que Baudilia no era fruto de matrimonio.

Las personas que se relacionaban con D. Ignacio alababan su discreta conversación y là bondad de sus acciones. El prestamista apretaba la mano en los negocios, eso sí; pero la abría en los lances de amor.

Pasó algunos años acumulando dinero y pirateando muchachas, hasta que una hermosa alumna de la escuela normal se le entró por los ojos, como entra un aguacíl por la puerta de la casa de un deudor insolvente.

Saparetti trató de hacer sus diabluras con la muchacha; pero ella tenía los ojos muy abiertos y resistió el ataque victoriosamente.

Ni las zalamerías, ni el dinero, ni las promesas de casamiento conmovian á la hermosa Bahilde, la cual decía:

—Primero el casamiento; después hablaremos de caricias.

D. Ignacio estaba conforme con la operación, pero no con la manera de empezar.

El diablo de la muchacha mantenía con firmeza los términos del convenio, y D. Ignacio que ya no tenía espera, resolvió someterse.

Ya estaba arreglada la casa, y algunas diligencias hechas en la curia, cuando el nóvio volvió á exijír anticipos y la novia á negarlos.

El hombre cerró los ojos, que solò cerrándolos se hace esta clase de contratos y se casó.

Bahilde tenía diez y seis años y otros tantos tenía Baudilia, que así se llamaba la hija de Saparetti.

Las dos eran jóvenes y bellas, las dos iban á vivir bajo el mismo techo y sin embargo, desde la primera vez que se vieron se aborrecieron con los ojos, por más que fingían amarse con las palabras.

Baudilia creía ver atacada su autoridad por la entromisión de una persona estraña en su casa, y Bahilde presentía la resistencia que iba á encontrar en aquellà joven.

Los primeros dias que siguieron al casamiento la paz no fué alterada; las dos jóvenes disimulaban porque se temían.

Saparetti jamás intervenía en los gastos diarios; que abundase el dinero, era la única obligación que se imponía, todo lo demás quedaba á cargo de su hija, autorizada para hacer cuanto se le antojase.

La recien casada rompió el fuego diciendo á Saparetti, que se gastaba sin orden ni aprovechamiento.

Esta primera granada reventó ó los piés de Baudilia, penetrándole un casco en el amor propio; pero herida y todo hizo fuego contra su enemiga, dicendo á su padre, que jamás se había descuidado el aseo, ni habían entrado tantos hombres en la casa, como después de su casamiento.

Esta andanada de metralla hizo estremecer de ira á Bahilde la cual hisó bandera de combate inmediatamente.

Saparetti se pronunciaba, de noche, en favor de su mujer y de día en favor de su hija, manteniendo con esta indecisión la llama de la guerra.

Las rivales dividieron la casa en dos departamentos, y los sirvientes en dos bandos; la gente de servicio se embanderó en la lucha.

Cuando Baudilia daba de baja á un servidor, Bahilde le enrolaba, y vice-versa, llegando de este modo Saparetti á pagar un gran número de sirvientes.

Estos gastos no le hacían cosquillas al millonario, que ya había vuelto á sus piraterías callejeras, y la guerra de su casa le proporcionaba la ventaja de que estas piraterías no fuesen conocidas por su mujer.

Bahilde recibía visitas, y Baudilia, no queriendo ser ménos las recibía tambien.

Bahilde se jactaba de tener adoradores, y Baudilia demostraba que tambien ella los tenía.

La guerra era encarnizada, sin cuartel; se devolvian golpe por golpe.

Saparetti se había acostumbrado á la batalla y no

se ocupaba en contar los muertos, sin precaver siquiera, que esos muertos pudieran ser su honor y su bolsillo.

Bahilde hizo el último esfuerzo para dominar á su marido y puso en campaña los celos; pero el ardid dió resultado contrario: Saparetti se sentía dichoso con los celos de su mujer.

Baudilia se vengó de este ensayo de su madrastra haciéndole prisionero á uno de sus amantes.

Este acontecimiento determinó un cambio en el arte de la guerra; el dinero y las complacencias empezaron á fomentar las deserciones de una y otra parte. Estas noticias se esparcieron, y los mercenarios se presentaron con pasmosa abundaneia, unos por el aliciente de la paga y otros hasta por el solo amor al arte.

La casa da Saparetti era señalada por el dedo de la crítica, y la evidencia del escándalo; pero el viejo no veía ni una ni otra cosa; tenía los ojos puestos en el cercado ageno y de vez en cuando saboreaba alguna fruta, y en tal entretenimiento olvidaba su casa donde otros cosechaban abundantemente.

Cada vez que Bahilde y Baudilia se acercaban, en ausencia de Saparetti, producían un escándalo gritándose insolencias: pero no vièndose se comunicaban los triunfos por escrito, y en estilo culto, que es la forma de las ironías picantes.

Todos estos datos recogió Alexandri, y de ellos proyectó servirse para mitigar su despecho y satisfacer su venganza.

Corinto compró la fonda y habló largamente con su hija respecto á la conducta que ella debía observar con el viejo. El padre y la hija se entendieron, entrando de lleno en el camino de las infamias.

Alexandri se enteró de todo lo que dejamos relatado sin darse por entendido; él tambien habia for-

mado sus proyectos. Estaba convencido de que jamás obtendría el cariño de Cefisa; ella misma se lo había dicho con tono desabrido, cada vez que él le había hablado de casamiento; pero en cambio, Olimpia daba al jóven inequívocas pruebras de afecto.

Después de la compra de la fonda cambió completamente el carácter de Corinto. Se volvió soberbio y huraño con su familia. Su mujer empezó á encontrarle intratable.

Sus hermanos, y Olimpia y Alexandri, servian á los parroquianos de la casa, y Cefisa acomodaba las habitaciones, mientras Corinto parecía no ocuparse de nada.

D. Ignácio Saparetti comía algunas veces en la fonda, en un cuarto reservado, en compañía de Corinto y servido por Cefisa. Corinto le hablaba con frecuencia de sus apuros de dinero y del proyecto de mejorar la casa, para elevarla á la categoría de hotel.

Saparetti le facilitaba pequeñas sumas, sin conseguir que le dejase á solas con Cefisa.

El último pedido de Corinto fué de cinco mil pesos.

Saparetti le dijo que se los daría, si Cefisa iba á buscarlos sola al escritorio.

Corinto contestó que los recibiría él; pero que después de recibidos iría Cefisa sola á darle las gracias.

Saparetti aceptó el trato.

El hotel se planteó con lujo; la fortuna sonreía á los Alfeo; pero los vecinos los criticaban atrozmente. Decian que Olimpia, era la querida de Aleaxndri; que el joven era hijo de un noble italiano que le mandaba el dinero por cajones.

Que los dos tios hacían vida comun con la sobrina; y per último, que Corinto no era casado con Olimpia ni Cefisa era hija de él. La lengua más cortadora siempre fué la de la envidia.

Alexandri había traido algunos pesos del Chaco, y con los que ganaba en el hotel, se mandó hacer elegantes trajes; compró reloj y empezó á rondar la casa de Saparetti.

Sus rondas fueron notadas por la mujer y la hija de D. Ignacio; que ya se disputaban las preferencias del joven.

En una de estas rondas, vió caer de los balcones un ramo de flores; lo recogió, miró y vió que la que había arrojado el ramo, le saludaba: era la señora de Saparetti.

Poco tiempo tardó Alexandri en tener entrada en la casa y llegar á grandes intimidades. Así se vengaba de los desaires de Cefisa, pues, comprendía, que esta sería del viejo tarde ó temprano.

Saparetti salía siempre á las siete de la noche y nunca volvía antes de las once de la noche.

En ese intervalo Bahilde y Baudilia se solozaban con sus visitas, las que renovaban con tanta frecuencia, que nunca se dió el caso de que un hombre visitase á ninguna de las dos más de quince dias.

Cuando Alexandri se dió cuenta de que las dos rivales se disputaban los adoradores, teniendo en mucho el hecho de arrebatárselos, se propuso sostener relaciones con las dos á la vez.

La empresa era difícil, porque no podría entrar en el departamento de una sin ser visto por la otra, y Bahilde le aborrecería si llegaba á saber que obsequiaba á Baudilia.

Buscando el modo de allanar esta dificultad, se le ocurrió alejar á Bahilde de su casa, y durante su ausencia acercarse á Baudilia.

Corinto dijo á su hija que fuese á darle las gracias á Saparetti por los favores que había hecho á la familia, recomendándole, que al mismo tiempo, tratase de pedirle algun dinero prestado.

Cefisa no se hizo repir la orden; pero tan absorta iba, que no vió que Alexandri la seguía de cerca.

Llegó, consultó el número del escritorio y entró.

Alexandri entró detrás de ella.

Saparetti los vió entrar juntos, y bien fuese por los recelos que le inspiraba el joven, ó por alguna otra causa reservada, hizo decir á Cefisa que no estaba en su despacho.

La joven se retiró contrariada sin reconocer á Alexandri al salir, el cual daba la espalda á la puerta.

Recorrió toda la calle de Florida, perdiendo un cuarto de hora en cada escaparate; pasaba revista á todos los objetos de lujo; por cada uno hubiera dado su alma y su cuerpo. Las vidrieras donde se exhibian joyas, sobre todo, la fascinaban.

En medio de estos afanes, recordó á D. Gaspar; pero había muerto y su pensamiento se volvió al anciano.

—Ah! si no hubiera sido el imbécil de Alexandri, se decía Cefisa, yo sería hoy felíz, y. ... ¡quién sabe!....

Tal vez teniendo todo lo que ambiciono, conseguiría ese nécio lo que ha buscado con sus estúpidas pretensiones de casamiento.....

No es feo, y hasta tiene aire distinguido cuando se viste bien; pero es un miserable; no tiene dinero ni para una noche de teatro.

Absorbida por estos pensamientos llegó á su casa, donde le esperaba su padre ansioso de saber el resultado de la visita.

Cuando le dijo Cefisa que Saparetti no estaba en el escritorio, Corintio frunció el ceño y se quedó pensativo. No esperaba un desenlace tan estraño. Se preguntaba si el viejo y su hija no se habrían entendido en provecho propio, ó si Saparetti no se habría cansado de dar dinero.

Esa tarde la pasó Corinto taciturno é intratable.

A la noche llegó Saparetti.

—¿Ha visto V. á Cefisa?

—Sí, pero no fué sola.

—¡Cómo no fué sola!

—La acompañaba un joven rubio y no quise recibirlos.

—Pues de aquí salió sola, dijo Corinto llamando á la joven y preguntándole quien la habia acompañado.

—A mí nadie, contestó Cefisa.

—He visto entrar con V. á un joven rubio, dijo Saparetti.

—Habrá entrado alguno al mismo tiempo que yó, pero conmigo no ha ido.

La contestación de la joven, tenía el sello de la verdad y fué creida. Esa noche no se habló más del asunto.

La visita de Cefisa se aplazó.

Alexandri puso en conocimiento de la mujer de Saparetti los pasos que daba su marido y la hora en que concurría al hotel.

Bahilde se metió en un coche y esperó frente á la puerta del hotel la salida de su marido.

Apenas el viejo pisó la vereda, su mujer salió del coche y se precipitó sobre él aturdiendole á insultos.

El escándalo tomó proporciones colosales.

Un sargento y dos vijilantes, se abrieron paso por entre el grupo de curiosos, dispuestos á escarmentar á los escandalosos, pero al hallarse con una hermosa y elegante dama y un hombre con todas la apariencias de rico. el enojo de los guardianes del órden público se volvió contra los curiosos, que fueron corridos á machetazos.

Bahilde metió á su marido á empujones en el coche, y adentro arañó cruelmente al ingrato Adonis.

Esa noche recibió Baudilia la primera visita de un jóven que la requebraba, cuando fué sorprendida por unos pasos varoniles que se dirigían á la sala de recibo.

Como no esperaba á ninguna otra persona creyó que aquellos pasos eran los de su padre, é hizo ocul-

tar inmediatamente al joven en el cuarto de baño. Hecha esta operación volvíó á la sala donde se encontró con Alexandri, que había aprovechado el momento en que Bahilde se estacionó frente al hotel, para entretenerse con la hija de Saparetti. Esta aceptó sus caricias á condición de que renunciase á los favores de su madrasta.

Alexandri le prometió cuanto ella quiso exigirle, y pudo apuntar, un nuevo triunfo en el libro de sus conquistas.

Aún se hallaban dulcemente entretenidos los dos nuevos amantes, cuando se oyó en la escalera principal la voz de Bahilde, apostrofando á su infiel esposo.

Alexandri no esperaba que volviesen tan pronto, y empujado por la sorpresa huyó y se ocultó en la primer habitación que halló á su paso, donde ya lo había precedido el otro jóven.

Los dos se miraban sin decir una palabra, cuando entró un tercero precipitadamente, cerrando la puerta por dentro, sin haber reparado en los dos jóvenes.

Este último era un amante quien había citado Bahilde.

Sorprendido por la llegada de Saparetti, y su mujer, se encerró para salir cuando los esposos estuvieran en la sala.

Esta habitación era el cuarto del baño.

Después de cerrar la puerta, recien se apercibió de la presencia de dos personas, que lo miraban silenciosos y perplejos, y tomando una rápida resolución, dijo, á uno de ellos:

—Caballero, podré saber á que debo el honor de hallar á V. en mi cuarto de baño?

El interpelado, creyendose en presencia de algun hijo de Saparetti, apenas pudo balbucear algunas escusas.

—Creo que no se trata de ladrones; pero de todos modos, quiero conocer los motivos de su presencia en mi casa.

Ya no había como dudar; aquel jóven era hijo de Saparetti.

—Caballero, dijo el aludido, por mi parte, se trata de...... una sirvienta.

—¡ Ah ! comprendo; viene V. á convertir mi casa en lupanar......

—Disculpe, señor; V. tambien es jóven, y puede comprender......

—Sí, comprendo. ¿ Y este otro? Busca tambien á otra sirvienta ? dijo dirigiéndose á Alexandri.

Alexandri sabía por Bahilde, que Saparetti no tenía más hijas que Baudilia, y como no era hombre de dejarse fumar, sacó un rewolver del bolsillo y contestó:

—Los que van á decirme á que vinieron aquí, son Vds. Yo soy Ignacio Saparetti (hijo).

La escena cambió completamente. El que primero había tratado de pasar por dueño de casa, se disculpó diciendo, que había querido dar una broma; el otro no supo que contestar.

— Concluyamos, señores; me lo esplico todo. Tengan la bondad de salir, sino quièren que les haga llevar á la cárcel, y cuidado con volver á poner los piés en mi casa.

Los dos individuos salieron inmediatamente; pero al pasar tropezaron con Saparetti y su mujer, que estaban disputando en la puerta del salón.

—¿ Qué gente es ésta? preguntó D. Ignacio, parándose delante de los fugitivos.

Bahilde palideció, mientras ellos contestaban á Saparetti.

—Somos amigos de su hijo; hemos venido á visitarle, y como ha ido á bañarse, nos retiramos.

—¿ Que es esto? Aver; llamen un vigilante, gritó Saparetti, agregando ¡ canallas ! ; yo no tengo ningun hijo.

Al escuchar estas palabras, los dos individuos, se lanzaron escalera abajo dejando atónito á Saparetti y á Bahilde sorprendida.

—Estos son ladrones, dijó al fin D. Ignacio.

—Es claro, contestó Bahilde.

—Veamos si queda algun otro en el cuarto del baño, dijo el anciano, yendo á empujar la puerta, y hallándola cerrada por dentro, gritó:

—Hábran la puerta, ó llamo á la policía.

Alexandri salió como una flecha, derribando á Saparetti; pero no, sin que Bahilde lo reconociese.

Estas peripecias le proporcionaron la tranquilidad á D. Ignacio. Su mujer ya no lo arañaba; se había quedado pensativa.

—¡Pobrecita! le decía él. ¿Estás asustada?

—Cómo no estarlo, contestó ella. Voy á la calle, y te encuentro metido en picardías; vuelvo á mi casa, y me hallo con tres ladrones. Esto es insufrible; me voy á envenenar.

—Nó, mi querida Bahilde; ¿que sería de mi sin tus caricias?

—¡Zalamero! Andá á tu cuarto; no quiero volverte á ver, hoy.

El viejo entró en su dormitorio; Bahilde le encerró con llave; se fué en busca de su hijastra, y echó con ella una soberbia pelea.

—Te vino á visitar ¿éh? Decía Bahilde enfurecida.

—Que té importa; yo estoy en mi casa.

—Y yó no?

—Nó. Yo soy la hija de Saparetti.

—Yo soy la mujer.

—De todos.....

—Mira, que.....

El escándalo atrajo los sirvientes hácia áquel lado de la casa.

Al fin, Bahilde se fué al cuarto de su marido, quien pagó con creces, el mal humor de su mujer.

En la casa de Corinto tambien había novedades.

Cefisa se negaba á trabajar, y cuando su madre la reprendía, el padre tomaba su defensa.

Los dos hermanos de Corinto se quejaban del ca-

rácter de su hermano, y del desórden que reinaba en la casa.

La disputa iba creciendo, cuando el médico que asistía á un pensionista, dijo á Corinto, que dispusiera los necesario á fin de que el enfermo del departamento núm. 18 tomase sus disposiciones testamentarias, porque la ciencia no tenía nada más que hacer con él.

Corinto subió al departamento del enfermo y le halló agonizante.

D. Zenon Fuentes era vasco español, soltero y avecindado en Tucumán. Hacía dos meses que estaba en la capital de la República con el objeto de comprar cédulas hipotecarias y de depositar en un Banco las escrituras de sus propiedades. Se había alojado en el hotel de Corinto, donde le acometió una repentina enfermedad. Durante el tiempo que permaneció en manos de médico, se hizo muy amigo de Corinto.

La enfermedad se agravó y la intimidad del enfermo con el dueño de la casa creció tanto, que Fuentes mostró á Corinto las escrituras y el dinero que traía.

El dueño de la casa redobló sus cuidados hácia el enfermo, y un dia que le vió aletargado sacó una copia de los datos que más le interesaban de las escrituras.

Cuando el médico le comunicó á Corinto que el enfermo se moría, el hotelero llamó á sus hermanos y á Alexandri y les presentó un proyecto diabólico.

Era verdaderamente maravillosa la sangre fria de Corinto ante la imprevista desgracia.

El enfermo parecía estar bien y su muerte debía haber sorprendido al dueño de la casa; más para aquel hombre ya no existían las sorpresas; vivía metalizado y solo se conmovía con la posesión del dinero.

Una hora después de haber muerto Fuentes, los Alfeo le sacaron de la cama y lo ocultaron debajo de ella, y Corinto se acostó aparentando estar en la agonía.

Llegó el encargado de la fé pública, y dirigiéndose al testador, que apenas hablaba, empezó à llenar su cometido.

Alexandri y los hermanos de Corinto, presenciaban el acto como testigos.

El enfermo declaró llamarse Zenon Fuentes, vecino de Tucumán, de cuarenta años de edad, soltero y poseedor de tales y cuales bienes, que dejaba a Don Corinto Alfeo y á su familia, por el esmerado cuidado que habian tenido con él durante la enfermedad, y como pago de sumas de dinero que el expresado Corinto le había prestado.

Concluido el testamento y firmado, el enfermo parecía haber muerto, pues no respondía á las palabras que le dirigian.

El escribano se retiró.

Cuando los Alfeo quedaron solos, Corinto saltó de la cama y pusieron en ella el verdadero muerto, llamando en seguida á un sacerdote.

El cura llegó y viendo que se trataba de un muerto, se quejó de los que le habian hecho salir de su casa, antes de cerciorarse bien, si el enfermo había dejado de existir.

Corinto contestó, que cuando le habían llamado, recien el médico había dicho, que Fuentes estaba en peligro de muerte.

Al día siguiente se enterró el muerto. En la listade defunciones, figuró ésta, como producida por el *beri-beri.*

Este acontecimiento hizo dueño de oohocientos mil pesos á Corinto. Dió una parte á sus hermanos y otra á Alexandri, y vendiendo el hotel, se dió à la vida de gran señor.

Olimpia y Cefisa no sabían nada del origen de la fortuna de Corinto; pero vivian bien, y empezaban á figurar entre la aristocracia del dinero.

Por fin, Cefisa había realizado una parte de su programa; era rica, tenía joyas, vestidos de seda, ricos muebles, coches y sirvientes.

Saparetti no pudo seguir su conquista; su mujer le encerraba, y aunque los sirvientes decían, que lo hacía para recibir sin peligro á sus amantes, Bahilde aseguraba, que procedía así, para tener sujeto á quel viejo calavera.

A Saparetti le causaban mucha gracia estos dichos de su mujer. Estaba convencido que era un conquistador de corazones, y de que el inmenso cariño que le profesaba Bahilde, la ponía celosa.

Al ir un dia á Palermo la familia de Corinto, Cefisa vió pasar á su lado á un hombre que la saludó cariñosamente. Ella no sabía quien era; pero estaba segura de haberle visto en alguna parte.

El tílburi en que iba el desconocido se detuvo al lado del coche de la familia Alfeo, y el caballero dijo con disimulo, y de modo que solo Cefisa pudiese oir:

— Ya no te acuerdas de D. Gaspar?

La joven le reconoció en el acto, y se complació de volverle á ver. Aún conservaba buenos recuerdos de aquel hombre, y al encontrarle cuando le creía muerto, sentía renacer en su memoria, todas las fantasías que él la había inspirado.

Alhagada su vanidad y satisfechas sus aspiraciones de riqueza, no le faltaba más que satisfacer el apetito corporal, que si bien se había amortiguado un poco, con el continuo trabajo de fondera, reaparecía con mas vigor, en medio de la ociosidad de la opulencia.

Pero si había crecido en espectabilidad, tambien se habían multiplicado las exigencias sociales; no le era dado entregarse á la satisfacción de sus deseos, con la misma libertad que hubiera podido hacerlo antes.

Su posición reclamaba mayor compostura en las maneras y discrección en las palabras.

Sin embargo, los mareos se acentuaban cada vez más; la carne pedía su parte en los goces, y Cefisa buscaba la ocasión y la persona que debía complacerla.

Su excitación aumentaba; su cerebro estaba bajo la presión de estos pensamientos y la impaciencia le hacía pensar en los hechos más estravagantes.

Pensó en D. Gaspar; y notó que éste no podía abandonar el incógnito, por sus antecedentes en el Chaco.

Pensó en Alexandri; pero le odiaba siempre, y conocía sus relaciones con Olimpia.

De prontó se sonrió, como si una súbita idea asaltase su cabeza, y cerrando los ojos, organizó un plan.

Después de larga meditación, pareció tranquilizarse.

Había resuelto el problema; tenía elejido el hombre, y era tal, que nadie podía sospecharlo.

Cefisa no quería lazos que la encerraran en el rol de esposa; conservaría todos los actrativos de soltera, teniendo entre ellos las satisfacciones íntimas.

Ni sus relaciones, ni su familia penetrarían en los misterios de su dormitorio.

Al examinar los detalles de su plan, se sonreía con satisfacción.

Todo hecho es posible, cuando se sabe hacer, pensaba Cefisa.

Pepe, era un muchachon robusto y no mal parecido, que bajaba la vista confundido, cada vez que la señorita le miraba.

Un día Cefisa ordenó á Pepe, que enganchase los caballos al landó.

Rodaba el coche hácia Palermo; cuando Cefisa tomó el silbato y el coche se detuvo.

—Pepe, le dijo, asomando la cabeza por la ventanilla, vamos á seguir por la orilla del rio, hasta donde se pueda; quiero ver las ondas alborotadas.

El coche empezó á rodar sobre la alfombra de yerba que tapizaba la orilla del rio.

Otro silbido hizo detener el coche, y la cabeza de Cefisa asomó de nuevo por la ventanilla.

—Pepe, bájese y venga á ver por donde entra el viento en el coche.

El cochero bajó del pescante, sin soltar las riendas de los caballos, abrió la portezuela y empezó á ver por donde podía entrar el viento.

—Es aquí; debajo de mi asiento, dijo ella alzando un poco el vestido.

Pepe temblaba como un azogado, al ver la redonda y mórbida pierna de su patrona.

Tenía la cara roja, los lábios se debatían uno contra el otro, sin producir un sonido ; las manos amenazaban soltar las riendas, y de su frente caían gruesas gotas de sudor.

—Señorita, dijo por fin, con voz temblorosa, no se vé nada.

—No seas imbécil, dijo ella, con la cara encendida y estrechándole entre sus brazos.

Pepe sin soltar las riendas, se perdió dentro del coche.

La tarde era tibia como el aliento de un niño.

Los últimos fulgores del sol doraban las ondas del plata; las brisas volaban de los coposos árboles de Palermo á la móvil alfombra de yerba que servía de marco al río; los pájaros chapaleaban el agua con las alas y un perfume de fecundación llenaba la atmósfera.

Dentro del inmenso marco formado por el rio y la alfombra de yerba y flores tendida á los pies de la ciudad, estaba parado el elegante coche de Cefisa. De pronto se agitó con imprevista violencia; los caballos mordieron el freno y arrastraron al cochero, que sin soltar las riendas gritaba:

—Tírese señorita, y seguía pugnando por detener los caballos.

Cefisa se tiró del coche, en el momento que las riendas se rompían y los dos fogosos animales se lanzaban en furiosa carrera.

Pepe se acercó á su patrona preguntándole si se había lastimado.

—No me hice ningun daño. Corre tras del coche.

El cochero salió á escape.

Los caballos, con los restos del magnífico landó, fueron detenidos por dos vigilantes.

El cochero dijo que se habían asustado de una carreta con pasto; que la violencia de la carrera le sacó del pescante y que la señorita se había arrojado del coche sin lastimarse.

Los diarios contaban el desastre con los más pequeños detalles, asegurando algunos, que su activo reporter, preveyendo los lances de esta clase, estaba muy cerca del coche, cuando apareció la carreta. Que vió primero caer al cochero del pescante y arrojarse á la hermosa niña con valor heróico y sereno, mucho después.

El cronista se entretenía en largas consideraciones sobre los caballos puros, y el atraso de los fabricantes de coches, que aun no inventaron el modo de prevenir esta clase de accidentes.

Don Gaspar averiguó donde vivía Cefisa, y le escribió, rogandole que no dijese nada de su encuentro, y que le concediese una entrevista.

Cefisa contestó prometiendo la reserva, Respecto á la entrevista, decía que esperase aviso del dia, la hora y el paraje donde habrian de verse.

Agregaba que su posición era muy delicada, no solo por el rango social en que vivía, sino tambien, por no salir sola á ninguna parte.

La casa de la familia Alfeo era el punto de reunión de muchas personas consideradas, y especialmente de los jóvenes, que se disputaban la mano de la joven.

Las murmuraciones decían, que Cefisa no era partidaria del casamiento; pero que se dejaba querer, y

Otro silbido hizo detener el coche, y la cabeza de Cefisa asomó de nuevo por la ventanilla.

—Pepe, bájese y venga á ver por donde entra el viento en el coche.

El cochero bajó del pescante, sin soltar las riendas de los caballos, abrió la portezuela y empezó á ver por donde podía entrar el viento.

—Es aquí; debajo de mi asiento, dijo ella alzando un poco el vestido.

Pepe temblaba como un azogado, al ver la redonda y mórbida pierna de su patrona.

Tenía la cara roja, los lábios se debatían uno contra el otro, sin producir un sonido; las manos amenazaban soltar las riendas, y de su frente caían gruesas gotas de sudor.

—Señorita, dijo por fin, con voz temblorosa, no se vé nada.

—No seas imbécil, dijo ella, con la cara encendida y estrechándole entre sus brazos.

Pepe sin soltar las riendas, se perdió dentro del coche.

La tarde era tibia como el aliento de un niño.

Los últimos fulgores del sol doraban las ondas del plata; las brisas volaban de los coposos árboles de Palermo á la móvil alfombra de yerba que servía de marco al río; los pájaros chapaleaban el agua con las alas y un perfume de fecundación llenaba la átmósfera.

Dentro del inmenso marco formado por el rio y la alfombra de yerba y flores tendida á los pies de la ciudad, estaba parado el elegante coche de Cefisa. De pronto se agitó con imprevista violencia; los caballos mordieron el freno y arrastraron al cochero, que sin soltar las riendas gritaba:

—Tírese señorita, y seguía pugnando por detener los caballos.

Cefisa se tiró del coche, en el momento que las riendas se rompían y los dos fogosos animales se lanzaban en furiosa carrera.

Pepe se acercó á su patrona preguntándole si se había lastimado.

—No me hice ningun daño. Corre tras del coche.

El cochero salió á escape.

Los caballos, con los restos del magnífico landó, fueron detenidos por dos vigilantes.

El cochero dijo que se habían asustado de una carreta con pasto; que la violencia de la carrera le sacó del pescante y que la señorita se había arrojado del coche sin lastimarse.

Los diarios contaban el desastre con los más pequeños detalles, asegurando algunos, que su activo reporter, preveyendo los lances de esta clase, estaba muy cerca del coche, cuando apareció la carreta. Que vió primero caer al cochero del pescante y arrojarse á la hermosa niña con valor heróico y sereno, mucho después.

El cronista se entretenía en largas consideraciones sobre los caballos puros, y el atraso de los fabricantes de coches, que aun no inventaron el modo de prevenir esta clase de accidentes.

Don Gaspar averiguó donde vivía Cefisa, y le escribió, rogandole que no dijese nada de su encuentro, y que le concediese una entrevista.

Cefisa contestó prometiendo la reserva, Respecto á la entrevista, decía que esperase aviso del dia, la hora y el paraje donde habrian de verse.

Agregaba que su posición era muy delicada, no solo por el rango social en que vivía, sino tambien, por no salir sola á ninguna parte.

La casa de la familia Alfeo era el punto de reunión de muchas personas consideradas, y especialmente de los jóvenes, que se disputaban la mano de la joven.

Las murmuraciones decían, que Cefisa no era partidaria del casamiento; pero que se dejaba querer, y

que algunos visitantes se jactaban de sus favores ; pero nadie podía probar tales dichos.

Olimpia, sus cuñados, y Alexandri, no le daban tiempo para nada.

Donde quiera que estuviese Cefisa; allí estaba alguna persona de la casa.

Era por lo tanto imposible, que ninguno hubiese obtenido de ella, lo que la murmuración decia.

El único que abrigaba sospechas, vehementes respecto á la conducta de Cefisa, era Alexandri ; pero sus sospechas no recaín en ningun visitante; recaían en el cochero, desde el día que se rompió el coche en el camino de Palermo.

La noticia de los diarios no le satisfacía. Dada la mansedumbre de los caballos no se esplicaba como podían asustarse de una carreta con pasto, ni como habían salido ilesos Cefisa y el cochero, dado caso que el hecho hubiera ocurrido como se aseguraba.

Corinto se daba á la borrachera; no se ocupaba de nada útil, en virtud de lo cual, sus hermanos resolvieron volverse á Italia.

Tambien Olímpia pidió á Alexandri que la llevase á su país, puesto que entre los dos tenían bastante dinero para vivir allí solos y tranquilos.

Alexandri prometió complacerla, reservandose fijar el momento en que había de efectuarse el viaje.

El jóven no quería salir de Buenos Aires, antes de realizar los dos propósitos que había concebido. El primero era saber si Cefisa tenia relaciones con el cochero, y el segundo, poseerla, aunque fuese á la fuerza. Esta última resolución no se la habia inspirado el deseo, era hija de la venganza.

Las sospechas de Alexandri, además del hecho ocurrido en el camino de Palermo, tenian por cimiento estas observaciones.

Hacia mucho tiempo que notaba un cambio sensi-

ble en las costumbres de Cefisa. Era ménos apasionada; ya no le producian hondas emociones los galanteos, y en una naturaleza como la de ella, esto significaba mucho.

La conducta del cochero tambien le infundía sospechas. Cuando entró en la casa, era humilde, prudente, y activo para el servicio, y desde algun tiempo, se mostraba perezoso, altanero y harto confiado.

Miraba á Cefisa con fanfarroneria y se espedía con asombrosa prontitud cuando debía conducirla sola á cualquier parte.

Después de hacerse todas estas reflexiones, Alexandri concluía por creer que sus sospechas eran certezas; para acabar de convencerse, mandó hacer una llave igual á la del dormitorio de la joven, y se preparó para sorprenderla, en la primera oportunidad.

No tardó mucho tiempo en presentársele.

Un dia, pidió el cochero permiso para ir á un baile que debía efectuarse esa noche en los salones de una sociedad de extranjeros, de la que él era miembro. El permiso le fué concedido.

Alexandri salió, poco después que había salido el cochero; entró en una peluqueria, se hizo afeitar de bigote, que era del modo que se afeitaba Pepe, y volvió á las doce de la noche á su casa.

Todos dormian. Se dirigió al dormitorio de Cefisa, abrió muy despacio la puerta y se encaminó en puntas de pié hácia la cama. Puso una mano sobre el cuerpo de la jóven y ésta despertando dijo:

—¿Yá te cansaste de bailar?

Alexandri estampó un beso en los lábios de Cefisa, y ella devolvió la caricia, dejando lugar para el recien llegado.....

Un cuarto de hora después, Alexandri se bajó de la cama, encendió un fósforo y miró á Cefisa riéndose.

Ella lanzó un grito de sorpresa, y se tapó la cabeza con las cobijas.

Al dia siguiente, Alexandri compró dos pasajes para Europa y dijo á Olimpia.

—Ya nos podemos ir.

Unos dias después, iban en viaje para Italia.

Cuando Cefisa se vió burlada por Alexandri, el despecho le quemó el rostro.

Esquivaba las miradas del jóven, que se mostraba tan tranquilo como ántes; parecía ageno á lo que había pasado entre ellos.

La conducta reservada de Alexandri, fué apagando en Cefisa el disgusto y la vergüenza del acto que él había ejecutado; le parecía que todo había sido un sueño.

Al desaparecer de la casa Olimpia y Alexandri, Corinto no dió la más mínima señal de disgusto. Todo le era indiferente, mientras pudiera tener á su disposición bebidas espirituosas y dinero, y ninguna de las dos cosas le faltaba.

Cefisa, respiró con libertad, cuando se vió sola con su padre. Era la dueña absoluta de la casa; hacia cuanto se le antojaba sin temores ni miramientos: su voz era obedecida por todos los sirvientes. Entónces empezó para ella la vida que había ambicionado.

A las ocho de la noche, Corinto ya no podía tenerse en pié y se acostaba.

Después de esa hora empezaban á llegar las visitas de Cefisa, y las francachelas alcanzaban su más alta manifestación.

Los mismos comensales se encargaron de divulgar el género de vida que llevaban el padre y la hija, y las visitas de señoras se retiraron de la casa de Alfeo.

En cambio Cefisa había adquirido relación con muchachas poco escrupulosas, que la acompañaban en el desorden á que se había entregado.

A las doce, á la una, y algunas veces á las tres

de la mañana, aún continuaban las orgías. Allí se cenaba opíparamente, y se jaraneaba á más no poder.

D. Gaspar era uno de los concurrentes.

La mala fama de Cefisa recorrió la ciudad.

En este estado estaban las relaciones de Cefisa, cuando el alcoholismo puso á Corinto al borde del sepulcro,

Los diarios, que habían dado noticias de la fuga de una distinguida matrona del hogar de un respetable capitalista, atribuian á este hecho la enfermedad que consumía al ilustre Alfeo.

Ante la gravedad del mal, la casa se convirtió en un jubileo.

Los diarios avisaban, hora por hora, en un boletin sanitario, la marcha de la enfermedad.

Los empresarios de pompas fúnebres remitían á Cefisa listas detalladas de la clase de cajones mortuorios que poseían, y los modelos de los coches usados para el entierro del rey de Italia y el emperador de Alemania: Uno de los encargados de esta clase de propaganda, tuvo la audacia de pedir permiso para consultar con el enfermo, cuál de los modelos de carros fúnebres le convenía más.

Durante estas tribulaciones, diremos en honor de Cefisa, que solo el cochero obtenìa los privilegios de su belleza; el resto de sus muchos adoradores estaban en cuarentena cerrada.

Al fin, apareció en la prensa este inalterable cliché:

«Un ilustre representante del dinero, noble, honrado, de ideas avanzadas en finanzas y de moralidad intachable, acaba de entregar su alma á Dios. Paz en su tumba y resignación y consuelo para su respetable hija.»

El muerto bien podía haberse sonreido en la tumba, si hubiera leido las líneas anteriores, y escuchado los discursos en que elojiaron sus virtudes.

Por la cien millonésima vez se pronunciaron al lado de su cadáver las palabras siguientes:

«Padre amante, esposo fiel, corazón leal, conciencia honrada, inteligencia brillante» y algunas ects. más.

Cefisa, al verse sola en Buenos Aires, se sintió oprimida por el pesar.

Quedaba rica, libre para hacer cuanto se le antojase, y ese mismo exceso de libertad y de riqueza que tanto había deseado, le parecía embarazoso.

Para llorar en silencio su orfandad, se retiró á su quinta situada frente á una estación de ferro-carril, sin dar parte á sus relaciones del punto donde se encontraba.

Allí pasó sola algunos dias, asistida de una cocinera y del cochero.

Pepe se aburría en aquella soledad; gustaba de gastar alegremente el dinero que le daba Cefisa, y en la quinta no tenía ocasion para hacerlo.

Con el objeto de pasar una noche de *jolgorio* en la capital, le pidió dinero á Cefisa y ella se lo negó.

Después de un rato de discusión, en que ella le prohibía salir de la quinta, y en que él se empeñaba en lo contrario, Pepe perdió la paciencia, y golpeó brutalmente el rostro de su querida.

El orgullo de la rica improvisada se sublevó; pero estaba sola, no tenía más auxilio que el de la cocinera, y creyó ver pintado el crímen en la dilatada pupila del cochero. Temió la muerte y cedió, poniendo por única condición, que al mismo tiempo que èl se iba, la condujese á ella à la ciudad.

Pepe se negó rotundamente, y hasta la amenazó con dejarla encerrada, y llevarse la llave.

Cefisa suplicó, y se arrastró á los piés del miserable sirviente, que acababa de estamparle en el rostro la marca de su baja condición; pero todo fué inútil. Pepe salió de la quinta con los bolsillos llenos de dinero y la cabeza de locuras.

Cefisa subió á la azotea y espió los pasos de Pepe, hasta que le vió llegar á la estación del ferro-carril.

Cuando el tren se puso en marcha, Cefisa bajó de

la azotea, ató el más manso de los caballos á un tílburi, y acompañada por la cocinera, se dirigió á la ciudad á escape.

Llegó á su casa, mandó aviso á D. Gaspar, de que fuese inmediatamente á verla.

A las nueve de la noche, Cefisa y el cojo, como cariñosamente le llamaba ella á D. Gaspar, departian acaloradamente en el dormitorio.

Ella quería vengar la afrenta que le había inferido Pepe, y D. Gaspar tenía interés en borrar de su camino un obstáculo. Vinculados por estos pensamientos, se dirigieron à la quinta á las diez de la noche; allí Cefisa, apuró media botella de cogñac.

Serían las dos de la mañana cuando Pepe entró en el dormitorio de su patrona, en completo estado de ebriedad y profiriendo los insultos más soeces.

—¡Insolente! ¡Borracho! Retírese V. de mi vista, dijo Cefisa con tono amenazador.

Pepe avanzó hácia ella con el puño levantado, é iba á descargar un bofetón en las mejillas de la jóven, cuando salió D. Gaspar de atrás de la cama, le tomó los dos brazos por la espalda y lo derribó.

Pepe pronunció una horrible blasfemia; pero era tal su borrachera, que D. Gaspar pudo atarle los brazos y las piernas sólidamente. Hecho esto, el cojo se sentó, encendió un cigarro, y se puso á fumar.

Una escena repugnante se produjo enseguida.

Cefisa empezó abofetear la cara del cochero, hasta ensangrentarla; en seguida se sacó una bota y le golpeó con ella la cabeza.

Dejó la bota y empezó arrancarle los cabellos á puñados mientras Pepe lanzaba gritos de dolor.

D. Gaspar se levantó, tomó una tohalla, se la puso de mordaza á Pepe, y volvió á sentarse, para fumar otro cigarrillo.

La pantera seguía con embriaguéz su obra de destrucción.

Le hundia alfileres en el cuerpo á su víctima y en

el paroxismo de su vengativa locura le chupaba la sangre.

Pepe ya no se movía; ni un quejido salía de su pecho.

Cefisa desató la tohalla que le servía de mordaza. La respiración del cochero se restableció y abrió los ojos.

Cefisa se sentó á su lado y empezó á dirijirles todas las palabras ofensivas que sabía.

La víctima fué recobrando poco á poco los sentidos, y con voz suplicante, exclamó.

—¡Cefisa!.....

Ella se levantó la ropa, se puso en cuclillas sobre la cabeza del suplicante y le hizo la última y más indecente afrenta, que podía ocurrírsele.

Después cogió un cordon de seda, le dió dos vueltos al rededor del cuello de Pepe, y empezó à tirar con todo el vigor de que podía disponer.

El cochero abrió desmesuradamente los ojos y la boca, se le dilató la lengua, se estremeció poderosamente, y..... su cabeza quedó inmóvil.

Cefisa soltó una horrible carcajada. Entre ella y D. Gaspar arrastraron el cuerpo, aún palpitante de Pepe, y lo arrojaron á un pozo que estaba frente á la caballeriza.

—Ahora soy toda tuya. Tú serás mi único amante, Gaspar, dijo Cefisa, abrazando el cuello de su cómplice, mientras se dirigian al dormitorio.

Al siguiente día, cuatro hombres arrojaban al pozo viejo la tierra de otro pozo que estaban haciendo.

—¿Quedará bien aquí? preguntó el director de la obra, señalando el paraje donde los obreros cavaban.

—Sí, contestó Cefisa. El pozo viejo estaba demasiado cerca de la pared de la cocina, y producía mucha humedad.

A las cinco de la misma tarde, ya no había señales del pozo viejo; sobre el lugar que había ocupado el

brocal, se veía una gran tina, conteniendo una magnifica magnólia.

Cefisa estaba contenta y tranquila. Las relaciones del desgraciado cochero habían llegado á molestarla. Ella lo hubiera querido timido, callado y obidiente como lo conoció, y al pobre hombre se le había subido la fortuna á la cabeza; se mareó con su suerte; se ensoberbeció y ese cambio, le arrebató á los placeres y á la vida. No sabía el infeliz, que la mujer de baja condición social, llevada de improviso á las alturas, vuelve cuando menos se espera, a caer en las groserías de su primer estado y no perdona nunca las heridas del amor propio.

La ausencia del cochero no causó estrañeza, y el crimen quedó en el misterio.

Cuando el lenguaráz desató á D. Gaspar en el Chaco, mediante una fuerte suma, que le ofreció, le llevó à un islote y le ocultó, mientras las fuerzas del coronel efectuaban la batida.

A pesar de la clase de hombre que era D. Gaspar le causó admiración la inteligencia conque un indio brujo hacía cerrar la herida.

Dos agentes terapeuticos empleaba: con las raices de un arbusto hacía infusiones, al vapor de las cuales exponia la pierna herida, lavandola después. A otro arbusto, le arrancaba las ojas, las machacaba en la boca hasta formar una pasta homogenea, y esta pasta la estendía después como un unguento sobre la herida.

A los quince días el herido pudo apoyarse en la pierna enferma y un mes después, se embarcaba en una canoa con direccion á Corrientes.

De allí se trasladó á Buenos Aires, donde hizo la propaganda que conocemos, contra el coronel.

El mal resultado de sus intrigas, le hicieron aban-

donar el país, á fin de sustraerse á las consecuencias del proceso.

Emigró al Brasil, donde estuvo todo el tiempo que medió, entre la venida de la familia Alfeo á Buenos Aires, y su enriquecimiento.

El día que se vió con Cefisa en Palermo, era el decimo quinto de su vuelta.

Sorprendido por el cambio que se había operado en la posición de sus colonos, hizo las averiguaciones necesarias para darse cuenta del rumbo que habían seguido, durante su ausencia, y cuando lo supo todo, escribió á Cefisa.

D. Gaspar tenía fortuna peouniaria, prescindiendo de los bienes que había dejado abandonados en el Chaco ; pero avaro como era, veía en Cefisa un filón que esplotar, además del aliciente de su belleza, y por eso no vaciló en darse á conocer.

Llevaba un nombre supuesto, y no se había acercado á ninguna de sus relaciones, para evitar una denuncia, que removiese los procesos criminales en que él era el único criminal.

En tal situación, sus complacencias con Cefisa eran forzosas, puesto que á la menor desaveniencia, ella podría denunciarle.

Después del crimen de la quinta, los dos estaban igualmente obligados á permanecer unidos y á guardar silencio.

Estaban atados por el delito y por los goces intimos; nada había entre los dos, que no fuera común.

El capital de Cefisa era manejado por D. Gaspar, y en su casa solo él mandaba. Con esta autoridad ilimitada fué desterrando poco á poco las relaciones de ella, hasta que estuvieron instalados solos, como si se hallaran unidos por los lazos del matrimonio.

D. Gaspar comprendía perfectamente, que Cefisa se vería al fin obligada por su madre, á entregar una parte de los bienes dejados por Corinto, y no

perdía ocasión de traducir en dinero todo lo que era posible.

Esas previsiones del cojo, no tardaron en realizarse. Olimpia reapareció en Buenos Aires, acompañada de Alexandri, y sus primeros pasos se encaminaron á buscar á su hija, para reclamarle la parte de bienes que le correspondia.

Cefisa se negó á las gestiones de su madre, alegando, que su conducta infiel, la privaba de la posesión de herencia.

Olimpia insistió, y Cefisa, dirijida por D. Gaspar, no quiso ceder.

La madre se presentó á los tribunales y empezó un pleito escandaloso.

Alexandri supo que Cefisa hacía vida marital con un hombre, y trató de acercarsele, para ver si podían evitar el pleito por medio de un arreglo amistoso.

Con ese objeto se dirigió á casa de Cefisa, cuando vió salir á D. Gaspar, á quien reconoció en el acto.

Se acercó al portero y le preguntó si el caballero que acababa de salir, era el dueño de casa, y la contestación fué afirmativa.

Alexandri comprendio que con aquel hombre, no había arreglo posible, y resolvió revelar á la policía sus antecedentes, dando los pasos necesarios, para que se agitase la causa que tenía abierta.

Organizando su plan, marchaba Alexandri distraido hacia el Departamento de Policía, sin reparar en las personas que pasaban á su lado, por eso no pudo ver, que D. Gaspar le observaba atentamente, á corta distancia.

Apenas se alejo una cuadra Alexandri, cuando Don Gaspar volvió á su casa.

Recogio todo el dinero que tenía reunido, y sin decir una palabra á Cefisa, se embarcó para Montevideo, trasladandose de allí á Rio de Janeiro.

Esta rapida partida, le salvó de caer en manos de la justicia.

Cuando Cefisa se apercebió de la fuga de Gaspar, y del robo efectuado, sintió de caer el valor, ya bastante minado por las sombras del crímen, y por las violencias y mal trato que le daba su amante.

En esta situación de ánimo, le fué notificada la iniciación del pleito.

Para sostener los gastos de la cuestion judiciál y los de ella, empezó por vender los carruajes, los caballos y los muebles.

Los bienes inmuebles no podian ser vendidos, por no estar arreglada la testamentería.

El abogado pedía dinero, y Cefisa ya no lo tenía. Podía proponer una transación; peró las cosas habian ido demasiado lejos, para adoptar tal procedimiento.

La escasez fué creciendo, y á los dos años de iniciado el pleito, Cefisa se vió obligada á retirarse á una habitación alquilada, para poder arrendar la casa y vivir con el producto del arriendo. Otro tanto hizo con la quinta.

Aun podía disfrutar de comodidades, con estos recursos.

Así estaban las cosas, cuando el juez mandó, á petición de Olimpia, embargar los alquileres.

Este golpe redujo á Cefisa á una situación desesperada.

Las joyas, que es el último recurso á que apela una mujer hermosa, cayeron en las manos de la usura.

Entretanto, el pleito seguía y Olimpia se aprosimaba al triunfo. El abogado de Cefisa dejaba vencer los términos, y las sentencias favorables á Olimpia, se sucedian.

El defensor de la hija no sabía donde se alojaba su cliente; fué informado que la habian arrojado de su último domicilio, por falta de pago del alquiler; despues de eso, se ignoraba su paradero.

La misma Olimpia, al saber que su hija había desertado el pleito, sin saberse nada de ella, empezó á buscarla con el propósito de reconciliarse; al fin era

madre; pero todas las diligencias practicadas para dar con el nuevo domicilio de Cefisa fueron inútiles; parecía que la hubiese tragado la tierra.

Olimpia recurrió á la policía, por cuyo intermedio esperaba encontrar á su hija.

Pocos dias despues de haber tomado esta resolución, recibió aviso para que se presentase en la casa central de Policía.

Cefisa había aparecido, peró ¡ donde, y en que estado! Su madre no la hubiera reconocido, á no haber mediado esplicaciones que no dejaban lugar á duda.

Cefisa ocupaba una cama en el sifilicomio. Su fisonomía y su voz se habian trasformado; la dentadura y el cabello se le habian caido; el rostro, la cabeza, y las manos, estaban cubiertas de pustulas asquerosas; todo su cuerpo despedía un olor tan fétido, que era difícil soportarlo, ni á dos metros de distancia.

La que había sido rica, hermosa y codiciada, se había convertido en un hediondo montón de ruinas.

Al contemplar á su hija, Olimpia no pudo contener las lágrimas.

Nunca se hubiera imajinado tanta miseria. Enormes debian ser los estravios de aquella mujer, cuando de tal modo se veía castigada; pero ella tambien tenía de que acusarse, y aquel momento no era oportuno para recriminaciones.

La enferma fué trasladada á casa de Olimpia.

Alexandri dejaba hacer; pero sin tener casi lástima de la desdichada, pues ella misma era la causante de sus males.

Cuando reflexionaba que él se hubiera considerado feliz haciéndala su esposa, y que ella le había despreciado, se sentia orgulloso de su suerte.

Aquella mujer altanera, que le había mirado con tanto desdén, estaba allí, en su casa, viviendo de su beneficencia; enferma, destruida y pobre, en los me-

jores años de su vida, mientras él vivía tranquilo, estaba sano y disponía de lo necesario.

No hay deuda que no se pague, murmuraba Alexandri

El pleito se concluyó á favor de Olimpia; pero los gastos rayaban á tal altura, que solo recibió un capital liquidado de diez mil pesos, de un millon que llegó á tener Corinto.

La mayor parte de este gran capital había sido arrebatado por D. Gaspar, pues los gastos y locuras de Cefisa, se sostenian con la renta.

La enferma mejoraba muy despacio; sin embargo, los médicos aseguraban, que no moria; pero que su vida sería de sufrimientos. El cerebro funcionaba mal, y el cuerpo necesitaba apoyo para moverse. Además se anunciaba la parálisis parcial, con síntomas típicos; de modo que, si bien se salvaba de la muerte, la vida, lejos de halagarla, le sería una carga inútil.

Necesitaba tener á su lado constantemente, una persona que le ayudase á levantarse, y cada vez que se operaba un cambio de temperatura, los dolores la enloquecían.

Alexandri concluyó por compadecerse de ella, y muchas veces le daba el brazo, para que se trasladase de una habitación á otra. Cefisa se lo agradecía con lágrimas de ternura; era lo único que aún le quedaba.

Muchas veces, había promovido Olimpia conversaciones á su hija, que provocasen la revelación de las causas que la habían conducido al hospital; pero la enferma no podía coordinar bien los recuerdos.

A fuerza de repetirse estas conversaciones pudo al fin Cefisa relatar los últimos acontecimientos de su borrascosa existencia, y una tarde, que se sentía muy aliviada, empezó así.

—El dia que fuí arrojada de la habitación, por falta de pago, no tenía un centésimo para la mudanza de una cama, dos sillas, una palangana y un pequeño baul, que constituian todo mi menage. No sabía donde ir, ni podía pagar el adelanto que los dueños de casa exijen á los inquilinos que no prestan fianza.

No podia recurrir á ninguna de mis relaciones por verguenza, y porque mi vida había sido tal, que me despreciarían más, cuanto más desgraciada me vieran; y sin embargo, era necesario abandonar la habitación inmediatamente.

Salí en busca de un carretero, y al primero que hallé le hice cargar mis cachivaches.

El carrero era un mulato jóven, que acababa de salir de un cuerpo de línea.

Cuando el carro estuvo cargado, el hombre me preguntó á donde iba, y sin saber que contestarle le dije que me siguiera.

Marché sin rumbo mucho tiempo. El conductor detuvo los caballos, y me preguntó sí me había perdido.

En lugar de contestarle, me puse á llorar desesperadamente, y aquel hombre adivinó mi situación.

Abandonó el asiento, me hizo subir al carro, y emprendió la marcha por las calles más retiradas y solitarias.

Yo había subido al carro y temblandó, no sé si de vergüenza ó de frio.

El carretero, sacó una botella de un cajon, me la acercó á los lábios y yó bebí no sé cuanto.

Aquel líquido tenía un gusto desagradable y me quemaba la garganta Después me produjo un fuerte aturdimiento; sentía el cerebro confuso pero adquirí valor y mayor resolución.

Llegamos á Barracas, el carro se detuvo frente á una casilla de madera. El condutor bajó y acomodó

los muebles en un cuarto de tabla, diciéndome que entrase y le esperase.

El aire frio me había refrescado la cabeza y al verme sola en aquella casilla me horroricé. Miré á todos lados con intención de huír; pero á donde?.... ¿Qué hacer?

Cuando se desciende se vá hasta el fondo, y el desgraciado se familiariza con sus desgracias, llegando hasta el punto de no sentirse avergonzado.

Volvió solo..... y.... desde ese dia le tuve por compañero.

El salía todos los dias; iba á buscar á una barraca el carro con que trabajaba, no volviendo hasta la noche. Era peon de un italiano que tenía una tropa de carros para mudanzas.

De el trabajo de aquél hombre viví un año.

Al mes de estar á su lado empecé á sentir desfallecimientos, dolores de cabeza, pérdida del apetito, insomnios, traspiraciones copiosas y dolores en los huesos.

Un sarpullido rosáceo, achatado y doloroso, me salpicó el cuerpo todo, fijándose con más abundancia entre los dedos de los piés y en los parajes cubiertos de vello.

En el cuello, al rededor de los pezones, entre el labio inferior y las encias, en las palmas de las manos y en las plantas de los piés, se me formaron unas vegiguitas de agua que me impedían caminar y ocuparme de mis quehacere. Como no sentía comezon hice caso omiso de estas novedades.

Después se me llenó la garganta de llagas pequeñas, blanquecinas y cubiertas con una costra áspera.

Los órganos secretos fueron invadidos por verrugas chatas y humedas en su superficie.

Estas verrugas destilaban un líquido blanco que enjendraba tumores que iban ensanchándose y cubriéndose de una costra incómoda y dura.

Cuando me arrancaba alguna de esas costras, de-

bajo de ella aparecía una úlcera abierta, descolorida en su centro y con los bordes hinchados, endurecidos y rojos.

Poco despues de apercibirme de estas incomodidades empezaron á caerseme gruesos mechones de cabellos.

Las pestañas y las cejas se enrarecían; la piel de la raiz de las uñas se hínchaba, se enrojecía y se ponía dolorida,

Las uñas se deformaron y se cubrieron de manchas negruzcas, y los dientes empezaron por moverse primero y caerse después.

Al fin mis fuerzas se agotaron y no pude levantarme de la cama,

Me era imposible mirar las cosas de lado; no podían girar mis pupilas.

En el cerebro sentía un peso insoportable, y de las rodillas á los piés dolores tan agudos, que me creía atacada de reuma; estos dolores recrudecían por la noche y con los cambios atmosféricos.

Mi compañero sufría los mismos síntomas, reagravados por el fuerte trabajo á que se dedicaba.

El tomaba grandes dósis de bebidas alcoholicas para conciliar el sueño; pero el estado de su enfermedad parecía aumentarse después de la borrachera.

No teniamos conque pagar á un médico ni conque comprar medicinas y dejamos al tiempo la tarea de curarnos ó matarnos.

Después que él cayó en cama, no se como hemos pasado los días. Solo diré, que una ambulancia precedida por un vigilante y un empleado de salubridad, me sacó de al lado de un muerto y me condujo, sin sentido, al hospital donde Vds. me hallaron.

Despuès supe, que el pobre hombre había muerto de miseria y de pobredumbre, una hora antes de ser yo conducida al sifilicómio.

Al concluír éste relato, Cefisa sufirió nn desmayo.

Al otro día parecía más animada; dijo que se había sacado un peso de la cabeza, contando á su ma-

los muebles en un cuarto de tabla, diciéndome que entrase y le esperase.

El aire frio me había refrescado la cabeza y al verme sola en aquella casilla me horroricé. Miré á todos lados con intención de huír; pero á donde?.... ¿Qué hacer?

Cuando se desciende se vá hasta el fondo, y el desgraciado se familiariza con sus desgracias, llegando hasta el punto de no sentirse avergonzado.

Volvió solo..... y.... desde ese dia le tuve por compañero.

El salía todos los dias; iba á buscar á una barraca el carro con que trabajaba, no volviendo hasta la noche. Era peon de un italiano que tenía una tropa dé carros para mudanzas.

De el trabajo de aquél hombre viví un año.

Al mes de estar á su lado empecé á sentir desfallecimientos, dolores de cabeza, pérdida del apetito, insomnios, traspiraciones copiosas y dolores en los huesos.

Un sarpullido rosáceo, achatado y doloroso, me salpicó el cuerpo todo, fijándose con más abundancia entre los dedos de los piés y en los parajes cubiertos de vello.

En el cuello, al rededor de los pezones, entre el labio inferior y las encias, en las palmas de las manos y en las plantas de los piés, se me formaron unas vegiguitas de agua que me impedían caminar y ocuparme de mis quehacere. Como no sentia comezon hice caso omiso de estas novedades.

Después se me llenó la garganta de llagas pequeñas, blanquecinas y cubiertas con una costra áspera.

Los órganos secretos fueron invadidos por verrugas chatas y humedas en su superficie.

Estas verrugas destilaban un líquido blanco que enjendraba tumores que iban ensanchándose y cubriéndose de una costra incómoda y dura.

Cuando me arrancaba alguna de esas costras, de-

bajo de ella aparecía una úlcera abierta, descolorida en su centro y con los bordes hinchados, endurecidos y rojos.

Poco despues de apercibirme de estas incomodidades empezaron á caerseme gruesos mechones de cabellos.

Las pestañas y las cejas se enrarecían; la piel de la raiz de las uñas se hinchaba, se enrojecía y se ponía dolorida,

Las uñas se deformaron y se cubrieron de manchas negruzcas, y los dientes empezaron por moverse primero y caerse después.

Al fin mis fuerzas se agotaron y no pude levantarme de la cama,

Me era imposible mirar las cosas de lado; no podían girar mis pupilas.

En el cerebro sentía un peso insoportable, y de las rodillas á los piés dolores tan agudos, que me creía atacada de reuma; estos dolores recrudecían por la noche y con los cambios atmosféricos.

Mi compañero sufría los mismos síntomas, reagravados por el fuerte trabajo á que se dedicaba.

El tomaba grandes dósis de bebidas alcoholicas para conciliar el sueño; pero el estado de su enfermedad parecía aumentarse después de la borrachera.

No teniamos conque pagar á un médico ni conque comprar medicinas y dejamos al tiempo la tarea de curarnos ó matarnos.

Después que él cayó en cama, no se como hemos pasado los días. Solo diré, que una ambulancia precedida por un vigilante y un empleado de salubridad, me sacó de al lado de un muerto y me condujo, sin sentido, al hospital donde Vds. me hallaron.

Despuès supe, que el pobre hombre había muerto de miseria y de pobredumbre, una hora antes de ser yo conducida al sifilicómio.

Al concluír éste relato, Cefisa sufirió nn desmayo.

Al otro día parecía más animada; dijo que se había sacado un peso de la cabeza, contando á su ma-

dre y á Alexandri, lo que de su vida vagabunda, aún ignoraban.

Alexandri le tenía cada vez más lástima, y la atendía con proligidad, apesar de asegurarle los médicos, que la enferma nunca sanaría del todo.

Con el capital heredado por Olimpia, y los pocos recursos que habían vuelto á traer de Italia, Alexandri estableció un restaurant para poder vivir ellos y sufragar los gastos que reclamaba el estado de Cefisa.

Pero ese genero de negocio ya no producía tanto como en los tiempos que se estableció Corinto; ellos no tenían parroquianos como Saparetti, ni pensionistas ricos que se murieran, como el tucumano Gonzalez, y Alexandri se vió obligado á entablar operaciones bursátiles.

En ese tiempo se decía que en la Bolsa se levantaban grandes fortunas, y alucinado por esas noticias Alexandri se entregó á los negocios con toda la fuerza y actividad de su inteligencia.

Sus primeros pasos fueron felices. La amistad de un corredor del Gobierno, encargado de vender fuertes sumas de oro para producir la baja, le favoreció.

Le dijo que vendiese papel; que en cuanto se agotasen las sumas que el Gobierno mandaba, el oro volvería á subir rápidamente.

Alexandri aprovechó el consejo y ganó cantidades de consideración. Hizo el depósito en un Banco, y se volvió á dedicar á su restaurant.

La fortuna y la alegría de Alexandri y de Olimpia reanimaron á Cefisa; pero sus piernas se negaban á sostenerla, y la cabeza carecía de la fuerza necesaria para reciocinar.

Habiendo leido Alexandri en un diario que un médico brasilero garantía la curación de los sifilíticos, en cualquier estado que se encontrasen, le mandó venir á Buenos Ayres.

Tenía deseos de ver á Cefisa en buen estado de salud, para contentar á Olimpia y darse él la satisfación de semi-Providencia.

El médico pidió mil libras esterlinas para efectuar el viaje, y tres mil cuando la enferma estuviese sana, y Alexandri aceptó.

El doctor Mycenas Bojesman se había hecho célebre en los hospitales de París.

Llegó á Buenos Aires, y despues de reconocer á la enferma preguntó á Olimpia si ella ó su marido habian padecido la misma enfermedad.

Olimpia contestó negativamente.

El médico empezó por aplicar pulverizaciones de Yodoformum sobre las llagas.

Despues siguió con el vino de opio y agua de plomo, aplicando todo en tiras finas de hilo y bien empapadas.

Enseguida hizo uso del mercurio y del yoduro de potasio, al interior y despues de píldoras de bicianido de mercurio, quinina y estrácto de genciana.

La garganta se la curó con gárgaras de ácido tánico, tintura de opio y agua.

La enferma iba mejorando su estado general; pero quedaba una afección localizada que no cedía á ningun tratamiento: las úlceras uterinas y las adyacentes.

Los más enérgicos cauterios habian sido impotentes para arrojar el virus sifilítico de la parte útero-vaginal; no quedaba más recurso que operar, para que el contagio no se estendiera hasta donde no fuese posible atacarlo. El médico resolvió hacer la estirpación de la parte dañada, y dijo á la enferma que la iba á practicar, seguro de salir bien; pero que ella sería incapaz en lo sucesivo para las funciones sexuales.

Cefisa contestó que no le importaba, que deseaba curarse y nada más.

El facultativa cloroformizó á la enferma y procedió

á operar asistido de un colega, estirpando la parte superior del útero y los lados interiores de la vulva con la mayor felicidad.

La operación fué rápida; la maacha del veneno sifilítico fué detenida, pero el *goce* quedó destruido para siempre.

Ni deseos ni sensaciones eróticas reaparecerían en el cuerpo de Cefisa.

Desde los tres dias siguientes al de la operación, la mejoría de la esferma se acentuó; la sangre, privada de las impurezas que recogía del contacto con las llagas, se vigorizó, y Cefisa pudo convencerse de que su curación sería un hecho, más pronto ó más tarde.

Ya se había mejorado casi por completo, cuando una afección al ovario la puso de nuevo en peligro.

El médico vió que se trataba de un tumor acuoso y se dispuso á prácticar la ovariotomía, puesto que la paracentesis, solo podía traer un alivío temporal.

Bojesman había hecho esta operación muchas veces; estaba seguro de su buen resultado y la realidad coronó sus previsiones.

—Ahora sí, dijo con satisfacción á Olimpia. Su hija queda como nueva. Hemos recorrido todo el cuerpo sin dejar vestijios de enfermedad en él. El restablecimiento será rápido.

Así fué; Cefisa recuperó la salud en menos de un año, hasta el cabello le empezó á crecer con vigor.

El doctor propuso á Olimpia la adquisición de una dentadura para Cefisa, asegurando que no se diferenciaría de la natural.

Concluida la curación, Alexandri pagó la suma convenida, y el médico se disponía á voiver al Brasil, cuando fué llamado con urgencia por la viuda de Saparetti.

La enferma habitaba sola, desde la muerte del viejo Ignacio.

La lucha en que vivían empeñadas la madrastra y la enteneda las separó.

Además de seguír un pleito por intereses, estaban entregadas al género de vida que hacian cuando vivían juntas en compañia del viejo.

La lucha entre ellas asumía un carácter particular; trataban de vencerse obteniendo el mayor número de amantes, entregadas á las más extrañas aventuras.

Cuando el especialista brasilero le aseguró á Bahilde que la curaría en un mes, la enferma no pudo contener la alegría y exclamó, sin reflexionar que estaba en presencia de una p rsona extraña.

—¡Dios mio! Si mi enfermedad hubiera sido incurable me suicidaba. No podría sufrir que esa miserable viviese feliz haciéndome saber el número de sus conquistas, sin poderle devolver sus gâlantes noticias.

El médico miró atentamente la cara de la enferma, tratando de darse cuenta del estado de su cerebro.

—No se sorprenda doctor, mis palabras se refieren á un duelo á muerte en que estoy empeñada con una hija de mi difunto esposo.

—Señora, yo soy médico; no me ocupo del género de vida que mis clientes llevan, siempre que no se relacione con sus enfermedades.

Las dolencias de Bahilde eran nuevas y la ciencia triunfó con poco trabajo.

La enferma estuvo sana antes del tiempo prefijado por el facultativo, pero ella se empeñó en aparentar que sufria, para que Baudilia se desesperase, sabiendo que un médico notable la visitaba todos los dias.

Se esforzaba en inspirar confianza al doctor, á fin de retenerle á su lado el más largo tiempo posible, apresurándose á participárselo á Baudilia.

Mientras tanto el pleito seguía; en los autos se leían acusaciones de adulterio por una parte y de notoria inmoralidad por otra.

El dinero disminuia, y los recursos del tocador empezaban á reemplazar la frescura del cútis.

Recibían por mitad las rentas y una buena parte de ellas, la consumían galanteadores sin fortuna y sin oficio.

Los abogados escribian largo y tendido, imprimiendo miles de folletos, cada vez que había sentencia definitiva. En esos folletos no solo figuraban las escenas escandalosas de los litigantes, sinó que tambien se insultaban sus defensores, llegando á golpearse dos veces por los excesos que escribian; pero las dos mujeres pagaban bien y la guerra continuaba.

El mareo más espantoso se había apoderado de las dos pleitistas y de sus defensores.

El médico brasilero tuvo necesidad de ir á su país por algunos meses; pero prometió á Bahilde que volvería.

La viuda no creyó en estas promesas, y como no podía perder tiempo sin dejarse aventajar por su enemiga, se hizo obsequiar por un jóven extranjero que llegó al país sin fortuna, sin oficio y sin relaciones.

Empezada la relación, bien pronto supo el jóven á que atenerse, con respecto á la fortuna y á la virtud de la dama, y le habló de casamiento.

¡Qué hallazgo maravilloso para la viuda! Tendría editor responsable; derrotaría á Baudilia.

El jóven por su parte se frotaba las manos de alegría ¡Mujer, casa, mesa y dinero!..... ¡Estupendo! Era más de lo que podía esperar en un país desconocido.

Entonces aún ignoraba Bahilde, que tambien su rival estaba próxima á casarse con otro especulador.

Bahilde se casó primero y pasaba dos ó tres veces al dia por delante de la casa de Baudilia acompañada de su esposo, orgullosa de poder humillar á su rival.

Bien pronto retribuyó Baudilia estas galanterías, paseándose por todas partes colgada del brazo de su

marido, y haciendo lo posible para que Bahilde los viera.

La lucha amenazaba durar tanto como las luchadoras.

De repente Bahilde se hizo embarazada; esta noticia fuè un golpe terrible para Baudilia; pero antes de darse por vencida empezó á consultar á los médicos más famosos sobre la manera de tener sucesión.

Un facultativo travieso le aseguró, que sometiéndose á un tratamiento que él le indicaría, muy pronto sería madre, y ella aceptó las siguientes indicaciones del mèdico.

Levantarse al amanecer y tomar medio litro de leche de burra; pasearse al aire libre; hacer ayunos prolongados y tomar al tiempo de acostarse una cucharada de un específico, preparado por el mismo médico.

La casualidad quiso favorecer á un mismo tiempo á Baudilia y al facultativo, anunciándose el embarazo á los dos meses de aquel tratamiento.

Poco tiempo después de este anuncio, Bahilde comunicó á su hija politica, que había dado á luz una niña.

A los dos meses, Baudilia pagaba la atención comunicando á su madrasta que acababa de tener un niño. Bahilde quedaba derrotada.

En la incesante guerra de las dos mujeres, tomaban parte sus maridos, é instigados por ellas, tuvieron un encuentro en que pereció el de Bahilde.

Decididamente la suerte se inclinaba á favor de Baudilia, y Bahilde ya se sentia vencida, cuando reapareció en Buenos Aires el médico brasilero, de quien se había olvidado.

Bahilde cobró aliento, y no teniendo otro medio de que valerse para mortificar á Baudilia, hechó mano del embuste, comunicándole que iba á efectuar nuevas nupcias, siendo su novio el famoso doctor.

Baudilia recibió el golpe en el medio del pecho. Un médico notable era algo superior á sus esperanzas; por esta vez no podría tomar la revancha.

La viuda no cabía en sí de orgullo, pues se había hecho la ilusión de que el casamiento era real y efectivo; pero una sentencia dictada en los autos que seguía con su hija política, la vino á entristecer de improviso.

Esa sentencia la privaba del goce de las rentas, que hasta entonces había percibido sin obstáculo.

Este hecho coincidía con la escasez de recursos que se empezaba á sentir.

Hasta entonces no se había acordado de la caja de fierro en que dormían los papeles de Saparetti, y esperanzada de hallar alguno que representase dinero, abrió y registró la caja en presencia del Médico.

En el último cajoncito halló un grueso paquete lacrado y sellado, en el cual supuso estarían reunidas algunas letras de Banco.

Rompió el sello, y al desenvolver el paquete se encontró con una porción de papeles escritos por la mano de su difunto esposo.

—¡Papeles escritos! Que me importan á mi; moneda es lo que me hace falta, dijo y arrojó los papeles con despecho al suelo, saliendo de la habitación con visibles muestras de disgusto.

El médico recogió los papeles y empezó á hojearlos maquinalmente; peró á medida que adelantaba en la lectura, sus manos temblaban y su rostro palidecía.

Tres veces leyó aquel monton de carillas de papel.

Al fin las volvió á doblar, las guardó en el bolsillo interior de su levita y empezó á pasearse.

El impasible doctor se había metamorfoseado con la lectura de aquellos papeles. Estaba nervioso.

Iba á volver á sacar el manuscrito para leerlo de nuevo, cuando sus dedos tropezaron con una carta cerrada, y como si esta le hiciese recordar algo que tenía olvidado, salió inmediatamente de la casa, sin despedirse de Bahilde.

Pocos momentos después entraba en casa de Alexandri.

La inesperada visita del médico fué saludada con una esplosión de alegría. Le habían tomado cariño, por la curación de Cefisa y por su exelente carácter.

— ¿A que feliz casualidad debemos el placer de verle aquí, Doctor? dijo Alexandri.

— Vengo á cumplir el encargo de un enfermo que asistí en el Brasil. Obligado á volver á Buenos Aires le dejé recomendado al director del Hospital.

Al despedirme, el pobre enfermo conmovido me entregó esta carta para doña Cefisa Alfeo, dijo el médico, entregando la carta que acababa de hallar en el bolsillo de su levita, al ir á sacar los papeles que había recogido en casa de Bahilde.

El médico estaba preocupado y triste.

— Doctor, ¿está V. enfermo? preguntó Olimpia.

—No, señora.

—Le encuentro algo abatido.

—No se engañá V. señora. Estoy en una situación de ánimo algo embarazosa.

—Si de algò podemos servirle....

—Gracias. Son cuestiones en que nada hay que hacer....

—De cualquier asunto que se trate, en esta casa no tiene Vd. más que afectos, dijo Alexandri.

—Lo sé. Si llego á necesitar espansiones, serán Vdes mis primeros confidentes. En la mèdicina moral, la espansión es un gran agente terapéutico, pero veamos primero si puedo guardar mis secretos sin mucho dolor.

Cuando el médico se despidió, empezaron los comentarios, respecto á lo que podía causar en aquel bombre reposado, una agitación tan violenta.

—Habrá recibido malas noticias de su país, dijo Olimpia.

—Pero si ha llegado ayer á Buenos Aires, ninguna

noticia más fresca que la que él mismo trae, observó Cefisa.

—No es nada de eso de lo que debe tratarse, dijo Alexandri:

No se olviden Vdes de que el doctor asistió á la viuda de Saparetti; es un hombre jóven aún y ella tiene mala fama.... Presumo que algo debe haber entre el médico y la enferma.

— Y que iufluencia tendría esa circunstancia para la tristeza del doctor? preguntó Olimpia.

—No habrá sabido que mujer es esa; talvez se comprometió á volver.... Tengan presente, que su primer visita fue para ella, dijo Alexandri.

—¿Y?...

—Vá el resto se comprende.

— Por mi parte, no entiendo ni una palabra.

—Bueno, me esplicaré con claridad. El médico entró en la casa con toda confianza para abrazar á su amiga y, la encontró en brazos de algun otro.

—Pero si después de la partida del doctor ella se casó; que lealtad podría exigirle el médico? dijo Olimpia.

—No habrá tenido noticia del casamiento. Según mis càlculos, la ausencia del doctor duró dos años y en ese tiempo se casó y enviudó Bahilde, dijo Cefisa.

—¿Y la niña que tuvo? preguntó Alexandri.

—A caso la vió el doctor? Observa que no habló una palabra al respecto, dijo Cefisa.

—Seria un tonto si se impresionase por cualquiera de las cosas á que nos referimos, dijo Olimpia. La reputación de esa mujer es bien conocida; no puede ignorarlo él, después de haberla asistido de una enfermedad como la que tuvo. La viuda que sufre esa clase de enfermedades, no puede ocultar su conducta.

Por otra parte, el doctor es un hombre serio, no podría entusiasmarse con Bahilde.

—La observación es razonable; pero los hombres

somos tan estrafalarios, que alguna vez tomamos á lo serio lo que debe causarnos risa. ¿Quien sabe lo que este hombre pensó? Puede haberle tentado el dinero de Saparetti. No sería el primero, dijo Alexandri soriendo.

Cefisa se ruborizó; pensó en su padre y en si misma. Sin la improvisada fortuna de Corinto, ella hubiese entregado su juventud al viejo Saparetti, y esa entrega, se habría hecho por dinero, puesto que al verse rica, jamás volvió á pensar en el anciano.

—Sea lo que fuere, siento mucho el malestar del doctor, porque es un hombre que se hace querer, dijo Olimpia.

- En efecto, sea por que me salvó de una enfermedad de muerte ó por su afabilidad, lo cierto es que tambien yo le quiero como si fuese de la familia. Además entiendo que es huérfano.

—Eso me ha dicho cuando le pregunté si vivian sus padres.

—Parece descendiente de ingleses, por lo raro del nombre y la terminación del apellido, dijo Olimpia.

—Yo nunca le nombro mas que por su título profesional, dijo Cefisa.

—Asi hago yo, y es tal la fuerza de esta costumbre, que si tuviera que llamarle Micenas Bojesman, me parecería hablar á un desconocido, dijo Alexandri.

—¡Pobre doctor! Bien ageno está él á nuestra conversación. En este momento revolverá en su cabeza la multitud de pensamientos que lo entristecen, observó Cefisa.

—Esperemos. Tal vez sea una insignificancia la que le preocupa; estos hombres de ciencia todos son muy raros, dijo Alexandri

—Ojalá sea así dijeron las dos mujeres.

Concluida esta conversación, abrieron y leyeron la carta que les había entregado el médico; la carta era de Gaspar Pallini.

Gaspar se mostraba arrepentido de su proceder;

decía que su enfermedad era incurable, y pedía perdon á Cefisa, por la conducta que con ella había observado.

Declaraba que vivía en la miseria, asilado en un hospital, donde era bien tratado en virtud de las recomendaciones del doctor Bojesman.

—Todo es mentira, menos la enfermedad, dijo Olimpia; esta carta es un pedido disimulado de dinero.

-- No sería estraño, agregó Alexandri, porque ese hombre es capaz de cualquier infamia.

—Para que había de escribirme á mi, que en nada puedo ayudarle? contestó Cefisa.

—El no lo sabe dijo Olimpia.

—Bueno, que Dios le ayude, dijo Cefisa rompiendo la carta, y poniendo de ese modo, punto final á la conversación.

Entre tanto, el doctor Bojesman leía por cuarta vez el manuscrito de Saparetti, y se preguntaba, si debía devolvérselo á Bahilde ó si tenía el derecho de quedarse con él.

De todos modos, se decía, ella no dá ninguna importancia á estos papeles. Esa mujer, solo se conmueve con la marcha del pleito ó con las victorias que alcanza sobre Baudilia. Esta última sí; tiene el derecho de conocer el contenido de este manuscrito, porque se relaciona directamente con élla.

Pero yo no la conozco ¿Como me presento en su casa? Que dirá su marido, al ver que solicito una entrevista á solas con élla?...

Vamos allá; los hombres que se casan por dinero, nunca son maridos escrupulosos, dijo Bojesman saliendo del hotel y dirigiendose á casa de Baudilla.

Llamó, dió una tarjeta al sirviente y esperó.

El sirviente volvió é invitó al médico á que pa-

sase á la sala, diciendo, que la señora venía al momento.

Baudilia leyó la tarjeta y se sorprendió ¿Que pretendería de ella aquel hombre, próximo á casarse con Bahilde? Si hubiera posibilidad de deshacer el casamiento...

¡Que triunfo! Un amante de tal categoría! . . .

Se preparó con esmero, ensayó ante el espejo la sonrisa mas seductora y se presentó en la sala.

La fisonomía del doctor asustó a Baudilia. Estaba pálido y casi ceñudo, y un ligero estremecimiento agitaba sus manos.

—Señora, pido disculpa por esta visita importuna para V.; pero necesaria, y hasta dulce para mí.

—Señor... ya sé que Bahilde . . . . .

—Oh! no se trata de eso. Mi visita se relaciona con asuntos de V. y mios solamente.

Una casualidad puso en mis manos este manuscrito del señor Saparetti. Léalo V. y hallará la esplicación de mi presencia en esta casa.

Baudilia tomó el manuscrito y empezó á leer. Bojesman observaba los efectos de la lectura.

Ya quedaban muy pocas hojas sin leer, cuando Baudilia se levantó y abrázó al médico diciéndo:

—¡Micenas!

En ese momento se abrió la puerta de la sala, y un hombre avanzó haste el centro. Era el marido de Baudilia.

Lehio se había familiarizado tanto con estas escenas, que el día que no ocurría ninguna, le parecía que le faltaba algo.

Las esplicaciones del médico tranquilizaron á Lehio, tanto mas facilmente, cuanto más fingidos eran sus celos. Estaba acostumbrado á estas comedias, y por primera vez despues de casado, no tenía motivo de celar á su mujer.

Pero si bien podía estar tranquilo, en ese momento, respecto de la fidelidad de su esposa, no lo estaba

en cuanto á la fortuna de esta, pues veía en la aparición de un hermano de Baudilía un heredero imprevisto.

Por más vueltas que le daba á lo que acababa de saber, no hallaba el medio de tranquilizarse. Para él el médico era un convidado importuno, que se presentaba cuando el pleito favorecía á Baudilia á pedir su parte en una victoria, que ningun sacrificio le costaba.

Mientras duró la comida Baudilia y el médico se miraban complacidos.

Lehio, que los observaba, discurría sobre si el manuscrito no sería una mentira inventada por los dos, para verse y tratarse con entera libertad.

Esta sospecha concluyó por fijarse en el cerebro de Lehio; pero que su mujer tuviese un amante más no le inquietaba; lo único que le era verdaderamente incómodo era la presunción de que la herencia sufriese algun ataque.

Reflexionando sobre estas cosas, y observando ciertas apariencias de ternura entre su mujer y el médico, Lehio volvió á sospechar que se trataba de una nueva calaverada de Baudilla, y por consiguiente, desaparecían los temores de perder una parte del capital hereditario. Entonces Lehio se hizo más comunicativo.

El médico pidió que trajeran el niño y le acareció con visibles muestras de amor.

¡ Cosa singular ! el chiquilin se parecía más á Bojesman que á su padre y á su madre, circunstancia que fué notada inmediatamente por Lehio.

—¿ Que tiempo hace que vino V. á Buenos Aires por primera vez, doctor ?

—Tres años, y hace dos que volví á mi país.

El niño tenía año y medio; podía ser hijo del médico.

—¿ Conoció V. á Baudilia en los primeros meses de su primer venida á Buenos Aires ?

—No señor. Nos hemos visto hoy por primera vez,

—Peró Vd. asistió á Bahilde . . . . .

—Es cierto; la asistí cuando ya hacía algun tiempo que no se veía con Baudilia.

A pesar de la exactitud de la esplicación del Doctor, las desconfianzas de Lehio seguían acrecentándose. Advertía que el niño se parecía notablemente al médico, y en cuanto al manuscrito, bien podía ser una farsa.

—¿No conservas ningunos papeles de letra de tu padre, Baudilia?

—No; los que puede haber los tiene Bahilde, y tan olvidados, que ella misma no sabrá donde están.

—No debe de ser así, puesto que el doctor halló tan á mano los que necesitaba.

—Fué una casualidad, dijo el médico. Puede V. tranquilizarse; ni busco aventuras ni necesito dinero.

Lehio balbuceó algunas escusas, y Bojesman se despidió.

Comprendia la situación, de animo del marido de Baudilia, y pensó no volver á poner los piés en su casa.

A pesar de esta conversación Bojesman, estaba tranquilo; sentía la necesidad de hablar con alguna persona de los papeles de Saparetti, para descargarse de un peso que le oprimía; necesitaba una espansión más completa que la que tuvo con Baudilia, y con ese objeto se dirigió á la casa de Alexandri. La familia de este le era simpática; le tratába con cariño y á nadie mejor podía comunicar sus pensamientos.

El manuscrito le quemaba los dedos, le tendría nervioso, mientras permaneciese ignorado de las personas de su confianza.

Cuando entró en casa de Alexandri, dispuesto á las confidencias, parecía tranquilo.

—Hoy le vemos á V. más contento doctor, dijo Alexandri al verle entrar.

—Vengo á comunicarles mis sorpresas. La amistad más intima que tengo en Buenos Aires es la de Vdes.

—Gracias por la distinción, contestó Alexandri.

—La causa de mi desasosiego es este manuscrito, dijo el doctor sacando los papeles del bolsillo y empezando á leerlos.

MIS MEMORIAS.

Me llamo Tharsis Esmyrna, natural del marquesado de Finale. Me casé á los diez y nueve años con Siria Noccetti, con la cual tuve una hija à quien bautizamos con el nombre de Olimpia.

Tenía mi hija un año cuando yo salí de Italia, con el nombre de Gaspar Pallini, para escapar al servicio de las armas, y buscar en América los recursos necesarios al sostén de mi familia.

Mi mujer quedó esperando mi aviso, para embarcarse con destino al país donde yo hubiese fijado mi residencia.

En ese tiempo me mareaban las aventuras amorosas, y ellas han desbaratado todos mis proyectos, como se verá en el curso de este relato.

En el buque donde yo me embarqué se embarcó tambien una mujer italiana, acompañada de una hija de diez y seis años llamada Roseta.

Venían á la República Argentina á reunirse con el padre de la muchacha, hombre bien acomodado, que hacía negocio de carbon y madera en el Chaco argentino.

Yo era joven y enamorado y la muchacha padecía de mi misma enfermedad, de manera, que muy pronto hicimos relación. Antes de desembarcar, nuestras intimidades ya habian pasado del límite que á la muchacha convenía.

Alhagado con el cariño de Roseta, y no teniendo yo rumbos determinados para mi destino, acompañé á la madre y á la hija hasta el Chaco.

Invitado por el padre de Roseta, me quedé allí trabajando como peon de carbonero.

Roseta se hizo embarazada, y declaró á sus padres, que yo era el autor del *daño*.

Despues de una larga y seria explicación, concluimos por resolver mi casamiento con Roseta, cuando esta acababa de dar á luz un niño, á quien se le puso el nombre y apellido que yo usaba.

Despues de este acontecimiento, aceleramos los preparativos para la boda.

Cuando todo estaba organizado, un sábado, determinamos efectuar el casamiento el domingo inmediato.

Yo no podia declarar que era casado en Italia, y aunque lo declarase, mi aspecto me desmentiría. Era de presumir tambien, que diciendo la verdad me espusíese á morir, pues el padre de Roseta era un hombre forzudo y de carácter tan violento, que me hubiese estrangulado en el bosque, con la misma facilidad que podía estrangular à un conejo.

Calculando estos peligros, y empezando á sentir poco apego á las caricias de Roseta, me embarqué para Buenos Aires, y de allí me trasladé inmediatamente al Brasil.

La distancia que me separaba del Chaco no fué bastante para quitarme el susto. Me parecia que iba á tropezar en cualquier momento con el padre de Roseta, y á fin de borrar mejor mis huellas, resolvi cambiar de nombre, eligiendo uno que no denunciase mi orígen italiano.

Entonces elegí el nombre de Micenas Bojesman.

Busqué trabajo y lo hallé, de último dependiente, en casa de un portugués cambista de monedas, llamado Feliz Barbeito da Castela.

Mi actividad y mi juventud me proporcionaron el cariño de mi patrón, y especialmente el de su mujer, bella portuguesa de diez y seis años, recien casada y sin hijos.

A consecuencia de las preferencias de mis patro-

nes, los otros dos dependientes que había en la casa me hacian una guerra terrible, intrigándome y calumniándome hasta tal punto, que hube de ser despedido del escritorio.

Yo tenía interes en quedarme en la casa y resolví arriesgar para ello el más heróico de los recursos que pude concebir.

Esta concepción nació en la manera especial de mirarme la patrona, cuando estábamos solos.

Después de mucho meditarlo, le dije un día, que si tenía la desgracia de salir de su lado me tiraría al mar.

Ella se ruborizó, y después de un momento, me preguntó si la quería mucho.

Yo no sé ni lo que le dije, ni como se lo dije; pero el hecho es, que ella me pareció convencida de la sinceridad de mis palabras; sin embargo se alejó de mi lado sin prometerme nada.

Desde ese dia mi posición cambió. Los dependientes fueron saliendo uno por uno de la casa, y la amistad de mi patrón me favoreció.

Indudablemente, aquella señora tenía mucho talento. Supo manejarse de tal modo, que apesar de la aspereza con que ella finjía tratarme, el cariño de su marido iba siempre en aumento para mi.

Despues de la salida de los dependientes, no había más personas en la casa que nosotros los tres y dos criadas negras.

Poco tiempo despues de quedar como único dependiente, fuí sócio de mi patrón *en todo sentido.*

Yo manejaba la casa con tal suerte, que las utilidades sobrepujaban toda previsión.

Mi patrón tenía una façenda cerca de Rio Janeiro, donde solía pasar algunos meses de vez en cuando. Iba acompañado de su señora, quedando yo solo al cargo de la casa.

Las sumas de dinero que tenía en mi poder me tentaron muchas veces; pero las promesas de mi patrona, de que algun dia estaríamos libres, para que-

rernos á nuestro paladar, me hicieron ser honrado.

La façenda reclamaba muchos cuidados y mi patrón llegó á pasar en ella hasta un año, viniendo al escritorio una sola vez á la semana y volviendo á la façenda en el mismo dia.

La señora se fastidiaba en el campo y solía quedarse algunos dias en la capital, acompañada solamente por mi y por las dos negras, una de las cuales estaba tan pegada á su servicio, que no era posible ocultarle nuestras relaciones.

Mi patrona se hizo embarazada y en medio de mis pavores y sus lágrimas, me hizo esplicaciones que aún yo no conocia, respecto á la impotencia de su marido, para ser padre.

Resolvimoso cultar el fruto de nuestras entrevistas ocultas.

En momentos que el patrón estaba en el campo su mujer dió á luz un niño que entregamos, con todo sigilo, á un matrimonio francés. El recién nacido fué bautizado con el nuevo nombre y apellido que yo había adoptado en el Brasil.

Todo pasó perfectamente. El niño creció oculto, hasta el estremo de que ni su madre ni yo le viéramos, para evitar el más leve indicio de sospecha.

Cuando Micenas cumplió diez años, le mandamos á París para que se instruyese, recomendándolo á una familia conocida del matrimonio que le había criado.

Ya nos creíamos á cubierto de todo peligro, cuando Malvecia volvió á sentirse en estado interesante.

Para que nuestros apuros fuesen mayores, en ese tiempo, resolvió mi patrón abandonar la façenda por algunos meses.

Desesperado yo y desesperada ella; le propuse apostarme en el camino que debía traer su marido y deshacerme de él sin ningun riesgo; pero fué tal la impresión que este proyecto causó á Malvecia, que me ví obligado á dicirle, que mi proyecto no pasaba de una broma.

Ella quería á su marido, á pesar de serle infiel y se hubiera muerto si yo pusiera en obra mi proyecto.

Barbeito llegó. Cada vez que me miraba me creía descubierto.

En cada una de sus palabras, por indiferente que fuese, creia hallar una alusión intencionada. Llegó á tanto mi confusión, que fué advertida por él y un dia me dijo bruscamente.

Qué diablos tienes Micenas? Me pareces azorado. ¿Hay alguna pérdida en los negocios? ¿Qué ocurre?

—Nada; los negocios van bien. Lo que hay es que me parece tener síntomas de fiebre amarilla.

—Buena cara de enfermo tienes tú. No hay fiebre amarilla que pueda contigo, á juzgar por el grado de salud que refleja tu semblante, dijo Barbeito riendo á carcajadas.

—Sin embargo, ayer hubo veinte casos en la capital, contesté yo fingiendo un miedo que no tenía.

—Comprendo; estás asustado, y creo que á Malvecia le sucede otro tanto.

Yo no sè como aquel hombre no advirtió el cambio operado en mi fisonomía, cuando le oí pronunciar el nombre de su mujer.

—Lo que deben hacer es irse á la façenda hasta que cese la fiebre amarilla. Yo me quedo al frente del escritorio; de todos modos, será por pocos dias.

Yo rehusé; pero le dije á Malvecia que se fingiese asustada.

Apesar de mis resistencias, Barbeito me exijió que acompañase á su mujer á la façenda.

Al partir, nos llevamos la negra poseedora de nuestro secreto, para prevenir alguna indiscreción que pudiera cometer en nuestra ausencia.

Al ir un dia á la capital, encontré en la calle á un marinero italiano que me había conocido. Esto me causó un terrible sobresalto, puesto que me nombraba con mi verdadero nombre.

Para verme libre de él, escribí una carta á mi mu-

jer entregándosela al marinero con una pequeña suma, y rogándole que hiciese entrega de las dos cosas á Siria Noccetti.

En la carta decía á mi mujer que pronto la iría á buscar.

No he vuelto á ver al marinero, ni creo que haya cumplido mi encargo; pero mi objeto principal era el de tentar su codicia, para que saliese inmediatamente de Rio Janeiro.

La fiebre habia recrudecido en la capital, y por insinuaciones de Barbeito, Malvecia y yo seguíamos viviendo en la façenda.

Malvecia se sintió acometida de los dolores de parto, y asistida por mi y por la negra solamente, dió á luz una niña, la cual fué entregada al mismo matrimonio que había criado á Micenas.

La fiebre amarilla concluyó y Malvecia, yo y la negra volvimos á la capital, sin que nada se trasluciese del nacimiento de la niña.

Entre tanto, Micenas estudiaba con gran aprovechamiento en París, recibiendo su pensión por intermedio del marido de la mujer que lo había criado.

Yo visitaba la niña de vez en cuando, y no le oculté que era su padre, ni que tenía otro hermano en París llamado Micenas.

La situación de Malvecia y la mia iba haciéndose insoportable, á consecuencia de que Barbeito había vendido la façenda y no se apartaba un instante de su casa.

Temíamos á cada momento ver descubiertas nuestras relaciones, y para evitarlo resolvimos huir.

Al efecto, fuí acumulando todo el capital de la casa en un Banco, haciendo poner mi nombre en la libreta, y seguimos ocupándonos sigilosamente de los detalles de la fuga.

Ya todo estaba listo; nos embarcariamos con destino á Francia, llevando la pequeña Baudilia, y nos

reuniríamos con Micenas, ocultándonos hasta que Barbeito nos olvidase.

Èl no podía buscarnos mucho tiempo, porque quedaba sin dinero.

Faltaban ocho dias para nuestra partida, cuando cayó enferma la negra criada que poseía nuestro secreto. El médico dijo que era caso perdido; que una doble pulmonía se la llevaba.

La negra debió darse cuenta exacta del peligro en que estaba, porque pidió un sacerdote para confesarse, rogando á su amo al mismo tiempo, que asistiera á la confesión.

Así se hizo, sin dar ninguna importancia al pedido de la negra; los enfermos de peligro suelen tener caprichos raros.

Cuando salió el sacerdote del cuarto de la moribunda, ví que me miraba de un modo particular, y que apenas saludó á Malvecia

No se me ocurrió que pudiera estar cerca de ningun peligro; sin embargo un secreto presentimiento me oprimía el corazón.

Barbeito, demudado y sombrío, salió á su vez del cuarto de la negra; se dirigió á su dormitorio, volvió armado de una pistola de dos cañones, y sin decir una palabra, descargó uno sobre su mujer, la cual cayó sin lanzar un quejido.

Yo presencié el hecho desde el escritorio y al ver venir á Barbeito con la pistola en la mano hácia donde yo estaba, abrí la puerta que daba á la calle y huí.

Una nueva detonación me hizo volver el rostro y ví caer á mi sócio en el umbral de la puerta por donde yo salí.

Aquel hecho me lo reveló todo: la confesión de la negra nos había perdido. Barbeito iba á matarme, y al ver que me le escapaba se suicidó.

Volví á la casa y ví á Malvecia con la cabeza atravesada por la bala. Sin atreverme à tocar aquél ca-

dáver, corrí á dar parte á la policía, volviendo enseseguida á mi casa.

Entre la mucha gente que se aglomeró en el escenario del sangriento suceso, ví al sacerdote, que pocos momentos antes habia escuchado la confesión de la negra. El tambien me vió y pasando á mi lado me dijo al oido.

—¡Desgraciado! Huye de esta casa; ocultate debajo de la tierra; tu éres el causante de este doble crímen.

Yo le obedecí como un autómata. Saqué el dinero del Banco, fuí á buscar á Baudilia y con ella me embarqué para Rio Grande, haciéndome inscribir en la lista de pasajeros con el nombre de Ignacio Saparetti.

De Rio Grande me vine á Buenos Aires, sin que nadie en el Brasil supiese á donde me había dirigido, con exepción del matrimonio francés que había criado á mis hijos.

En Buenos Aires nadie supo de donde venía, ni que el nombre que usaba no era el mio. Cuando mandé á la escuela á Baudilia fué anotada en la matrícula con el apellido Saparetti, creyendo ella misma, que ese y no otro era el que le pertenecía.

Cuando supe que Micenas se había recibido de Médico. me dispuse á ir en su busca; pero una carta del hombre que le había criado me advirtió, que mi hijo conocía mi conducta y que había jurado vengar á su madre.

El temor de morir á manos de mi propio hijo me detuvo, y escribí al matrimonio francés recomendándole, que guardase el secreto de mi residencia.

Micenas volvió y fué recibido como una celebridad, mientras yo, su verdadero padre, devoré el dolor de no poder abrazarle y decirle; tu eres hijo mio.

Sé que á muchas personas pidió noticias de mi paradero, pero no las consiguió; el cambio de nombre me salvó de sus iras.

Al poco tiempo de hallarme en Buenos Aires supe

que mi otro hijo Gaspar, el hijo de Roseta, estaba muy rico en el Chaco, donde fué muerto por los indios.

De quien no he tenido noticias es de mi hija Olimpia y de su madre. Las cartas que desde la capital Argentina mandé á Italia, han vuelto á mi poder con esta anotación en el sobre:

« Emigrados en América; no se sabe en que punto residen. »

Rico, y sin más familia que la pequeña Baudilia, he resuelto casarme con una joven pobre y hermosa que me ama con delirio, llamada Bahilde Farini.

Pienso morir en Buenos Aires, y escribo estas memorias para que después de muerto se sepa quien soy.

Si este relato llegase á manos de mis hijos, les pido que no me maldigan.

– He aquí el motivo de mi tristeza, dijo el médico con voz ronca y conmovida, al concluir la lectura del manuscrito.

Olimpia sollozaba, y Alexandri y Cefisa estaban silenciosos y tristes.

—Ya conocen Vdes. el secreto que tanto me incomodaba ayer.

Yo soy Micenas Bojesman, y por consiguiente, hermano de esta muchacha desgraciada que se llama Baudilia.

—Y hermano mio tambien, dijo Olimpia abrazando al doctor. Yo soy Olimpia Esmyrna, la hija de Tharsis Esmyrna y de Siria Noccetti. Somos hermanos tambien de Gaspar Pallini, que fué nuestro verdugo, y de quien es la carta que entregó V. á Cefisa.

El doctor Bojesman oprimía á Olimpia contra su pecho sin poder hablar.

Después de la esplicación que acababa de hacer Olimpia, Cefisa soltó el llanto. Gaspar era hermano de su madre, y al recordar lo que había sido para

ella, que la desesperación le anudaba la garganta.

—¡ Era mi tio! pudo decír al fin. Mi Dios! como no habías de castigarme? repetía Cefisa con desesperado acento.

—No te desesperes. Puedes considerarte felíz de no haber sido la querida de tu abuelo, dijo Alexandri en voz baja.

Cefisa se tapó el rostro con las manos. Recordaba que estuvo dispuesta á irse con el viejo Saparetti y que Corinto lo consentía.

La semilla esparcida aquí y allí, se reunía sin pensarlo, representada por plantas, destrozadas unas, y combatidas otras por las tormentas de la vida. Representaban distintas nacionalidades á pesar de tener un tronco común.

Olimpia recordó que un marinero italiano les había dicho, que Esmyrna estaba en el Brasil enfermo y avejentado; pero que no les había entregado ni la carta ni el dinero de que hablaba el manuscrito.

La madre de Olimpia no volvió á tener noticia de su marido, y murió creyéndolo muerto ó desgraciado.

—Bastante desgraciado fué, puesto que de todos sus hijos solo á uno pudo oir llamarle padre; para los demás fué un desconocido, dijo el médico.

—Yo le he visto muchas veces en mi casa hablando con mi marido y con Cefisa. Si hubiera sabido quien era le habría abrazado.

—Una vez que es V. de la familia, supongo que vendrá á vivir con nosotros, mientras resida en Buenos Aires, dijo Alexandri.

—Estaré poco tiempo aquí.

—Venga á comer mañana con nosotros, dijo Cefisa.

—Puede ser.

—¿ Le esperamos?

—Les avisaré. Adiós Olimpia, dijo el médico rodeándole la cintura con el brazo.

—Hasta mañana doctor.

—No me trates así. Háblame como yo te habló; somos hermanos.

—Con mucho gusto. ¿Te esperamos mañana?

—Sí. Vendré y almorzaré

Cuando Baudillia vió salir á su hermano, se frotó las manos alegremente.

—Parece que estás muy contenta, le dijo su marido; pero no creas que me tragué el anzuelo.

—No seas imbécil. ¿A que vendría semejante farsa?

—A encubrir otro de tus escándalos.

—¿Y que te importa á ti de mis escándalos? Te casaste para tener dinero y no te ha faltado.

—Eso no; me casé para ser tu marido.

—Vamos, estás con deseos de que te repita lo que tantas veces he dicho?

—¿Y que me vas á repetir, que me avergüence más que ser tu marido?

—¡Miserable! ¡Roñoso! Desde que tienes ropa que ponerte y coche en que pasearte te crees un personaje; no piensas que la ropa y el coche lo pago yo.

Recuerda que la primera vez que estuviste en mi casa, no sabías que hora era porque no tenias reloj; no te sonabas, por falta de pañuelo, y ponías un pié delante del otro porque asomaba la media súcia por el agujero de un zapato.

—¡Baudilia! me haces perder la paciencia.

—Harás mal en perderla; te casaste para tenerla siempre.

Confórmate con el papel que desempeñas, que al fin y al cabo, no eres digno de desempeñar otro mejor.

—Soy un hombre honesto.

—!Honesto! Un indivíduo sin oficio, sin disposiciones para nada, porque ni el dinero que te doy sabes gastar. Un hombre que juega como un zonzo

y de quien se rien los mismos que lo explotan, llamándose hombre honesto. ¡ Es curioso !

—¡Jesús, que boca de mujer!

—¿Por qué me tiras de la lengua?

—Está bien, no te diré más nada; pero tampoco volveré á poner los piés en esta casa.

—Buen viaje. Para la falta que me haces.

—Es claro; ahora tienes un médico á tu disposición.

—Ese médico es mi hermano; ya lo viste demostrado en los papeles de mi padre.

—Sí, pero el niño se parece á él y no á mi.

—No tiene nada de estraño; es su tio.

—Tambien podría ser su padre.

—Mira Lehio, vete; eres un animal intratable. Cuando el niño nació, ni siquiera sabía Micenas si existía una mujer, que se llamaba Baudilia.

—¡ Que hermano, que no sabía como se llamaba su hermana !

—Está claro. El se fué á París antes que yó naciera, y sobre todo, déjame el alma en paz.

¿No dices que te vas para no volver? Anda y no vuelvas.

—Ah! quieres que me vaya...

—Mira, que te vayas ó te quedes, me es indiferente; dijo Baudilia dándole la espalda.

—Si; ahora que ganaste el pleito estás orgullosa; no lo habrías ganado sin mi.

Baudilia soltó una ruidosa carcajada y se encogió de hombros.

—Está bien, me iré, ya que tu me lo mandas.

—Ni te lo mando ni te lo prohibo; pero si me has de estar fastidiando, es mejor que te vayas de una vez, dijo Baudilia saliendo de la habitación donde tenía lugar esta disputa.

—Dices que te gasto el dinero... Hace tres dia que ando con dos pesos en el bolsillo.

—Ahí querías venir á parar. Toma esos doscientos pesos y no hablemos más.

Lehio los tomó y dijo.

—Si me los das de mala gana...

—No los quieres? Tráelos.

—¡Que mujer, Dios mio! que mujer! repetía él bajando la escalera y contando el dinero.

—Escucha Lehio, le gritó ella desde arriba; espero una persona de confianza; si está aquí cuando vuelvas, te vas muy calladito á tu cuarto; si no lo haces así, te arrojo de mi casa para siempre, y volverás á vivir de atorrante como cuando eras soltero.

Lehio no contestó una palabra.

Cada pocos dias se reproducían estas escenas.

Muchos sustos había dado á los amigos de Baudilia; pero ella tranquilizaba á los que deseaba conservar, y hacía creer á los que ya no amaba, que su marido era un Otelo.

El infelíz Lehio sabía bien su oficio.

Cuando Baudilia se quedó sola, tomó un elegante pliego de papel, y escribió:

«Mi querida Bahilde; no cuentes con el médico. Otra vez te he vencido.»

Estos billetes se cruzaban con frecuencia entre las dos rivales.

Apenas había salido Lehio de la casa de su mujer, cuando vió pasar á Bahilde mirándole con insistencia. El la miró y la saludó.

Por la mente de la viuda cruzó como un relámpago la idea de venganza, y deteniéndose dijo á Lehio.

—Nada tiene que ver nuestro pleito con la urbanidad. Quiere V. acompañarme hasta mi casa?

—Queda tan cerca...

—Por eso mismo no le será molesto.

—De ningun modo. Crea V. que lamento el desgraciado incidente de...

—No soy rencorosa, y además, sé que no tuvo V. la culpa. Mi marido fué quien provocó el lance.

—Así fué en efecto señora. Yo no hice más que defenderme.

Llegaron á casa de Bahilde y ella exijió á Lehio que entrase.

Estaban los dos en la sala, cuando una sirvienta entregó á su patrona la carta de Baudilia.

—Discúlpeme un momento Lehio, mientras contesto esta carta, dijo Bahilde sentándose y escribiendo: «Mi querida Baudilia, no cuentes con tu marido, le tengo en mi casa. Creo que estás derrotada.»

Envió la carta y volvió á conversar con Lehio.

Después que Baudilia leyó la esquela de Bahilde, fué por sí misma á ver si en efecto, estaba su marido en casa de su rival.

Esperó un momento en la esquina y vió salir á Lehio.

—¡Badulaque! murmuró Baudilia. Si no fuese porque le necesito para espanta-moscas, se lo dejaba. No habría hecho una gran adquisición.

Le daré ménos dinero, añadió reflexionando, de ese modo me ayudará ella á soportar los gastos.

Cuando Baudilia volvió á su casa, estaba preguntando por ella el doctor Bajesman.

—Que felicidad Micenas; venía pensando en tí. Por qué no vienes á vivir con nosotros?

—Imposible Baudilia. Tu conducta no es regular, y tu marido puede creer, que no somos hermanos.

—Mi marido creerá lo que yo le mande creer.

—Eso no está bien. Y ahora que sabes el parentesco que nos une, deseo hablarte como hermano.

Ya es tiempo que dejes costumbres que todos te critican. Eres jóven, eres rica; debes enmendarte.

—Serán justas tus observaciones; pero llegan tarde. Por muy santo que fuese mi porvenir, no podría borrar mi pasado.

—Voy á proponerte los medios de borrarlo.

—Te escucho.

—He hallado otra hermana nuestra; no ha sido muy

feliz; pero su conducta no es en cierto modo reprensible. Yo tengo fortuna y una profesión que produce mucho. Reunámonos en mi casa, en tu pátria y la mia y viviremos en familia.

No tengo inclinaciones al matrimonio, así que les serviré de hermano y de padre á la vez.

—Ya sabes que estoy siguiendo un pleito.

—Se transa. ¿Por què te empeñas en dejar á esa pobre mujer en la calle?

—No lo sé. Nos aborrecemos desde que nos conocimos y por hacerla rabiar, le he disputado sus amantes.

—Pero esa es una lucha indecente; es algo que no está dentro de la vida humana; es una lucha de bestias.

—Ella tiene la culpa.

—Y tú tambien.

—Ha sido infiel á su marido, que fué nuestro padre.

—No; es una pobre mujer, que se moría en brazos de un anciano.

—La disculpas?

—Me explico su conducta, porque soy médico.

—Tambien tu la has visitado!

—Para curarla. Piensa en lo que te digo, Baudilia. La lucha que Vds. sostienen es insensata y debe concluir.

—Dèjame reflexionar hasta mañana. Puede ser que las dos estemos mareadas, y en ese caso, podría curarnos un médico.

—Lo que acabas de decir es bien seguro, Baudilia, y me harías felíz aceptando mis proposiciones.

—No es imposible. Nadie me habló de estas cosas hasta ahora. Todos me empujaron hácia adelante en el camino que emprendí, y en mi carrera vertiginosa no tuve tiempo de pensar que una mujer, pudiera ser otra cosa que lo que yo soy.

—Una mujer puede y debe ser honrada; madre cariñosa y esposa prudente y fiel. Debe tratarse con

la sociedad bien educada y hacer el bien cuando pueda.

Hay miserias que aliviar, dolores que mitigar y pobres que socorrer, y es dulce, incomparablemente dulce, perdonar á los enemigos. El placer del vicio es efímero y grosero.

—No creas que ese placer es una necesidad para mi. Solo por exigencias del amor propio, por no ser inferior á Bahilde, busqué esa clase de regocijos; pero pienso como tu, que son groseros y repugnantes.

Apesar de la vida que llevo, aún no sé lo que es amar; he seguido el dictámen del orgullo y he tratado á los hombres como cosa del momento.

Nunca conoci la ternura. Mi padre no se ocupó de acariciarme y mi madre política, púedes imaginarte como me habrá tratado. Recien tú me haces entrever el verdadero cariño.

Hasta hoy he vivido sola, sin hogar y sin familia, pues debo confesarte, que ni mi hijo me inspiró más sentimiento, que el del orgullo de tenerlo.

Cuando tú besaste á esta criatura, no me esplicaba por que lo hacías; ahora lo voy entendiendo.

Pero escucha Micenas, es tarde; me casé con un hombre que no comprendería lo que estamos hablando; se casó para tener dinero, de lo demás poco le importa.

No creas una palabra de sus aparatos de celoso; es pura comedia. Ya ves que no podría estar á tu lado con semejante hombre.

—Baudilia lo que acabas de decirme es un motivo más para que vivamos reunidos. Tu desgracia es más grande de lo que yo creia. (

¡Pobre hermana! Ignoras lo bueno, lo grande y noble, porque no te han dicho que existe. Las gentes te miraron por el lado que les convenía; su egoismo nunca pulsó tu alma, por temor que les negaras el cuerpo.

¡Triste destino el tuyo! Has nacido buena, sin sa-

berlo y te has vuelto mala, sin pensarlo. Cuantas como tu van marchando á tientas, solas, sin guía, sin instrucción; corriendo al acaso sin escuchar una voz que les grite ¡Alto!

Yo que te amo, porque tu sangre es mi sangre, yo que vivo consciente, te exhorto á que me escuches, para que pruebes la satisfacción de la enmienda y los puros goces de la virtud.

Nosotros descendemos de un enfermo, pero yo te enseñaré la higiene que purifica la sangre y modifica las costumbres.

No temas. Al hombre que unió su nombre al tuyo le corregiremos; será bueno algun dia y más felíz que hoy, que solo es un mercenario del matrimonio. Créeme y ámame: soy tu hermano.

—Entonces no me desprecias; no me maldices al encontrarme tendida en el lodo? ¿No te avergüenzas de ser hermano de una mujer manchada por sus estravios?

—Tu no tienes la culpa; eres lo que te han dejado ser. Nunca escuchaste estas palabras en los lábios de los hombres; me lo acabas de decir y lo creo.

Los hombres que has conocido no son hijos de tu madre como yo, por eso no te aman: te disfrutan.

No llores oye mis consejos, síguelos y serás buena.

—Es la primera vez que lloro, después de la infancia.

Déjame llorar; yo creí que solo se lloraba cuando se sufría y ahora veo que tambien hay lágrimas de felicidad.

Creo en ti Micenas, creo en ti, porque siento dentro de mi pecho una sensación desconocida, deliciosa y mi inteligencia alcanza una existencia nueva, tranquila, honesta.

Háblame; quiero que me repitas esas cosas tan bellas muchas veces. Dime como tú me quieres, para olvidarme de como me han querido los demás. ¡Que

lástima que yo no haya vivido á tu lado siempre! ¡Cuantas cosas sabría!

—Sabrías que el aturdimiento de las bacanales mata el cuerpo y oscurece el entendimiento; que el amor de la familia es como el amor del Dios; que las victorias del erotismo son las derrotas de la reputación y de la salud.

Sabrías que la fuerza física y la actividad inteligente, que empleas en una lucha insensata y corruptora, bastan para hacerte feliz si las aplicas á la beneficencia, al estudio, á la economía domestica y al cultivo de honestas relaciónes.

Disculpas tus escesos con los escesos de Bahilde, sin pensar que ella, puede servirse de las mismas razónes para disculpar los suyos.

Se han enardicido en el escándalo en vez de enardecerse en las prácticas de la virtud. Se ódian en lugar de amarse; se insultan cuando debieran respetarse, y en este ignominioso pugilato, se evapora el patrimonio que heredaron, y los zánganos se burlan de las dos.

Pórtate generosamente. Has vencido á Bahilde en el pleito, divide con ella tu capital y no la aborrezcas. Ahoga tus rencores y sentirás alegría.

¿Para qué necesitas tanto dinero? Yo soy rico; tuyo es cuanto poseo.

Autorízame para reconciliarte con Bahilde; voy á devolverle estos papeles y le hablarè de tus nuevos sentimientos.

—Procede como te parezca; haré cuanto me indiques.

—No; así no; en estos casos, la imposición no produce ningun resultado digno de respeto. Díme que tú lo quieres; que lo encuentras justo.

—Si; lo quiero; te lo pido con toda sinceridad.

Quiero ser buena como tú é ir á la redención llevada por tí de la mano, dijo Baudilia arrojàndose en los brazos del médico.

—¡Ah! eres buena, hermana mia. Despiertan en tí

las elevadas ideas. ¡Pobre sér, dormías entre las miasmas del vicio y las abandonas para penetrar resueltamente en el templo de la luz. Que él te guarde en su seno, para fortuna tuya y tranquilidad de mi espíritu..

Bojesman salió contento del lado de su hermana.

Cuando llegó á casa de Bahilde, ésta conferenciaba con un usurero.

—En fin, señora, reflexione y avíseme. Los tiempos están muy malos; el dinero escasea y el deseo de servir á los clientes me arruina. Yo no debía de tener corazón; los negocios deben hacerse con la cabeza, y sin embargo no puedo oir lástimas; se me llenan los ojos de lágrimas, y, soy hombre perdido, decía el usurero á Bahilde.

—Es una miseria, lo que V. me ofrece; sin embargo lo pensaré. Vuelva mañana, dijo Bahilde al usurero, cuando el médico entraba.

—Mi querido doctor; le creía á V. gozando de la encantadora conversación de.....

—¿Baudilia?

—Justamente. Un amable aviso me hizo saber la rara fortuna de V. y por ella debo de felicitarle.

—Acepto sus felicitaciones, y espero que del mismo modo acepte V. las mias.

—Con todo entusiasmo. He tomado mi revancha. Me robaban las queridas visitas de V. y me he resarcido con las visitas del esposo de mi rival. ¿No le parece justo?

—No entiendo bien lo que acaba V. de decirme. La causa de mis felicitaciones es una evolución noblemente ejecutada, que ha de aplaudir V. con buena voluntad.

—¡Ola!

—Antes de todo, devuelvo á V. estos papeles, que en mi aturdimiento llevé de esta casa, la última vez que estuve en ella.

—Lo recuerdo, se fué V. á la francesa.

—Es verdad, pero me ha de disculpar V. cuando conozca los motivos que me impulsaron á proceder así.

—Le escucho con placer, doctor.

—Este manuscrito es de su esposo.

—¿Algun testamento?

—Son sus memorias.

—¿Declara en ellas algunos bienes no conocidos?

—No señora. Es la historia de su vida.

—Pues si no contienen nada más esos papeles, se los regalo, doctor. No me interesan estas cosas.

—Después de leer, tal vez no piense V. del mismo modo.

—¡Bah! Se tratará de las aventuras de un viejo calavera probablemente.

—¿Quiere V. que yo se los lea?

—Si tanto es su empeño.

El médico leyó hasta el fin las memorias de Saparetti, mientras Bahilde disimulaba los bostezos llevándose el pañuelo á los lábios.

Cuando Bojesman concluyó la lectura preguntó:

—¿Que le parece á V. Bahilde?

—Que me ha de parecer, mi querido doctor. Si se trata de reclamos de herencia, hay que entenderse con la hermosa Baudilia, que acaba de ganarme el pleito.

Por lo demás, yo no conozco á ninguno de los presuntos hijos de mi esposo, ni me importa saber si se llaman Saparetti, Pallini, Esmyrna ó Bojesman.

—Es que yó me llamo Micenas Bojesman.

—¿Sería V. alguno de los hijos á quienes se refieren esos papeles viejos?

—El mismo.

—Muy bien. En ese caso, entiéndase V. con Baudilia.

—Acabo de hacerlo.

—¿Si....?

—Bahilde, Baudilia es mi hermana.

—¿Lo supo V. á tiempo?

—Si, á bastante tiempo para salvar á V. de la ruina.

y concluir con la guerra vergonzosa en que las dos estan empeñadas.

—Mi sabio doctor, si esa guerra concluyese, ni ella ni yó tendríamos que hacer en el mundo.

—V. tiene una hija, y á esa inocente criatura, tal vez le falte mañana pan y hogar.

—Vivirà como yó he vivido. Los pájaros tampoco tienen hogar y viven cantando.

—Pero tienen padres que velan por ellos, mientras son polluelos; padres que van al rio en busca del agua y al rastrojo á traer el grano que alimenta á sus hijos para que vivan y crezcan; padres que les cantan trinos al aparecer el sol y los cubren con las calientes alas al llegar el frio de la noche.

—Doctor, doctor; el que canta poéticas canciones en este momento es V. ¡ Que lástima que no sean de amor !

—Bahilde V. es una escéptica.

—Soy una mujer práctica; creo en lo que siento, y nunca he sentido lo que V. está diciendo.

—¿Nunca sintió V. la pobreza?

—La tuve, pero no la sentí. Era una niña cuando me casé, y las niñas bellas no sienten más que los pasos del amor. Despues de casada, he sido rica, y felíz á mi manera.

—Hoy no es V. rica.

—No soy pobre tampoco. Cuando V. entró trataba con un prestamista la venta de mis joyas, y no las vendí porque espero mejor precio; pero en último caso, tengo veinte mil pesos asegurados por ellas; despues venderé la casa, que es lo único que me dejaron los jueces.

—¿Y despues?

—Despues... No sé.

—¿Quiere hacer un trato conmigo?

—¿Cual?

—Yo le devuelvo á V. la mitad de los bienes que-

dados al fallecimiento de su esposo y V. me entrega cien mil pesos.

—Acepto, y añado otros cien mil.

—Convenido: doscientos mil pesos.

—Tenga presente que el dinero voló.

—Ya lo sé. Se venderán propiedades hasta completar la suma convenida.

—Aceptado.

—Deseo que formalicemos la operación por escritura pública.

—No hay inconveniente. ¿Cuando?

—Mañana mismo.

—Era esa la noticia que V. me traía?

—Esa misma.

—Pues no pudo llegar más á tiempo. Ya no venderé mis joyas.

—Ni malgastará V. el dinero como hasta hoy?

—Nunca lo malgasto; le doy el mejor destino que puedo.

—¿A que hora debo venir con el escribano?

—De las diez en adelante, á cualquier hora.

La escritura se hizo al mismo tiempo que la división de bienes entre las dos herederas.

Bojesman recibió los doscientos mil pesos, y con las precauciones del caso, los depositó en un Banco á nombre de la hija de Bahilde, la que recibiría solamente los intereses, mientras no fuese mayor de edad ó se casase; en cualquiera de estos dos casos, recibiría el capital íntegro.

Cuando el médico concluyó esta operación, comunicó á la familia de Olimpia el mismo proyecto de que habló á Baudilia.

Alexandri se sorprendió de la proposición del médico y no hallando mejores razones para desecharla dijo que no le gustaba el Brasil.

—Cada vez que la fiebre amague á la capital nos

iremos á Petrópolis, que es una posición deliciosa; no tenga miedo al clima del Brasil, que no es tan feo el leon como lo pintan, dijo el doctor.

—No es eso, contestó Alexandri, con tono embarazoso.

—Entónces dígame con franqueza los inconvenientes que le impiden acceder á mis deseos.

—Cuando estemos solos se los diré.

Al oir esto Olimpia y Cefisa se retiraron.

—Ya estamos sólos, dijo el médico.

Alexandri acercó su silla á la del doctor y le dijo muy despacio:

—Entre Baudilia y yo hubo una historia galante.... creo que le bastará esta declaración, reservada, para no insistir en sus nobles propósitos.

Bojesman se quedó pensativo un momento y en seguida dijo:

—Alexandri; tengo fé en la elevación de su carácter y no hallo peligro ninguno en que V. y Baudilia vivan en la misma casa..... V. es discreto, y ella lo será tambien.

—Sin duda, pero Olimpia no está bien de salud y el cambio de clima le hará mucho mal. Además, no conocemos el idioma portugués y estamos encariñados con la América española; amamos sus costumbres y gustamos de su idioma y de su aire. Mi casa está acreditada, nos produce buen resultado y . . . . .

—Quiere decir que no me deja V. reunir mi familia.

—Le queremos á V. como á un hermano y voy á proponerle la manera de conciliarlo todo. Establézcase en Buenos Aires y viviremos, si no en la misma casa, en el mismo barrio viéndonos á todas horas.

—Hay un inconveniente. Baudilia misma reconoce que por mucha que fuese su honestidad futura, no cubriría sus estravíos pasados, por que ahí está la crítica para recordárselos; siempre la juzgarán por lo que fué.

Sin embargo, se me ocurre ahora un medio que

salvará todas las dificultades. Prescindamos de Buenos Aires, por Baudillia y por Cefisa; prescindamos del Brasil por V. y por Olimpia y vamos á establecernos en Montevideo.

—Sería un medio para conciliar las dificultades de unos y de otros. Lo consultaré con Olimpia.

—Está bien, y no olvide que resolviéndose en el sentido espresado, me hará V. feliz. Confio en su buena voluntad.

—Cuente con ella, doctor.

El médico se despidió y Alexandri habló á Olimpia y á Cefisa del proyectado cambio de residencia.

Las dos le contestaron, que aceptarían, lo que él dispusiese.

—Me es duro alejarme de este país, donde tanto he luchado; lo amo más que á mi propia pátria; pero tengo en vista tambien la tranquilidad de Cefisa.

Es necesario arrancarla de este círculo de hierro en que tantos dolores ha sentido. Tenemos fortuna y desearía que Vdes. gozaran de ella en paz.

Creo que debemos aceptar las proposiciones de este hombre bondadoso.

—Yo desearía verte descansar un poco; bastante has trabajado; no tenemos familia que atender y debemos procurar una vejez tranquila.

—¿Que dices tu Cefisa? preguntó Alexandri.

—Yo no tengo voto en nada; soy la única que nada tiene y nada significa.

—Tu eres nuestra hija, dijo cariñosamente Alexandri al advertir la tristeza con que habló Cefisa.

—Gracias Alexandri. Tu fuiste el angel tutelar de mis padres, desde su arribo á esta tierra y hoy me tratas á mi como los trataste á ellos.....

Dios te lo recompense ya que los mareos de mi juventud no han sabido hacerlo.

—No seas tonta; el pasado duerme; ocupémonos del presente. ¿Te gustaría vivir en Montevideo?

—A mi sí; olvidaría más facilmente mis desdichas, no viendo los precipicios donde las lloro.

—Quien sabe si no conseguimos allí un yerno buen mozo que desvanezca las sombras de tristeza que velan tu frente, dijo Alexandri riendo.

—En cuanto á eso, ya sabes que todo ha concluido para mi. Mi único afan es verles á Vdes. felices.

—Pero muchacha, estás en la fuerza de la vida; te has puesto más bella despues de la enfermedad y no sientes ninguna dolencia, por consiguiente . . . .

—¡ Burlon !

Alexandri se levantó riendo y al salir de la sala dijo:

—Bueno, es cosa resuelta. Voy á vender el restaurant ; estas cosas deben hacerse en caliente, si se dejan enfriar ya no se hacen.

—¡ Corazón de angel, esclamó Olimpia al verle salir. Siempre abnegado y generoso. Parece imposible, que bajo esa esterioridad ingenua y sonriente, exista una voluntad de hierro y un valor temerario.

Sería el más felíz de los hombres si te viera casar con una persona de tu gusto.

—Ni esa felicidad puedo ofrecerle, dijo suspirando Cefisa.

—Quien sabe.

—Es imposible; estoy muerta para la vida conyugal.

—Esa es una broma tuya; estás más vigorosa que antes.

—Si, estoy vigorosa, pero perdí la sensibilidad completamente. El mayor martirio que podía imponérseme hoy, seria de hacer vida comun con un hombre; solo pensarlo me da asco.

—Todavía te he de ver entusiasmada con alguno.

—Nunca, mamá. Yo misma no me explico lo que siento. puedes creerme, he dejado de ser mujer.

—Como puede ser eso?

—No lo se. El médico lo predijo y él es el único que puede esplicarlo.

—Pues hija, vas à tener trabajo, porque en realidad, tu persona llama la atención; creo como Alexandri que te has embellecido más despues de la enfermedad.

—Si, faltándome los dientes!

—Son mejores esos que los tuyos; nadie creería que son postizos.

—Pero lo son.

—Lo que es, y no parece, es como si no fuera.

—Algunas veces.

—Siempre.

—Segun eso, yo podré ser en Montevideo una mujer sin mancha.

—Y lo seràs, y por eso iré muy contenta á vivir allí. Me parece que vamos á ser muy felices.

—Dios lo quiera.

—Lo único que me disgusta es que venga Gaspar á vivir con nosotros, pues aún despues de saber que es mi hermano, sigo teniéndole mala voluntad. ¡Nos hizo sufrir tanto! Él fué la causa de nuestros infortunios.

—No nos conocía.

—Desengáñate, nunca será bueno; es un malvado capaz de cometer los mayores crímenes con la sonrisa en los lábios, dijo Olimpia.

Cefisa calló. Golpeaba su memoria en ese instante la muerte de Pepe y veía á Gaspar, fumando con toda tranquilidad su cigarrillo, mientras ella destruía al mismo que sedujera.

Al recordar este crímen que tanto la atormentaba, la figura de Gaspar se iba ennegreciendo con los detalles.

Indudablemente, su madre tenía razón; Gaspar era de la madera de los bandidos.

¿Que conducta observaría con ella, cuando supiese el parentesco que los ligaba? ¿Se reformaría? ¿Habría operado la edad algun cambio benéfico en sus pasiones brutales?

—¿En que piensas Cefisa?

—En decirle al doctor las relaciones que tuve con Gaspar.

—Harás bien. No me había acordado de eso.

—Antes de reunirnos es necesario que el médico lo sepa todo.

—Si hija; si. Gaspar destruyó con sus maldades los honestos propósitos de tu padre; le agrió el carácter y le despertó la avaricia.

Despuès te robó á tí, habiendote lanzado ántes en el camino del desorden.

En la colonia hubo de matar á Alexandri, aún me parece estarlo viendo, á no ser la intervención de tus tíos lo hubiese muerto.

—Tal vez ya no existe, porque el doctor le dejó en un estado desesperante, dijo Cefisa.

—La mala yerba nunca muere, hija.

Las exigencias del servicio de la casa rompieron esta conversación.

Arreglada la cuestión de intereses entre Baudillia y Bahilde, el médico quiso reconciliarlas, pero á pesar de las afectuosidades aparentes de la viuda Saparetti, Bojesman comprendió que aquella mujer era refractaria á la paz y á la moderación.

Sus frases epigramáticas, la exageración de sus maneras y las miradas felinas que dirigía á Baudilia descubrían sus ocultos pensamientos.

Por otra parte, Bojesman había hecho cuanto le exigía su conciencia; había asegurado el porvenir de la niña contra los despilfarros de la madre, y no se creía obligado á más nada.

Las dos rivales se despidieron, saliendo Baudilia acompañada de su hermano.

Lehio acababa de acostarse, cuando los dos hermanos entraron en la casa.

La noche anterior había tenido lugar una fuerte

partida de juego en el club, y el marido de Baudlia había perdido una suma considerable. Ese día quedaron en ir á cobrar la referida suma y Lehio no quería estar presente, cuando el cobrador presentase los vales á su mujer.

El médico siguió aumentando el entusiasmo de Baudilia, á fin de mantener firme sus recientes resoluciones de redención.

El propósito de Bojesman se realizaba.

Baudilia conservaría sus propiedades en Buenos Aires, percibiendo las rentas en Montevideo.

Bojesman partiría para el Brasil, vendería sus bienes y volvería con Gaspar á reunirse con sus hermanas.

Fijado el día de la presentación de Olímpia en casa de Baudilia, iba á despedirse de su hermana en el mismo momento que el portero dijo á la señora, que un caballero la buscaba.

—Que entre.

Un hombre bien vestido y de edad madura se presentó en la sala.

—Supongo que tengo el gusto de hablar á la señora Baudilia Saparetti de Lehio?

—Yo soy ¿que deseaba?

El recien llegado dirigió una mirada recelosa al médico y contestó.

—Señora, se trata de un asunto reservado.

—Hable V. sin recelos. Este caballero es mi hermano.

—Desearía...

—Adios Baudilia, hasta mañana, dijo el médico saliendo.

—Almuerzas con nosotros?

—No, vendré á comer.

—Te espero, dijo Baudilia cuando ya el médico pisaba el umbral de la puerta.

—Y bien señor; ya estamos solos.

—Señora, traigo unos vales del señor Lehio. Esta

noche pasada no le favoreció la fortuna; sin embargo, es muy poca cosa; no son más que cuarenta y seis mil pesos, dijo el hombre poniendo los vales en mano de Baudilia.

—¿Y que me dice á mí de todo esto? Cobre los vales á quien se los firmó; yo no soy jugadora.

—La casa le anticipó estos fondos, porque el señor Lehio dijo que V. los pagaba.

—¡Que yó los pagaba! Sería ocurrencia. Si no se le ofrece á V. otra cosa hemos concluido.

—Podria yó merecer la honra de hablar con el señor Lehio?

—Pregúnteselo al portero.

Un instante despues fué el sirviente al dormitorio de Lehio y volvió diciendo, que el patrón dormía.

—¿A que hora se levanta?

—De doce á una probablemente.

—Muy bien, volveré á esa hora.

Lehio dormía en efecto, porque había pasado la noche jugando.

Baudilia había pagado algunas veces las deudas contraidas por Lehio en la carpeta; pero era él quien se lo pedía, y las sumas mayores nunca pasaron de quinientos pesos.

Ahora se presentaba un hombre estraño á cobrar y se trataba de una suma de consideración, por consiguiente, Baudilia no la pagaría.

A las doce y media volvió el cobrador y Lehio aún dormia.

Volvió á la una, y á la una y media y el durmiente no despertaba.

Volvió á las dos y el portero le dijo, que el patrón acababa de irse al club.

Lehio no había salido de su casa. Cuando le avisaron que un hombre había estado tres veces á buscarlo, despues de hablar con la señora, supuso que era el cobrador, y recomendó al doméstico, que si el

hombre volvía, le dijese que acaba de salir en dirección al club.

Hecha esta recomendación al portero, se levantó, se vistió con toda elegancia y se dirigió al comedor.

—¿Va V. almorzar señor? preguntó el mozo de comedor.

—Si. ¿Salió la señora?

—No, señor.

—Almorzó ya? ¿Tiene visitas?

—Ahora no. Hace pocos momentos que salieron dos caballeros.

—¿Qué señas tenian?

—Uno es alto, de barba negra y cerrada, pálido, ojos de mirar apagado y cuerpo esbelto. Usa levita negra cerrada, pantalón gris, galera, y bastón con puño de oro.

—Si, ya sé, es el médico brasilero. ¿Y el otro?

—El otro es un hombre grueso, rubio, usa bigote; es calvo y viste como un hombre de negocios.

—¿Estuvo mucho en la sala este último?

—Dos minutos cuando más.

—¿Estuvo muy alegre la señora cuando almorzó?

—No señor. No habló una palabra durante el almuerzo, y al concluir de tomar el cafè le dijo á la mucama, que llevase el niño para sus habitaciones.

Lehio no preguntó más. Concluyó de almorzar, mandó traer el carruaje y se fué á Palermo.

De las preguntas que había hecho al sirviente, dedujo, que el gerente del club habia ido á cobrar; que Baudilia estaba furiosa, y que lo más prudente era no verla hasta que se apacigüase.

—No pagará mi mujer, pensaba Lehio, y hará muy bien. Estos coimeros le meten á uno el dinero por los ojos, y no son capaces de esperar un minuto el pago. Sobre todo, yo no tengo como pagar, y mi mujer no debe nada.

—Si se habrá enterado el médico de este asunto?

Si se dió cuenta de él, ya sabrá que su cuñado no pierde el tiempo.

Lehio se reunió con algunos amigos y recorrío alegremente el bosqüe de Palermo, dejando el coche en la gran Avenida.

Ya tarde, subió al carruaje y volvió á su casa.

Fué á su departamento, se lavó, se peinó y encendió un habano para esperar la hora de ir á la mesa.

El mozo de comedor se le presentó díciendo:

—Señor, la comida está en la mesa.

—¿Y la señora?

—Ya le avisé.

—¿No ha venido nadie?

—No señor.

—¿La señora no salió?

—No señor.

—Bueno; ya voy.

El mozo se fué tremolando su blanca servilleta en la mano y Lehio dió el último toque á su cabellera y se dirigió al comedor.

Ese día tenía interés en parecer más elegante.

Cuando Lehio entró, Baudilia estaba tomando la sopa.

— Parece que hay apetito, dijo Lehio sentándose.

Baudilia siguio comiendo sin contestar una palabra

—¿Y el niño? preguntó Lehio.

El mismo silencio.

—Vieras Baudilia, que lindo estaba hoy Palermo. ¡Que multitud de mozos y que elegantes!

Guerra me preguntó por tí con mucho interés. Tambien estaba el fátuo Alberto, al verlo me acordé del susto que le he dado, la última vez que estuvo aquí.

Baudilia seguía comiendo en silencio.

— La verdad es, que de todos tus galanteadores el más interesante es Ovidio. Acompañaba á las de de Ofir, y dicen que es novio de la mayor.

Nunca Lehio había estado más conversador, ni Baudilia más callada.

El mozo que les servía estaba admirado de que no se peleasen los dos esposos.

Baudilia concluyó de tomar el café y salió del comedor, mientras Lehio le decía.

— Hoy hay kermese. Quieres que te lleve? Tienes que empezar á vestirte ya, porqué á las nueve va la gente de buen tono.

Cuando Lehio pronunciaba las últimas palabras, ya Baudilía estaba en sus habitaciones.

Lheio se fué al teatro, y de allí á un club de extranjeros de que era socio.

En ese club tambien se jugaba, y Lehio volvió a perder, pero no firmó vales.

El gerente sabía que Baudilia era rica y no tuvo inconveniente en facilitar quinientos pesos al marido.

Lehio se había hecho conocer como hombre capitalista en todas partes, y empezó á explotar esa fama, adquiriendo deudas que no podía pagar, pues su mujer solo pagaba las cuentas que provenían de cochería, de sastrería, peluquería, y otras cosas de uso necesario.

Muchas veces habia intentado Lehio ser apoderado general de su mujer, pero Baudilia había tomado el pulso á su honradéz y se negó á tales pretensiones.

Llevó más lejos su previsión; estableció en los contratos escritos, que no reconocería ningun pago que no llevase la firma de ella. Por estas precauciones, Lehio estaba reducido á una vida de pupilaje.

Salió del club de extranjeros con dirección á su casa, y al entrar recibió de manos del portero una carta del gerente del otro club, esplicándole la negativa de Baudilia para pagar los cuarenta y seis mil pesos.

Lehio leyó, rompió enseguida la carta, y se acostó tranquilamente, encargando que lo despertaran á la hora del almuerzo.

Así lo hizo el mozo; pero mientras Lehio se vestía,

Baudilia almorzó y salió con la niñera y el niño.

—¡Es raro! pensaba Lehio. Nunca la ví tan cariñosa con el chiquilín; antes apenas se acordaba de él.

Almorzó y enseguida dijo al mozo.

—Hazme traer el coche.

—Salió en él la señora.

—Que traigan otro.

La orden fué obedecida, y Lehio se fué á visitar unas amigas.

Cuando volvió á su casa era la hora de comer y halló sentados en la mesa, al médico á Baudilia y al niño.

Su mujer hablaba con alegría, indicio de que se le iba pasando el disgusto ocasionado por los vales.

—Conque tenemos el gusto de tenerlo hoy á comer doctor? dijo Lehio.

—Y á conversar con V. preferentemente.

—Con tanto gusto.

—Baudilia ha resuelto reunirse con todos sus hermanos y hacer una vida ordenada, y como aquí podrían esterilizarse tan buenos propósitos, nos estableceremos en Montevideo,

Creo que este proyecto no hallará resistencia en V.

—Señor doctor, nunca me opuse á ninguno de los caprichos de mi mujer. Ella sabe cuanto la quiero. Iremos donde Baudilia disponga: yo me encargaré de venir á cobrar las rentas que producen nuestres bienes.

Baudilia se rió estrepitosamente, y el médico continuó así:

—Conviene señor Lehio, que todos cooperemos á la realización de este proyecto, y que nos hagamos dignos, por nuestras costumbres intachables, de la ilustrada sociedad oriental.

Debemos proceder discretamente para ser respetados; debemos abandonar cualquier irregularidad que haya habido en nuestros procederes pasados, entrando por completo en el plan de las reformas morales.

—Es V. joven, y puede haber descuidado alguna conveniencia social; pero hoy, las cosas van á cambiar; debemos empezar á ser muy escrupulosos en todos nuestros procederes.

—Mis costumbres, doctor, han sido siempre irreprochables; ahí está mi mujer que no me dejará mentir.

Baudilia soltó otra carcajada.

Lehio era tan desvergonzado, que ni si quiera le preguntó porque se reia tan estrepitosamente.

—Bien pues; continuó el médico, nos ayudará V. á ser felices con su ejemplar conducta y con su trabajo inteligente, porque tambien vamos á trabajar, para no sentar plaza de ociosos.

—¡Trabajar!

—No me refiero al trabajo material del jornalero; no estamos en ese caso. Trabajaremos con arreglo á nuestra posición social, al capital que tenemos y á lo que sabemos hacer. ¿A que podría V. dedicarse?

Yo..... yo..... no se....

—Este ha sido vago en su tierra y aquí es vago y jugador, dijo Baudilia riendo.

—¡Baudilia! esclamó el mèdico.

—No te sorprendas de lo que acabo de decir Micenas. Este caballero que tú ves aquí, le conocí sin oficio, sin rentas y sin hogar y en vez de dedicarse al trabajo para ganar su sustento, prefirió casarse con una mujer rica para tolerarle todo y dejarla seguir una senda torcida.

—¡Qué mujer! Mil veces quise traerte al buen camino, arrojando de aquí á los que te perdían y explotaban, contestó Lehio con trágico ademan.

—Y despues venias á pedirme dinero para jugar.

—Yo no juego.

—¿Y los cuarenta y seis mil pesos del club?

—Volvamos al principio, dijo Bojesman, para cortar aquella conversación. Los estravios se reparan con las enmiendas; el señor Lehio se conducirá bien; se distraerá útilmente.

Aquí no ha tenido nada en que entretenerse y la ociosidad puede haberle encaminado mal.

Convenido este punto, debemos ocuparnos unos y otros de los preparativos del viaje.

Ya sabes Baudilia, que antes de partir para el Brasil te presentaré á una hermana y una sobrina.

—Estoy ansiosa de conocerlas.

Lehio no pronunció más palabras durante la comida. Su muyer le había asestado un golpe terrible en presencia de un hombre respetable, y un resto de vergüenza teñía el rostro del jugador.

A los pocos dias de esta conversación, Bojesman acompañado de Olimpia y de Cefisa, volvió á casa de Baudilia.

No fué necesaria la presentación verbal; la dueña de la casa abrazó á Olimpia primero y á Cefisa despues, pronunciando sus nombres respectivos.

Olimpia conservaba buena parte de su belleza, á pesar de las vicisitudes de su vida y de los cuarenta y cinco años que contaba, pero resaltaba en el grupo formado por las tres mujeres, el aspecto y la hermosura de Cefisa.

Baudilia la contemplaba con admiración y con envidia; se reconocía fea al lado de la preciosa italiana.

Baudilia era de regular estatura, delgada y airosa; tenía el cabello casi rubio, la cara redonda, la nariz graciosamente levantada en la punta, labios finos, boca pequeña y los ojos azules.

Cefisa por el contrario, era alta, regularmente gruesa, de cara ovalada, nariz recta y fina, ojos negros y rasgados, labios ligeramente gruesos y boca graciosamente modelada; tenía el cabello fino como la seda y negro como los ojos.

Su aire era desenvuelto y natural, y el color de sus megillas blanco y ligeramente sonrosado.

Una de las cosas que mas llamaba la atención, era su dentadura blanca y pareja.

—Nunca he visto una mujer tan bella, murmuró por fin Baudilia.

Esta exclamación no la oyeron ni Olimpia ni su hija.

Entre los encantos de la conversación y el exámen del interior de la casa, se pasó una hora.

El niñito de Baudilia andaba de falda en falda, sonriendo y palmoteando con alegre confianza.

—Pero como se parece al doctor, decian Olimpia y su hija.

—No es la primera persona que lo dice, dijo Baudilia, mirando al médico con intención.

—Vamos á ver. ¿Qué dices tú Pepe, te me pareces? decia el médico bajando y subiendo al niño entre sus brazos, como si fuera un juguete.

—¿Pepe se llama? preguntó Cefisa.

—Si, es el nombre del padre, contestó Baudilia. Tomele V. y llámele por su nombre verá como ya parece entender.

Cefisa tomó el niño en los brazos y tocándole con el índice la barbita, le decia—¡Chits! Nene ¿Me conoces?

El niño saltaba en las faldas de Cefisa, haciendo sentir ese ruidito especial de lábios que caracteriza los primeros esfuerzos que preceden á las palabras en la infancia.

—No vé que contento està el canallita, dijo Baudilia. Pepe, conoces á esta señorita? es tu tia.

El niño estendió los bracitos hacia el médico el cual le tomó y besó, al mismo tiempo que el pequeño Pepe le tiraba de las barbas y abría la boquita para morderle la nariz.

—No ve si es diablito; quiere mas al tio que á la madre, decía Baudilia sacudiendo el faldoncito de Pepe.

Bojesman entregó el niño á la niñera y tomando el sombrero, dijo:

—Ya están Vds. presentadas.

Olimpia dió á Baudilia las señas de su casa y besandose en las mejillas se despedieron.

Lehio no estaba en su casa, andaba huyendo de su mujer y del gerente del club.

Bojesman partió para el Brasil, mientras Alexandri apresuraba la venta de su negocio, y Baudilia ponía su fortuna en condicion de poder ser manejada desde Montevideo.

Baudilia y Lehio hicieron una visita á Olimpia.

Alexandri hizo entrar las visitas al saloncito.

Aunque Alexandri, empezaba á tener canas y usaba la barba entera, Baudilia le miró de un modo que parecia decir.

—¿Quien es este hombre? Yo le conozco; le he visto en alguna parte.

Alexandri fingió no advertir las miradas de Baudilia, á la cual conoció en el acto, pues no había cambiado nada desde el tiempo en que tenian relacion.

Ya fuese por creer que Bojesman le hubiese hablado á Baudilia de Alexandri, ó por no saber como debía hacer la presentación, el hecho es que Olimpia no lo presentó.

Baudilia hacia esfuerzos para recordar donde y como había conocído aquel hombre, pues cuanto más le miraba y oia el eco de su voz, más se convencía de que le era muy conocido.

Preocupada con tales pensamientos, se distraía y dejaba languidecer la conversación.

—Alexandri, no vendría mal una taza de té, dijo Olimpia.

Al oir pronunciar aquel nombre, Baudilia recordó perfectamente á quien pertenecía y un ligero sonrojo se notó en sus mejillas.

—El és indudablemente; pero ¿como se encuentra aquí? ¿qué lazos le unen á esta familia? ¿será algun otro hermano desconocido? ó será acaso algun pretendiente de la bella Cefisa? ¿Donde habría estado desde que dejó de ir á mi casa? ¿Sabrá Micenas la

clase de relaciones que existieron entre Alexandri y yo? ¿Irá á vivir tambien con nosotros? ¿Me habrá conocido?

Todas estas preguntas se hizo Baudilia, en el tiempo que Alexandri tardó en volver del interior de la casa.

Cuando él se sentó, ella le miraba fijamente, sonriéndose de modo que le fuese visible.

No obstante de estarla mirando tambien Alexandri, no dió señales de conocerla.

—No será él; pero la voz, el nombre y mis recuerdos, me dicen que sí, mientras que su actitud indiferente me dice que nó.

Resuelta á salir de dudas, dijo Baudilia audazmente.

—Señor Alexandri, me parece que nos conocemos. ¿No me recuerda?

—No señora; pienso que no nos hemos visto hasta este momento, contestó tranquilamente Alexandri, sosteniendo sin pestañar la mirada investigadora de Baudilia.

—Su voz y su nombre, son iguales á los de una persona que yo he conocido mucho.

—No es raro. Yo tambien conocí un jovencito italiano, que se me parecía hasta en el nombre; en lo único que se distinguia era en ser más joven que yo y en la costumbre de afeitarse de bigote y pera.

—Justamente. ¿Donde le conoció V.?

—Aquí en Buenos Aires, hará unos ocho ó diez años.

—¿Y no sabe V. nada de el?

—No señora.

—Qué coincidencia! dijo Baudilia sonriendo.

—Así es señora; con otra circunstancia más; que yo tambien soy italiano.

—Alexandri queria agotar de una vez la multitud de circunstancias que lo acercaban á la persona imaginada por él, para dejar á Baudilia engañada. El joven italiano de quien habia hablado Alexandri, era una invención.

Despues de esto, la conversación se generalizó.

—Se habló de la partida para Montevideo, de las aventuras del viejo Esmyrna y de las consecuencias que habian tenido.

Despues de una hora de sabrosa plática, las visitas se retiraron, rogando á Olimpia y á Cefisa que las visitasen á menudo.

Cuando el matrimonio llegó á su casa, dijo Lehio á Baudilia, refiriéndose á Cefisa.

—Admirable belleza de mujer!

—En efecto, es un conjunto soberbio, y he notado tambien, que mientras estuvimos de visita no apartabas las miradas de ella.

—La miraba como miran los artistas una obra de cincél.

—Es verdad; no me acordaba que eres aficionado á las bellas artes; te habrá parecido una sota de copas, y tan absorto estuviste en su contemplación, que no hablaste una palabra.

Lehio suspiró y calló. Tenia miedo á un sermon duro é interminable.

Entre tanto, en la casa de Alexandri, comentaban la visita de los esposos de esta manera.

—¿Que te parece mi nueva hermana, Alexandri? preguntó Olimpia.

—Me parece bien.

—Tiene un carácter jovial y afectuoso.

—Lo que debe tener, es mucha parte de las inclinaciones de su padre.

—Talvez haya mucha exageración en lo que se dice. La malidicencia lleva anteojos de aumento. ¿La conocías tu?

—De nombre sí; pero no la había visto jamás, dijo Alexandri, y para desviar la conversación de este terreno resbaladizo, agregó. El que tiene aspecto de tonto rematado es el marido.

—¿Has visto? No despegó los labios; no hacía más que mirar á Cefisa.

—Ya lo he visto; la devoraba con los ojos, desde su alto cuello de petrimetre. No se donde he visto yo un hombre muy parecido á este.

—Tambien yo, dijo Olimpia, y agregó en seguida. Verdad es, que cuando pienso en la mezcla de personas que Micenas quiere reunir en una sola casa, me dan ganas de reir.

—Nuestro domicilio se parecerá á ùn valde de mazamorra; sin embargo, el médico se empeña en reunirnos, hagámosle el gusto.

—¿Qué te parece tu tio político, Cefisa? preguntó Alexandri.

- No puse atención en él.

—Has estado algo distraida. ¿Te sientes mal?

—Al contrario, estoy perfectamente.

Cefisa no decía la verdad; había examinado bien á Lehio, y le llamaba la atención su extraordinario, parecido con un hombre, cuyo recuerdo le atormentaba. Para que la ilusión de la semejanza fuese mayor, Lehio se llamaba José, y tanto su mujer como sus relaziones, se habían acostumbrado á llamarle Pepe.

Hay casualidades terribles. Aquel Pepe de ojos pardos, bigote negro, pelo ondeado, frente deprimida, cuerpo robusto y estatura elevada, parecía el retrato del cochero de Corinto.

Lehio era español, hablaba poco, carecía de buena sociedad, pestañaba con frecuencia: exactamente como Pepe.

Cefisa se creia delante de su víctima.

Hacía mucho tiempo que la atormentaba la sombra del muerto.

Aquel delito pesaba sobre su conciencia como una montaña de plomo.

No la mortificaba el recuerdo de su vida disipada, pero aquel crimen inútil, no se apartaba de su memoria, desde el día que recobró el uso completo de sus facultades mentales, y modificó sus costumbres.

Mientras pensaba así, Olimpia y Alexandri fueron

á ocuparse de la dirección de la casa. En medio de sus quehaceres, Olimpia tocó repentinamente el hombro de Alexandri, y dijo:

—¿A que no sabes á quien se parece Lehio?

—Hace más de un cuarto de hora que estoy batallando para recordarlo, y cuando ya creo tener el nombre, se me vuelve á escapar. Se trata de una persona que me es muy conocida.

—¿Te acuerdas del cochero Pepe?

¡Ahí está! dijo Alexandri golpeandose la frente con la punta de los dedos. Pepe; el mismo, ni más ni menos. Bien decía yo. Igualito, hasta en lo imbécil. ¿Quien sabe si no es el mismo. La miraba tanto á Cefisa...

—Nó, él no es, pero es su retrato. Lo estraño es que Cefisa no se haya dado cuenta del parecido.

— Piensa, que hoy estaba muy alegre y despues que vinieron ellos se puso triste.

— Eso no es estraño, despues de la cura de su enfermedad tiene horas de súbita melancolía. Algunas veces está conversando alegremente conmigo, y á lo mejor se queda callada y triste.

—¡Pobrecita! se avergüenza de si misma. Sinembargo, si este hombre fuese el cochero en realidad...

— No temas; Cefisa ya no es mujer.

—Las mujeres siempre son mujeres.

—¡Muchas gracias!

—No te ofendas; tu eres una excepción.

—Pues en cuanto á Cefisa, puedes estar tranquilo.

—Nunca nos ha dicho esta muchacha, como se libró del cochero.

—No necesita decirlo. Esos miserables abandonan el nido, cuando ne tiene calor. Habrá disfrutado del dinero mientras lo hubo, y despues se habrá ido á confundir con la gente de su clase.

— Pregúntale por él cuando esteis las dos solas, á ver que dice.

—Para qué mortificarla, haciéndole notar el parecido de Lehio.

—Tienes razón. Vivamos para el porvenir, dijo Alexandri dejando á Olimpia en el escritorio y encaminándose al comedor.

Olimpia siguió ocupándose de sus tareas diarias y pensando en el cochero Pepe.

Estaba intrigada por la sospecha de que pudiera ser el marido de Baudilia, y se propuso salir de dudas revolviendo algunos papeles que tenía.

Apenas concluyó su quehacer, se encerró en su dormitorio, abrió un baul y empezó á revisar papeles.

Recibos, cuentas, apuntes en borrador, todo lo fué examinando sin hallar lo que buscaba.

Ya no le faltaba más que una libreta larga, donde ella anotaba, cuando vivía su marido, los gastos de la casa. La abrió empezó á ver y halló escrito con letra de su marido, los nombres de los sirvientes; allí estaba el nombre de José Lehio.

Olimpia salió con su libreta en la mano en busca de Alexandri.

—¡Que cosa tan rara! dijo Alexandri, despues de leer el nombre del cochero. Yo nunca supe que apellido tenía, porqué todos le llamabamos Pepe solamente.

—Creo que la misma Cefisa no lo conoció por otro nombre.

—Lo creo; en ese tiempo era tan despreocupada que nunca daba importancia á los detalles.

—Ya veras como no conoce el apellido de Pepe, dijo Olimpia guardando la libreta y dirigiéndose á la habitación de su hija.

—Ya hemos concluido el trabajo.

—Sí; hasta de aquí á dos horas. La única que no trabaja soy yo; sigo siendo la haragana de siempre, dijo Cefisa.

—Para que vas à trabajar? Hoy bastamos nosotros

para atender la casa, y en los tiempos que éramos ricos, teníamos sirvientes de sobra para poder descansar. ¿ Qué se habra hecho el personal que nos servía en esa época ?

—Seguira haciendo ahora, lo mismo que hacía entonces.

—¿Cómo se apellidaba Felipe, el portero?

—No lo sé. La costumbre de llamar á todos por el nombre hacía olvidar los apellidos.

—Así es; yo no tengo memoria del apellido de ninguno de los sirvientes, ni el del cochero, á quien solo le llamabamos Pepe.

—Otro tanto me ha sucedido á mi, ni siquiera pensé que debía de tener apellido, dijo Cefisa con voz alterada.

—Creo que se llamaba José Lopez.

—Puede ser.

—En fin hija, aquellos tiempos se fueron y los apellidos tambien; vayan todos con Dios, dijo Olimpia saliendo de la habitación de su hija.

—Es una suerte; no sabe como se apellidaba Pepe, dijo Olimpia al reunirse con Alexandri.

—¿Se lo preguntaste?

—Sí, indirectamente; no ha podido traducir mi intención.

—Me alegro que no recuerde el apellido, así aunque sea el mismo, no lo reconocerá.

—Eso no, porqué si fuese él ya buscaría la ocasión de decírselo á ella.

— No olvides, que está casado con una mujer rica, por lo tanto no le conviene descubrir su humilde profesión.

—No me canso de pensar, como este desgraciado pudo casarse con Baudilia.

—Es bien esplicable, dijo Alexandri. Se le habrá presentado como hijo de algun marques, y ella que necesitaba un marido lo aceptó.

—El debe habernos conocido en el acto.

—Sin duda, y esa debió ser la causa de su silencio. Pero sea como quiera, estamos en el secreto, sin que el lo sospeche; esperemos. En el peor de los casos, yo tendrè una esplicación con èl y sabré obligarle á que se porte como debe.

Esta conversación fué interrumpida por uno de los mozos del restaurant, que dijo á Alexandri, que un señor lo buscaba.

Era una de las personas á quien había visto para venderle la casa.

El precio ya estaba convenido y el inventario hecho, de modo que Alexandri recibió el dinero y puso en posesión del restaurant al comprador.

Alexandri alquiló provisoriamente una casita para esperar la vuelta del médico. Baudilia, y Olimpia acompañada de Cefisa, se visitaban con frecuencia; Alexandri evitaba con cuidado encontrarse con Baudilia.

Lehio pocas veces se hallaba presente cuando Olimpia y Cefisa visitaban á Baudilia. El escapaba á la vista de sus acreedores en la casa de Bahilde, con quien tenía estrecha amistad.

Allí se hablaba del médico y de la reforma de costumbres de Baudilia.

Cada vez que Lehio citaba algun hecho relacionado con la redención de su mujer, Baudilia se reía y esclamaba:

—Infeliz muchacha! mas que infeliz, cobarde! Abandonar una lucha deliciosa, los triunfos, la libertad....! Ah! la desconozco. Se ha vuelto una desdichada.

A mi se me había de venir con sermones ese brasilero maniático.

Desengáñese, Lehio, no hay más vida que esta, ni más placeres; es necesario aprovechar la primera y gozar los segundos.

— Para que nos serviría la existencia, si eligieramos las mortificaciones y desecharamos los deleites, bajo el pretesto estúpido de que eso agrada á la virtud?

Y en resúmen ¿que es la virtud? La hipocresía, el martírio, la esclavitud, la cobardía.

Amar es vivir; pero no amar los consejos agenos y el dolor de la privaciones, sino amar con los sentidos, rompiendo las travas con que nos quieren convertir en idiotas, los moralistas que forjan cadenas para el cuerpo y torturas para el entendemiento.

Si el espíritu es inmortal, tiempo le sobra para ser feliz; amemos la carne que dura poco.

Si, Lehío; amemos con todo lo que tenemos, con las sensaciones, con las golosinas del cuerpo, ardiente, electrizado. Despues, venga lo que viniere.

—¡Demoñios! Que pensamientos los suyos, Bahilde.

—Tengo el valor de mis creencias; las manifiesto como son sin importarme de nada ní de nadie. ¿Le asustan á V. mis palabras, Lehío?

—No me asustan, me escitan y me hacen temblar de piés à cabeza.

—Eso le sucede porqué es jóven y ama; estas cosas no se comprenden en la vejez.

Cuando lleguemos allá todos seremos moralistas convencidos; pero mientras el corazón palpite con la aficiones de la especie, debemos dar al cuerpo lo que pida.

Del infusorio al hombre y de la esponja al arból, las especies, se buscan y se aman, fundiendose en una misma aspiración, mientras la savia circula por los vasos.

Una mujer de veinte y ocho años; hermosa, inteligente y rica como Baudilia, no se concibe encerrada en el hogar para oir sermones diarios.

La monotonia y las contrariedades de tal manera de vivir, le alcanzarán á V. mismo; le encadenarán tambien, privándole de sus relaciones alegres, de la sociedad de los clubs y de las emociones del juego, que es el pasatiempo de buen gusto que adopta la aristocracia de todo el mundo.

Le han de convertir á V. en un tacaño, filántropo

en la palabra y mercader en la acción, á quien ya me parece estar viendo, barbudo, demacrado, insensible al amor y á las modas, despues de haber hecho estremecer el corazón de las hermosas con los galanteos, y de haber dictado leyes á la moda con su elegancia. Hoy las damas le miramos á V. con los ojos del deseo; mañana le miraremos con lástima.

—Bahilde V. es enloquecedora; sus palabras marean.

—Ni una ni otra cosa, soy una mujer práctica que conoce la verdad, verdad ignorada hasta por los filósofos, que solo saben decir paradojas y hacer silogismos.

Estas verdades no saldrán de mis labios para ningun otro hombre. Son para V. Lehio, que reune cuantas cualidades he soñado en un hombre para mi; mio por entero, sin objeciones frias, ni escusas importunas.

—¡ Bahilde ! . . .

— Lehio, tú me comprendes y me amas; dimelo.

—Si, murmuró Pepe, olvidado del mundo entero; fascinado, trémulo, enloquecido por aquella Mesalina.

Lehio no volvió á su casa, hasta el dia siguiente al de la escena anterior.

Baudilia ni siquiera preguntó por él. Nunca le había tenido cariño; se había casado por las razones que ya conocemos y para el efecto, le bastaba tener un hombre á quien llamar su marido.

El despego de Baudilia hácia Lehio, aumentó desde el dia que conoció al médico. Al compararlos, su marido le parecía záfio como un changador.

Ella no era una mujer ilustrada, pero era inteligente, y distinguia sin mucho trabajo lo sublime y lo ridículo, lo noble y lo abyecto.

Era una mujer fácil de adaptarse á las buenas ideas, y despues de haber recogido de los labios de Micenas la revelación de lo que era la maternidad y de los deberes que ella impone, sentía placer en cuidar á su pequeño Pepe, y hallaba en su sonrisa y júbilo

infantil, un manantial de ventura que antes no había conocido.

¿ Para que queria á Lehio ? Para nada ; no le hacía falta para hacerse respetar, por que su casa se habia cerrado para todos los hombres que antes la entretenian.

El niño, y la familia de Olimpia era la única compañía que le agradaba.

Ya tenia todos sus contratos de arrendamiento firmados y esperaba impaciente la vuelta de Micenas, para abandonar el campo de sus locuras pasadas.

Bahilde por el contrario, no se ocupaba de su hija.

Estaba empeñada en arrebatarle el marido á Baudilia, por jactancia y por que estaba educado para lo que ella quería.

Bastaba darle algun dinero, para tenerlo contento y una simple indicación para que se mostrase celoso ó tolerante.

Así, ella podria alejar de su casa las visitas que no le gustasen ó que ya la hubiesen cansado.

Nadie como Lehio sabía presentarse de improviso, con el cabello en desorden, la mirada sombría y la mano armada, y nadie sabía tampoco marchar con tanta cautela como él cuando había visitas que no debían ser molestadas.

En esta clase de escenas, si empreestaba Lehio sublime. Cuando se trataba de echar alguno de la casa, sus arranques de indignación eran dignos de la trajedia.

En ese momento, se identificaba de tal modo con su papel, que apostrofaba con iracunda sublimidad á la misma mujer á quien servia. Era necesario hacerlo volver en sí con una de las burlonas réplicas de Baudilia y enseguida darle algunos pesos.

Tal era el hombre que le convenía á Bahilde, por eso luchaba por fascinarlo.

Ella necesitaba un joven de buen porte, que la llevase á casas determinadas, y dejándola allí, volviese á buscarla sin pedirle cuenta de su conducta.

Tambien necesitaba espantar algunos gorriones, que la fama llevaba al domicilio de ella, y atraer á los faisanes de pluma dorada y Lehio era el indicado para ambas cosas.

A la cuarta visita que hízo Olimpia á su nueva hermana, le preguntó si Lehio tenía familia en América.

—Tuvo un hermano de su mismo nombre; pero por más indagaciones que prácticó no pudo conseguir noticias de él. Hoy no lo busca ya, por creerlo muerto ó emigrado en algun otro país, dijo Baudilia.

– ¿Qué profesión tenía el hermano de tu esposo?

—Supongo que ninguna, y si alguna tenía, debe haber sido muy baja, porqué jamás me ha querido decir Lehio en que se ocupaba su hermano.

—¿Hacia mucho tiempo que estaba en América el hermano de Lehio?

—Más de quince años.

Mientras Olimpia y Baudilia sostenían este diálogo, á Cefisa tan pronto se le encendía el rostro como se le ponía densamente pálido.

Comprendía claramente, que Lehioera hermano del cochero.

Tambien Olimpia acababa de comprenderlo en las palabras de Baudilia, y esto le causaba regocijo, pues á pesar de no temer una reanudación de relaciones entre Cefisa y Pepe, la mortificaba la idea de vivir en familia con un individuo, que había sido su cochero

Se apresuró á comunicar su descubrimiento á Alexandri, quien dijo.

—Del mal el menos. Me das una buena noticia.

—Yo tambien estoy contenta de saber que este hombre no es el Pepe que nosotros creiámos, por más que talvez no valga más que él. Baudilia lo trata con tanto desprecio como si en efecto fuese solamente su cochero.

El nunca está en su casa, talvez por lo mismo que

acabo de decir. Cada vez que hemos visitado á Baudilia, siempre la encontramos sola.

—Más vale que esté sola que *mal acompañada*!

— Creo que la critican más de lo que merece. No veo en sus acciones nada de reprochable.

—Esa es obra del doctor. Ese hombre es capaz de regenerar las piedras.

—Como me gusta oirte hablar así. Tu tambien quieres á Micenas, ¿no es cierto Alexandri?

—Como á un hermano. Hay en su mirada apacible el reflejo de su alma de angel; no se le sorprende un pensamiento bajo, ni una palabra inconveniente; es compasivo, franco, ingenuo, y sóbrio.

—¡Qué felices vamos á ser á su lado!

—Más felices seríamos si se muriera Gaspar.

—Sí, ese es el único punto negro que yo tambien distingo en nuestro horizonte.

—Negro y súcio.

—Quizá se regenere. ¡Es tan difícil ser malo al lado de Micenas!

—Rejenerarse? No sé porqué me parece, que el doctor es quien más va á sufrir con el contacto de Gaspar.

El semblante de Alexandri se nubló al pronunciar las anteriores palabras, y advirtiéndolo Olimpia, dió á la conversación el siguiente giro.

—Sabes que cada vez que vemos á Baudilia, nos pregunta por tí con mucho interés?

—Sí? Muchas gracias.

—Si fuese hace algunos meses . . .

—¿Qué? Supondrías acaso que se habría enamorado de mi barba canosa y de mi cuerpo de barril, dijo Alexandri riendo.

—No sè; ella se interesa mucho por saber de tí, contestó Olimpia bromeando.

—Como no; los jóvenes elegantes siempre llamamos la atención.

—Miren el vejestorio. ¡Cefisa!

—Mamá.

—Ven aquí muchacha, vas á oir al viejo Alexandri echárselas de tenorio. Verás cómo se pone hueco al decirle que Baudilia nos preguntaba por él con interés.

Alexandri se reía y Olimpia siguió diciendo.

—¿No ves que alegre está.?

—Y tiene razon para estarlo; Baudilia es muy buena moza, dijo Cefisa.

—Bueno, sigan no más, hoy me toca hacerme el interesante.

—Sí, puede ser que entre broma y broma todavía te creas un conquistador.

Los hombres cuanto màs viejos son, más presunciones tienen,

—Pero si yo no presumo nada; eres tú la que estás presumiendo.

—Y á tí que no te gusta! . . .

—Me gusta, es claro, á quien no le gusta que lo quieran?

—No ves? ya se cree el muy bobo, que Baudilia está loca por él. Ah! hombres vanos y tontos! No saben que nosotras nos reimos de ellos.

—¿Nos reimos? Está buena la ocurréncia. Una vieja con hijas viejas, pretendiendo reirse de los hombres! ¿Y quien te vá á mirar á tí?

—Los mozos mas elegantes y mas jóvenes que tú; cada vez que salgo á la calle, vuelvo con los oidos llenos de flores.

La ocurrencia de Olimpia hizo reir á Cefisa y á Alexandri, que pensaba en ese momento en Baudilia, y en hechos, que las dos mujeres estaban bien distantes de sospechar.

Buscando bien entre los pliegues de las bromas, se pueden hallar muchas realidades.

Yba Lehio á entrar en casa de Bahilde, cuando le detuvo el gerente del club y le dijo.

—Señor Lehio; no puedo esperar mas; ó V. me paga, ó empiezo la ejecución. La gerencia está en descubierto con personas respetables, por no haber V. pagado los fondos que se le facilitaron.

—¿Porque me cobra V. en la calle? Vaya V. á mi casa.

—He ido muchas veces y no tuve el gusto de poder hablar con V. He visto á su señora y me despedió sin consideración.

—Habrá ido con groserias, y mi señora no tolera impertinencias.

—Soy incapaz de actos groseros, señor. Le mostré los vales y...

—Bueno, bueno; vaya V. mañana á las dos, pasado medio dia y arregleremos esa bagatela.

—Esta bien, señor Lehio, iré á las dos. Si no tengo el gusto de hallarle en casa, ya sabe V. que no volveré.

—Allí estaré, dijo Lehio dejando ál acreedor en la puerta.

El gerente se alejó murmurando.

—¡Plata perdida! Afortunadamente, cayeron dos neófitos, que son dos maravillas. ¡Ochenta mil pesos en una noche! ¡Qué cretinos son los padres ricos!

Lehio fué derecho al dormitorio de la viuda, que estaba haciéndose peinar. Arreglado el peinado, el peluquero se fué y Bahilde mirándose con coqueteria en el espejo dijo.

—¿Estoy bien así Lehio?

—Admirable! arrebatadora!

—Engañador ! ... Mis cabellos no son tan largos y sedosos como los de Baudilia.

—No me la recuerde. Estoy ardiendo.

—¿Porqué? ¿que ocurre, mi bello Tenorio?

—He contraido una deuda en el club, y Baudilia se niega á pagarla, dejándome en una situación que me conducirá al suicidio.

—Vamos; ya se empiezan á realizar mis profecías.

Baudilia se ha vuelto tacaña. ¿Y a cuanto asciende esa deuda?

—Cuarenta y seis mil pesos; una bicoca.

—Es más de lo que me creía. Mis deseos serían pagar esa suma; pero no tengo fondos, hasta de aquí à diez meses.

—Creo que me esperarán ese tiempo, dando una firma de garatía.

—Basto yo para garantir?

—Ya lo creo, mi generosa Bahilde. Angel mio; te debo la vida; estaba resuelto á levantarme la tapa de los sesos, dijo Lehio, estrechando entre sus brazos á Bahilde.

—¡Como! ¿Pudiste dudar de mi? No sabes que nunca he querido á nadie como á ti?

—Estoy convencido. En cambio te pertenezco por completo. Dispon de mi.

Esa noche Bahilde se hizo acompañar por Lehio, á casa de un amigo íntimo.

— Me vienes á buscar de aquí á dos horas, eh?

— Si, mi encanto, contestó Lehio alejándose.

¡Carlos! gritó Bahilde al entrar en aquella casa.

Un hombre alto y enjuto, contestó,

— Entra Bahilde; estoy solo.

Ella se dirigío á una gran habitación, llena de libros: parecía el despacho de un hombre de letras.

—Quiero que ahora mismo me hagas un servicio.

—Ya está.

—Te vas al club.... y le haces saber al gerente, que estoy arruinada, que tu me pasas una mensuali dad para vivir.

— Pero, ¿á que viene eso?

—Haz lo que digo, despues te esplicaré...

Estoy seguro que alguien te ha pedido tu firma como garantía para....

—Acertaste, y no quiero darla, pero anda ahora mismo, antes que sea propuesta mi firma y el gerente la acepte.

—En ese caso, te niegas á firmar con cualquier pretesto.

—No quiero ; no puedo; me comprometí á firmar.

-Bueno, esperame, vuelvo en el momento.

—Que no sospeche nada.

—Pierde cuidado, dijo el caballero tomando su baston y su sombrero, y saliendo del despacho,

Bahilde cojió un libro y se puso á ver las láminas. Cuando concluyó aquel, sacó otro de la biblioteca y continuó hojeando.

Carlos tardaba, y Bahilde estaba impaciente. Se asomó á una ventana, y vió que Lehio ya le estaba esperando.

Se volvió al despacho y al sacar otro libro, sintió pasos y se asomó á la puerta que daba al patio.

—¿ Y ?

—Está arreglado. Ni por cinco pesos admitirán tu garantía.

—Gracias.

Un cuarto de hora despues, salia Bahilde y se reunía con Lehio, que ya tenia las puntas de los bigotes á la altura de los ojos, de tanto retorcérselos esperando.

Ni una pregunta, ni un gesto de disgusto, hizo Lehio. Era un gran hombre para una mujer como Bahilde, ni mandado hacer á proposito, hubiera salido mejor.

Lehio volvió á su casa à las seis de la mañana, y se acostó.

A las doce se levantó y dió órden al portero, que si venia el hombre grueso y calvo, lo hiciese entrar.

Se vistió y fué al comedor, ordenando al mozo, que le sirviera el almuerzo.

Baudhilia habia almorzado á las once.

A las dos en punto, se presentó el gerente del Club.

—Mi amigo, mis negociós están algo desarreglados. No puedo pagarle antes de diez meses; á ese plazo, le firmaré un pagaré.

—¿Con qué garantía?

—Con la de la viuda de Saparetti.

—No tengo el agrado de conocerla.

—Pida referencias. Es dueña de la fortuna más grande del país.

—Será, señor; pero las mujeres no pueden ser garantía para estos casos. Deme otra firma.

—No tengo otra.

—Acepto la de su señora.

—No quiero pedírsela.

—Entónces ya sabe....

—Que voy á saber? Le ofrezco pagar á los diez meses, con garantía y no acepta.

Retirese V. de mi casa.

—Perfectamente. A sus órdenes.

Cuando el gerente salió, una carcajada sonora resonó en las habitaciones de Baudilia. Había escuchado la conversación de su marido con el acreerdor.

Lehio reconoció la voz sarcastica de su mujer, y salió de la casa, como corrido.

Fué á decir á Bahilde que su buena voluntad, se habia estrellado en la grosería del gerente.

Mucha indignación produjo en la viuda de Saparetti, el hecho de haber sido rechazada su firma; pero Lehio la calmó descargando su enojo sobre el acreedor y sobre Baudilia, que desde su relación con el médico, se habia vuelto insufrible y mezquina.

—La vergüenza será para ella, si deja ejecutar á su marido. Yo vendería mis joyas, antes de que tal cosa sucediera, decia Bahilde.

—Tu tienes corazón de paloma, y ella tiene inclinaciones de serpiente.

—De todos modos, ya cumpliste con tu deber Lehio; no debes afligirte; queda salvada tu conducta de caballero.

—Y queda tambien probado cuanto me quieres; esta acción no la olvidaré en mi vida. Pensar que soy el marido de una mujer millionaria, y que no

disponga en este momento de veinte pesos, es bochornoso.

—Sí dispones. Abre esta cartera y toma lo que necesites, dijo Bahilde, dandole la cartera á Lehio.

—No; eso no, jamás! te amo demasiado para aceptar.

—Toma, mi capital es tuyo; no se lo que hay, porque como te dije ayer, hasta de aqui á diez meses, estaré algo escasa de dinero, dijo Bahilde oprimiendo la cartera entre las manos de Lehio. Bien sabía ella, que la cartera no contenía más que doce papeles de á cinco pesos.

Después de muchas resistencias, Lehio sacó de la cartera algunos papeles y los guardó sin mirarlos.

Por el bulto, Lehio se creía en posesión de algunos cientos de pesos, y estaba desesperado por irse á gastarlos.

Acarició á Bahilde, y golpeándose la frente, dijo con tono de congoja.

— Que memoria la mía! A esta hora me está esperando el cochero, para mostrarme una yunta de caballos, que me regalaron. Pasaré por aquí en coche para que los veas.

— Los veré otro día; tengo que salir.

Lehio salió á la calle y en cuanto llegó á la esquina de la cuadra, metió la mano en el bolsillo, sacó los papeles moneda y se quedó helado. Eran treinta pesos.

— Necio de mi; he cogido los de menos valor. Talvez los otros serían de doscientos pesos, decía apretando los dientes.

El mal no tiene cura, por esta vez; para otra ocasión, ó vería lo que sacaba ó se quedaría con la cartera, para no perder tiempo ni sufrir otra equivocación.

Esa noche fué al teatro, en el mejor de los carruajes de su mujer.

Bandilia tenía palco por temporada, asi que los

treinta pesos, le alcanzaban á Lehio para el teatro y para cenar con una corista, que jamás se negaba á tales invitaciones.

Cuando salió Lehio de casa de Bahilde, esta abrió la cartera y contó sonriéndose, el dinero que había quedado.

— Este pobre diablo, es hasta barato. No sé como Baudilia se deshace de él.

En estas reflexiones estaba envebida, cuando entró un jóven á visitarla.

El recién llegado parecía de la casa, porque ni se hizo anunciar, ni esperó que le invitasen á sentarse.

Traía aire de celoso, y sus primeras palabras lo demostraron.

Era uno de esos candidos que creen, que las mujeres fáciles están obligadas á guardar fidelidad.

Había visto salir á un hombre, y sobre si era esto ó aquello, estuvo disputando una hora con Bahilde.

La disputa concluyó por donde concluyen siempre esta clase de disputas, entre galanes cándidos y mujeres astutas y corridas como Bahilde.

Aquel infeliz jóven, salió de la casa lleno de orgullo, creyéndose el único favorecido de la hermosa viuda.

Que credulidad tan candorosa es la de los hombres que empiezan á vivir! La inocencia les valga!

A pesar de sus intimidades con Bahilde, hacía días que Lehio deseaba visitar á Olimpia.

Le había quedado impresa en la memoria la belleza de Cefisa.

Fué al restaurant y recién allí supo que lo habían vendido,

El comprador le dió la dirección de la nueva casa de Olimpia, y allá fué nuestro hombre de visita.

Olimpia le recibió amablemente, preguntándole por Baudilia y el chiquilin.

—Están bien, señora; muchos recuerdos traigo de la señora para Vds.

Lehio hacía varios dias que no veía á su mujer ni á su hijo.

Cefisa estaba violenta; la presencia de Lehio le parecía la sombra del cochero, saliendo de inproviso del fondo del pozo de la quinta, y las insistentes miradas que le dirijía, daban más apariencias de realidad á la visión.

Al contrario de lo que sucedió la primera vez que las vió, Lehio hablaba con abundancia, dando preferencia en su conversación á la enumeración de los bienes matrimoniales; los coches, las parejas de caballos, los teatros en que tenían palco de abono *etc. etc. etc.*

Parecía un curial leyendo un inventario.

A cada momento recalcaba el posesivo *nuestros*, cuando se refería á los bienes en general y no se olvidaba de nada.

El pobre advenedizo descubría toda la frivolidad de su criterio y la oscuridad de su origen, sin dejar de mirar á Cefisa.

Olimpia empezaba á fastidiarse, y Cefisa buscaba un pretesto para salir de la sala, cuando entró Alexandri. Esta circunstancia proporcionó á Cefisa la oportunidad de pedir permiso para retirarse un momento.

Después de saludar Lehio ó Alexandri, recomenzó la conversación sobre las casas que tenía dadas en arriendo, designando calle y número, el costo de los carruajes, la belleza de los caballos, y las diversiones á que concurría.

Alexandri escuchaba tranquilamente.

Cuando Lehio agotó el único recurso de sus conversaciones, y à fin de no dejar de caer la animación, dijo dirijiéndose á Alexandri:

—Supongo que es Vd. de la familia?

—Supone Vd. muy bien.

—Pienso que es Vd. el marido de esta señora.

—Piensa Vd. perfectamente.

La sequedad conque contestaba Alexandri ágotó la charla de Lehio.

—Señor Lehio, Vd. tiene un hermano en América? preguntó Alexandri en el momento que Cefisa entraba con tres tazas de té en una bandeja.

—Si señor; pero por más que lo busqué desde el día de mi llegada á Buenos Aires, no he podido obtener noticias de él.

—Era parecido á Vd?

—Muchísimo; á no ser por la diferencia de edad, se nos podría confundir, y para mayor confusión, tenemos el mismo nombre de pila.

—En que se ocupa su hermano?

—No lo sé.

—Es singular! dijo Alexandri, como si reflexionara.

—Ha conocido Vd. alguno que se me parezca mucho?

—Tanto se le parece, que la primera vez que tuve el gusto de ver á Vd., me creí en presencia de la persona á quien me refiero.

—Es posible! Debe ser mi hermano. ¿Donde le conoció?

—Aquí en Buenos Aires; pero el que yo digo, era cochero de una casa particular.

—Ah! entonces no es él. Mi hermano era tenedor de libros, dijo Lehio, poniéndose colorado.

—Antes me dijo Vd. que no sabía en que se ocupaba...

—Es decir; lo sabían mis padres por las cartas que recibían.

—Entonces es muy fácil hallarle; basta dirijirse á la casa donde llevaba los libros...

—En efecto; pero no me acuerdo de ella

—Pida Vd. á sus padres que le manden la dirección y el nombre del patron de su hermano.

—Es cierto; no se me había ocurrido.

—Pues el que yo conocí, tenía el mismo nombre y apellido de Vd.

—Sí, pero dice Vd. que era cochero... Mi hermano había estudiado comercio, y nuestra familia es noble.

—En estos países, señor Lehio, no es deshonor el trabajo en cualquier oficio, desde que no hay pergaminos de nobleza.

—No lo digo por eso; pero ya ve V... Un joven instruido, criado con el regalo consiguiente á su origen...

—Sin embargo, las circunstancias del nombre y el parecido, me hacen suponer, que pudiera ser su hermano, el joven cochero.

Lehio sudaba como si estuviese entregado á un trabajo violento. Se agitaba en la silla, y en secreto, se arrepentía de haber pensado en aquella visita.

Alexandri se complacía en hacer sufrir al vanidoso infeliz.

—Me voy á ocupar de conocer el paradero de la persona aludida, por tener el gusto de complacer á Vd. señor Lehio, dijo Alexandri.

—Muchas gracias, balbuceó Lehio, con más ganas de llorar que de sonreirse.

Cefisa no había perdido una palabra de toda la conversación, y cuando Alexandri prometió buscar el paradero del hermano de Lehio, una intensa palidez cubrió su rostro.

El visitante ya no la miraba; la conversación le había hecho olvidar sus aficiones de artista; ya no le interesaba lo bello, lo único que le preocupaba era la idea de salir de aquella casa, lo más pronto posible y evitar la vista de Alexandri; que le parecía un hombre antipático y mal educado.

Para evitar la reanudación de las preguntas de Alexandri, Lehio aprovechó el primer momento de silencio y se despidió, saliendo de la casa como un gato que acaba de ser escaldado.

Bien sabía él que su hermano había sido cochero,

porque así lo decía en sus cartas; pero prefería no volverle á ver, antes que reconocer el parentesco de un cochero. Estaba mareado con su posición de marido de una mujer rica, miembro de varios clubs, y de preferido de la viuda de Saparetti. ¿Que diría Bahilde, si supiera que el tenía un hermano cochero?...

El, un elegante, un conquistador, el rico Lehio, hermano de un.....

Antes quisiera que me tragase la tierra.... murmuraba.

—Que imbecil tan despreciable! dijo Alexandri, después de la salida de Lehio.

—Deveras te vas á ocupar de saber el paradero de su hermano? preguntó Cefisa con visible agitación.

—Valdría la pena de hacerlo, para racionalizar á este bruto; pero, no pienso tomarme tal trabajo, por consideraciones de otro orden, contestó Alexandri.

—Sería una simpleza ocuparse de tal cosa, dijo Olimpia mirando á su hija con disimulo.

—Ya lo sé, se lo dije por apagarle los fuegos de la vanidad. Estaba tan hinchado hablando de sus coches, sus casas, sus palcos y sus caballos, que me fastidiaba El miserable no piensa, que nada de todo lo que enumera le pertenece. No piensa, que no sabe hacer nada; que se moriria de hambre, si su mujer le cerrase las puertas de su casa ! Mamarracho!

—Me parece que te estás indignando en serio, dijo Olimpia riéndose.

—Esta gente, me revuelve el estómago. Nunca he podido transigir con estos pio ..... resucitados.

Alexandri cargaba la mano sobre Lehio, porque renacía en su cabeza el recuerdo del poseedor de Cefisa.

Hablaba en ese momento el amor propio herido; la humillación de haber sido pospuesto á un sirviente.

Cefisa estaba mas tranquila; tenía la seguridad de

que Alexandri no se ocuparía de indagar que fin había tenido el cochero.

Comprendía que era difícil exclarecer el crímen de la quinta; solo Gaspar y ella lo conocían; pero esta clase de averiguaciones, siempre hallan un hilo olvidado que puede conducir al conocimiento del delito, y tenía miedo. Podria descubrir su obra ella misma, con una palabra descuidada, un gesto, una emoción, un detalle imprevisto, y si había podido sobre llevar las verguenzas de sus locuras galantes, no se sentía con fuerzas para confesarse asesina.

Afrontaría la muerte, negando siempre un asesinato, cuyos detalles de ferocidad le helaban la sangre.

Aquella noche, estaba loca, doblemente ébria por el furor de la venganza, y la escitación del coñac.

Estos recuerdos la hacían sufrir horriblemente, y la invisible mano de la Providencia, iba á poner ante los ojos de la criminal dos hombres, que mantendrían vivo el fantasma del crímen; Gaspar el cómplice aborrecible, y Lehio, que era la exacta figura del muerto.

Y ella, tendría que hablarles; se vería obligada á soportar sus miradas sin poder huir, ni siquiera implorar perdón.

Había recobrado la salud; entraba en el camino de la enmienda; tenía el afecto de su madre, de Alexandri y del médico, y sin embargo; era más desgraciada, que cuando iba muriendo de podredumbre en una casilla de madera, al lado de un mulato.

Alexandri mismo, á quien ahora quería como á un padre, la mortificaba con su presencia, porque á él estaban unidos tristes acontecimientos; verguenzas inconfesables.

¡Pobre Cefisa! atormentada por la memoria, no lograba un momento de reposo, y sin embargo, tenia que aparentar felicidad, por gratitud, por amor, á los que tanto la querian. Así es la vida, risueña

tranquila y dulce, por fuera; tétrica, borrascosa y amarga, por dentro, cuando se llevan en la memoria negras historias, pavorosos mareos de una conciencia manchada

---

La complaciente frivolidad de Lehio, que tanto halagaba á Baudilia en los tiempos de su estravío, le iba llenando el corazón de repugnancias,

Sentía tener que verle, por eso anticipaba las horas del almuerzo y de la comida, prefiriéndo estar sola con su nene, á verse obligada á escuchar las simplezas de Lehio, que rematában siempre con una petición de dinero,

Ella se encontraba bien así; los sentimientos de la maternidad la llenaban por completo, y muchas veces, para esperimentarlos mejor, desnudaba sus blancos pechos deleitandose en entregarlos á la boca del niño, que los chupaba afanoso, á pesar de haber sido despechado. Entónces Baudilia, se sentía más madre, y hallaba en la soledad y en el silencio un bienestar incomparable.

Sabía que se entretenía con Bahilde, y la compadecía. Ni como hombre, ni como instrumento, le servía para nada, porque para lo primero, le faltaban los atractivos de la inteligencia y de la educación, y para lo segundo, era tan abyecto, que daba asco. Antes había sido agradable, ver á Bahilde sufriendo la sociedad de un hombre como Lehio; ahora le tenía lástima, porque eran otras sus ideas; se había ennoblecido al calor de las palabras de Mycenas.

De buena gana le diría á Lehio, que no volviese á su casa; pero era su legítimo marido, y Mycenas desaprobaría su proceder.

Le quedaba un recurso y ya lo había puesto en práctica; hacer caso omiso de Lehio, y hacerle esperimentar sus sarcasmos cada vez que se le presentase una ocasión.

Pero Lehio, á pesar de su escasa inteligencia, comprendía estos secretos pensamientos de su mujer y huía de ella, sin olvidar por eso el uso de los coches, del palco, de hacerse trajes y de aumentar las ganancias del peluquero, gastos que pagaba Baudilia sin hacer observación. A lo que no se atrevía ya Lehio era á pedir dinero; se remediaba como podía, con las calculadas generosidades de Bahilde.

La viuda continuaba su vida de aventuras. Despilfarraba menos moneda, desde el arreglo con Baudilia, porque recordaba al usurero comprador de joyas, y con él la posibilidad de empobrecerse.

Para Lehio, siempre estaba abierta su cartera; pero preparada de antemano con pocos pesos, á fin de que el *empleado* le costase poco.

De la niña, ni se acordaba. Cuando Lehio le preguntaba por ella, Bahilde decía:

—No necesita mis cuidados, ni mi fortuna. Halló un médico monomano, que se constituyó en padre, y allá se las hayan la niña, el viejo y la nodriza. Me he librado de un estorbo, por doscientos mil pesos, que no eran míos.

Las ideas de la viuda, no sufrían modificación; se había trazado una senda, y la recorria impávida y con seguro paso.

El cinismo había helado su alma y era un coloso, en la exposición de sus estravagantes teorías. Vería aproximarse la muerte sin temblar, ni abjurar sus creencias; su último boqueo de agonizante, sería una carcajada.

Un telegrama di Bojesman, dirigido al mismo tiempo á Olimpia y á Baudilia, les anunciaba su llegada á Montevideo.

Les pedía disculpa por no reunirlos á todos en el acto, á consecuencia de que Gaspar estaba tan mal de salud, que á duras penas había podido soportar el viaje. Que se ocupaba de instalar al enfermo convenientemente y de adquirir una casa apropiada para

establecer la familia. Hechas estas dos cosas, emprendería su viaje á Buenos Aires.

—Ya está cerca el demonio, dijo Alexandri á Olimpia. Parece que el destino se entretiene en jugar con él y con migo, acercándonos y alejándonos. Me parece que esta vez, no se escapa de mis uñas, dijo Alexandri contrayendo el ceño.

—No seas rabioso Alexandri. Hemos podido salvar de todos los contratiempos, hasta llegar cerca de la vejez, y no está bien que nos veamos ahora espuestos á mezclar los dolores con los últimos años de la vida, observó Olimpia.

—Gaspar nunca será hombre bueno.

—Si te has de ver obligado à ... Valdría mas quedarnos aquí.

—Le di mi palabra al doctor, y no retrocedo. Sea lo que Dios quiera.

El odio puede cegar á los hombres hasta ver á sus semejantes peor de lo que son; pero la historia de Gaspar está ahí para disculpar mis opiniones. No envano es cojo.

Cefisa escuchó esta conversación, sin demostrar deseos de tomar parte en ella.

Ella tambien aborrecía á Gaspar; le traía á la memoria todas las faltas en que había incurrido, desde las selvas vírgenes del Chaco, á la capital de la República. Él era la causa del único crimen que la turbaba; él lo había facilitado y aplaudido, y despues la dejó en la miseria, para que se degradase hasta lo infinito. Gaspar había sido su demonio tentador y su verdugo; pero no se atrevería á ser su enemiga por conservar el secreto del asesinato de Pepe. Estaba obligada á todo con un hombre, que con una sola palabra podía perderla.

De todas las personas que iban á reunirse bajo el mismo techo, ella era la mas desdichada. Todos podían gozar un día, una hora, un minuto de reposo, para ella ese reposo no podía existir. Siempre estaría frente

á frente del complice ó de la sombra del sacrificado.

Tal era el estado de su espíritu, y tanto el pavor inspirado por estas reflexiones, que por primera vez pensó en el suicidio.

Este pensamiento fué acentuandose, hasta tomar forma clara en su cerebro. Sin embargo, amaba la vida; pensaba en su madre, en Alexandri, que se había sacrificado para devolverle la salud, y que la mimaba como á una hija, pensaba en el médico angel desconocido, que abriendo las alas de improviso entre las densas tinieblas de su agonía, había iluminado su razon y robustecido su cuerpo, limpiándolo de la lepra de los vicios.

Creía estar oyendo la bondadosa palabra del filosofo facultativo, llena de seductora verdad y de perfumes de virtud.

¿Que iba á hacer? ¡Insensata! Así pagaría las ternuras de aquellos tres seres que la amaban, para esconder su cobardia en el sepulcro?

¿No habia tenido valor para vivir como ramera y matar como asesina? ¿Porque no lo tenía ahora para vivir ante los fantasmas del miedo.

Tan absorta estaba en estas meditaciones, que no advirtió que se había quedada sola. Se levantó del asiento y fué á reclinar la frente sobre el frio vidrio de la ventana, para calmar el fuego que sentía.

—¡Ah! ¡Cuanto cuestan los mareos de la juventud! murmuró, y dos lágrimas le escaldaron las megillas.

La muerte es la depuración completa de nuestras miserias.

Yo debo morir, se decía, dirigiendo miradas de estravio al rededor de si.

Si en ese momento hubiera tenido al alcance de su mano un instrumento de muerte, se habría suicidado, sin tener conciencia del hecho.

Estaba en un estado tal de exitación é inconsciencia, que lo inverosimil, lo absurdo, eran para ella lo real, lo lógico.

Su razon estaba perdida entre las confusiones del dolor, y la red nerviosa de su cuerpo se contraia desconcertadamente, produciendo movimientos autómaticos en sus brazos, que lo mismo podian herir que acariciar.

Estaba bajo el imperio de la fuerza mecánica, sin la guia de la razón; perdida en el caos del automatismo.

Se sentó de nuevo; sus músculos perdieron poco á poco la tensión, las tinieblas del cerebro se fueron rasgando, y una luz débil brilló entre la confusión de sus pensamientos, como una luciernaga entre apiñados sepulcros: era la razón.

Abatido el cuerpo y calmado el espíritu, se quedó dormida en el sillón que le servía de asiento.

En esa postura, con los labios entreabiertos y los brazos caidos sobre sus costados la encontró Olimpia bien agena de la furiosa tormenta que acababa de pasar por la cabeza de su hija.

Y sin embargo, aquella desgraciada estaba hermosa; parecía uno de esos rosales doblados al peso del huracán alzándose poco á poco, tímidos, desconfiados, con la vistosa carga de sus rosas más fragantes, por hallarse volatizados sus aceites con las sacudidas del viento.

La frente de Cefisa estaba desarrugada, y en sus mejillas reaparecían las rosas de la vida.

Olimpia se acercó en puntas de pies, la besó en la frente, y se alejó observando si se despertaba; pero el sueño era tan profundo, como rudo había sido el combate y Olimpia murmuró:

—¡Pobrecita! ¡Vuelve á ser feliz al fin de una larga y penosa jornada!

La tranquilidad y la salud la adormecen con dulces soplos.

No hay desgracia que dure siempre, ni dolor que no disminuya.

Asi interpretaba Olimpia el sueño de su hija. Ni

el talento de las madres, basta para sondar las heridas de la existencia.

El cráneo es un mundo desconocido, impenetrable.

Trascurrieron veinte días desde que llegó el telegrama del médico á poder de sus hermanas, cuando apareció en Buenos Aires é hizo su primer visita a Olimpia, cuyo nuevo domicilio conocía por una carta de Alexandri.

—Les traigo muchos recuerdos de Gaspar.

—¿Ya tiene juicio? preguntó Olimpia.

—Si le vieran enternecerse, cuando hablamos de la reunión de la familia.... ¡Pobrecito! Su estado no le deja mover por ahora, á no ser esa circunstancia hubiera venido.

—Está muy enfermo? volvió á preguntar Olimpia.

—Mucho, pero no tanto que no pueda dar esperanzas. Con mis asiduos cuidados, ha de restablecerse. Es muy fuerte, y eso me alienta; una naturaleza débil, ya habría sucumbido.

—¿Leyó el manuscrito de nuestro padre?

—Sí; espera; ya me iba olvidando de contarles eso. Mi primer ocupación, al llegar á Rio, fue la de buscar al pobre enfermo; le había dejado en tal situación, que tuve miedo que hubiese muerto.

Afortunadamente, el director del hospital, es un colega muy amigo mio á quien yo mismo le había recomendado á Gaspar, como un caso digno de estudio.

Me dirijí á casa de mi amigo y supe, que mi recomendado vivía y mejoraba aunque muy despacio.

—Le hemos seguido tratando por el sistema Bojesman, dijo mi colega con esquisita galantería.

—Puedes imaginarte, cual habrá sido mi alegría al recibir esta noticia.

Me trasladé al hospital y me sorprendió la mejoría del enfermo.

—¡Ah! doctor, me dijo al verme, echándome los brazos al cuello y con los ojos llenos de lágrimas, es Vd. mi Providencia. Sin sus recomendaciones hubiera muerto diez veces.

De mi sala vi sacar más de veinte cadáveres, después que Vd. se fué.

El único de todos los enfermos que fué tratado por el sistema de Vd. soy yo. Y por eso me he salvado.

Yo le escuchaba enternecido; el infeliz no sospechaba que humedecía con sus lágrimas el pecho de su hermano.

Le dejé ir serenándose hasta ver si estaba en condiciones de escuchar sin peligro la lectura de las memorias de nuestro padre.

Cuando estuve seguro de que ningún mal le produciría esta lectura le dije:

—Gaspar, tengo que comunicarle asuntos íntimos que se relacionan con Vd.

—Supongo de que asuntos se trata. ¡Desgraciado de mí! La infeliz Cefisa habrá muerto de miseria y de desesperación por culpa mía.

—Cefisa está llena de vida y de comodidades, merced al cariño de su madre y al del señor Alexandri.

—¡Alabado sea Dios! Entónces estoy tranquilo.

—¿Quiere Vd. escuchar la lectura de estos papeles?

—Con mucho gusto, doctor, dijo el enfermo sentándose y recostándose en las almohadas,

Empecé la lectura y al ver la emoción que en Gaspar producía; interrumpí mi tarea y le dije

—Si está Vd. fatigado continuaré otro día.

Tomó una de mis manos entre las suyas y oprimiéndomela cariñosamente contestó:

—Siga, doctor, se lo suplico. No sabe Vd. cuanta es mi alegría en este momento.

Yo continué:

Gaspar es muy inteligente, y si le falta la instrucción que dan los libros, en cambio tiene un gran acopio de esperiencia, y muy desarrollado el talento de

observación, por eso antes de que yo llegara al final de las memorias exhaló un quejido lastimero y exclamó:

—¡Pobre Cefisa! ¡Pobre Olimpia! Soy un monstruo. Era tan profunda su emoción y tan verdadero su dolor, que temblè por las consecuencias.

Le calmé con reflexiones cariñosas, y poco á poco se repuso de la dolorosa sorpresa, y pronto el médico y el enfermo quedaron convertidos en hermanos.

Las confidencias de Gaspar se abrieron paso, y todo lo supe; persecuciones, violencias, fugas, robos y traiciones, todo salía de los labios de Gaspar á borbollones, pero sobre esa historia desgraciada, debemos pasar la esponja del olvido y de la enmienda.

Después de estas palabras del médico, Cefisa empezó á temblar como un junco en la corriente de un rio.

—¿Porqué te apesadumbras Cefisa? preguntó Mysenas. Tu solo tienes que acusarte de haber dejado sobreponer los caprichos del cuerpo á la fuerza de la razón. No has robado, no has muerto á nadie; tus herrores á tí sola han causado perjuicio.

Cefisa empezó á llorar. Las palabras del médico le demostraban, que las confidencias de Gaspar no habían llegado al crímen de la quinta; lo demás no le importaba.

Mycenas continuó: Comuniqué á Gaspar la resolución de vivir todos juntos en Montevideo, y aunque esta noticia le complació, me objetó con amargura, que él no servía para nada; que el juego y las estravagancias le habían reducido á la miseria; que no podía aceptar beneficios que no merecía.

—¿Como podría yo presentarme, me dijo, ante una hermana á quien perseguí con implacable maldad y una sobrina á quien corrompí y robé? No, doctor; sean Vdes. felices puesto que merecen serlo; desde el lecho del dolor, yo haré votos por la ventura de mis hermanos.

Le aseguré que sus víctimas le habian perdonado;

que todos le queríamos y que su presencia en el hogar, completaba mis proyectos de felicidad.

Resistiendo él è insistiendo yo, concluímos por entendernos, y lo traje á Montevideo donde le dejè instalado.

Quedó perfectamente atendido en la casa que compré para todos, y espera con ansiosa afectuosidad nuestra presencia.

Ya conocen todo lo que con Gaspar se relaciona, y ahora, para aprovechar el tiempo y apurar el viaje, deseo hablar á solas con Alexandri.

La madre y la hija dejaron solos á los dos hombres.

La conferencia apenas duró un cuarto de hora.

Después, Bojesman se despidió abrazando á Alexandri y diciéndole:

—Estaba seguro de su resolución; su carácter caballeresco y sus elevados sentimientos me respondían de ella. Yo me encargo de arreglarlo todo; hable Vd. á Olimpia.

Ahora me voy á casa de Baudilia; mañana almorzaré aqui.

Cuando el médico se fué dijo Olimpia.

—¿Si habrá hecho Dios un milagro con Gaspar?

Alexandri movió la cabeza en señal de desconfianza y contestó:

—Sería un fenómeno.

—Tú no tienes mucha fé en el arrepentimiento.

—Ni mucha ni poca. El que nace *barrigón*...

—Puede ser que la pobreza y la enfermedad...

—Allá veremos, dijo Alexandri, cortando aquella conversación molesta.

La imprevista visita de Bojesman produjo tal contento en Baudilia, que llegó hasta dar aviso á Lehio para que no saliese sin hablar con ella.

Ese día estaba dispuesta á ser bondadosa con su marido.

La alegría es la mejor clase de tierra para producir bondades.

El pequeño Pepe también estaba loquito de júbilo. En cuanto vió al médico le tendió los brazos.

Baudilia esplicó como había arreglado la percepción de sus rentas, y despuès, sonriendo con desdeñosa despreocupación, enteró á Mycenas de las relaciones que su marido sostenía con Bahilde.

—En vista de esto, dijo Baudilia, creo que Lehio se decidirá á quedarse en Buenos Aires, decisión que me será muy agradable.

—Es necesario que eso no suceda, Baudilia. Por muy poco que estimes á ese hombre, ten presente que vas á vivir en una sociedad nueva para tí, y á la cual sorprendería el verte separada de tu marido. No demos asidero á la crítica.

—Diré que soy viuda,

—La mentira es un instrumento que hiere la mano que lo maneja. Yo hablaré con Lehio. Después de comer, le suplicaré que me acompañe á tomar café en el hotel donde me hospedo.

—¿Porque no te alojas en nuestra casa?

—Porque daría motivos para nuevas murmuraciones; nadie sabe que somos hermanos.

Durante la comida, Baudilia trató á su marido con sencillez, olvidando los epígramas y las pullas.

Lehio estaba maravillado de las bondades de Baudilia.

Cuando concluyeron de comer, al ir Lehio á tomar su baston y su sombrero, pasó al lado de Baudilia y le dijo disimuladamente:

—Ya ves, voy con el doctor y no tengo un peso.

—Toma dijo Baudilia en el mismo tono. dándole un billete de quinientos pesos.

Bojesman no advirtió la conversación de los dos esposos.

Salieron en dirección al hotel. Lehio apretaba el paso; ansiaba llegar y volver pronto para dar giro á

sus quinientos pesos; le hacían cosquillas en el bolsillo.

Hacía meses que no disponía de tanto dinero junto, y proyectaba pasar una noche deliciosa en compáñía de cuatro muchachas *cenadoras*.

Llegaron al hotel; Bojesman pidió café para los dos y habló á su cuñado de esta manera;

—Señor Lehio; conozco la clase de relaciones que tiene Vd. con Bahilde; no abordo este asunto para hacerle un reproche; es Vd. jóven y ella tentadora y no hay más que decir.

Sin embargo, deseo que oiga mis reflexiones.

En manos de esa mujer los hombres son juguetes de vidrio, y pueden hacerse pedazos cuando menos lo piensen.

Ella no siente las sinceridades del cariño; la entusiasma la glotonería de la carne, y las satisfacciones de su desordenado apetito, no pueden vincular la voluntad por muchos años.

Se ha casado Vd. con una mujer joven y rica; ya es padre, y no le convienen las relaciones de las mujeres como Bahilde.

Además, de aquí á muy pocos dias nosotros estaremos establecidos en Montevideo, y la viuda quedará aquí navegando en el turbio mar de las aventuras.

—Doctor, puedo asegurarle, que nunca tomé á lo serio las caricias de Bahilde, dijo Lehio tratando de abreviar el discurso del médico para ir á gastar aquellos quinientos pesos, que acariciaba en el bolsillo con la punta de los dedos.

—Lo suponía; con todo, he querido cerciorarme por Vd. mismo. Deseo tambien esplicarle mi conducta, para evitar oscuridades y malas interpretaciónes.

—¡ Oh ! doctor, no diga mas nada á ese respecto; es Vd. un santo. La primera vez que se presentó en casa yo creía... Ya Vd. comprende... Soy muy ce-

loso del honor y Baudilia es así... Una muchacha grande á quien dirijo por buen camino.

— Ese día cumplió Vd. con su deber. No son de esa clase las oscuridades á que me refiero; quería hablarle de intereses pecuniarios.

— Le repito doctor, que es Vd. santo, y para que no se insista en esa clase de explicaciones .... Lehio tomó su sombrero.

— Todavía no; un momento. Yo soy muy rico señor Lehio; el oro me sobra, porque tengo la mina del trabajo á mi disposición; lo que me falta es hogar, el cariño y la presencia diaria de una familia que recién encuentro.

No puede Vd. imaginarse lo que es nacer, estudiar y llegar á ser hombre, sin haber visto la sonrisa del amor materno, sin haber pronunciado el nombre de padre.

Todos los niños han dormido alguna vez en el regazo de su madre; todos han escrito en los bancos de la escuela el legitimo nombre de su padre.

Todos los que estudian léjos de su familia, se estremecen de alegría al escuchar la voz del cartero y se complacen en enseñar á sus camaradas las cartas de los padres.

Todos vuelven al fin, agitando el diploma que conquistaron por el estudio, á caer entre los brazos de sus mayores.

Solamente yo, señor Lehio, no he sentido esas incomparables satisfacciones, y por eso me vé Vd. salir de mi patria, abandonando una numerosa clientela para establecerme en un país...... no diré extranjero, porque el hombre no es extrajero en ningún punto de la tierra, pero si desconocido,

— Pero doctor......

— Quiero resarcirme de no haber tenido hogar paterno, planteando el hogar fraternal; quiero sentarme á la mesa rodeado de seres que me amen con esa sinceridad que está en la sangre, en las astillas

de un mismo tronco; quiero ser el dulce y generoso director de mis hermanos, ya que no fuí dirijido por mis padres.

— Mi querido doctor, exclamó Lehio con acento suplicante, al mirar la esfera de su reloj, le aseguro que......

— Mis hermanas son ricas, y los que no me conocen pueden motejarme de especulador. Especulo si, pero en sentido grato á mis inclinaciones y, á la virtud; en el sentido de unirnos por el afecto y llenar con honradez los altos fines para que el hombre viene á la vida.

Hé ahí mi programa; en el cual está tambièn escrito el nombre de Vd.

— Muchas gracias, señor doctor, dijo Lehio levantandose y consultando por cuarta vez la esfera de su reloj.

Bojesman le miró de pies á cabeza y dijo con tono breve.

— Si; estas cosas no las entienden todos los hom bres.

Hágame el servicio de decirle á Baudilia, que estoy complacido de haber tomado café en compañía de Vd.

— Con mucho gusto doctor, dijo Lehio bajando la escalera muy de prisa, temeroso de que el médico hubiese olvidado algo y le llamase.

— ¡Pobre Bandilia! Que hombre le ha tocado en suerte.... Casarse; esta es la preocupación de las mujeres; las desdichadas se desploman ante el primer alcornoque, que hallan y al realizar un acto de tanta trascendencia, la constitución robusta ó débil, el cretinismo ó la inteligencia, las buenas ó malas costumbres, la instrucción ó la ignorancia, no las detienen. ¿Es hombre?

Si, pues basta; lo demás ya se arreglará como se pueda.

El temor de una sucesión raquítica ó de adquirir

terribles ó vergonzosas enfermedades no las aterra; quieren casarse y se casan.

Tal vez tienen razón. Nuestras costumbres les cierran las universidades, nuestras leyes las declaran incapaces y nosotros les enseñamos la vanidad, el lujo y la holgazanería. ¿Que les queda que hacer?

Vender la carne y esclavizar la voluntad. Las mujeres son los últimos ilotas de la civilización.

Bojesman se sentía asaltado por estos pensamientos, á consecuencia de la actitud que Lehio había asumido. Conoció al fin, que aquel hombre ni le entendía ni se esforzaba por entenderle; que su único deseo era salir de allí.

—¡Pobre muchacha! Fué enjendrada por la borrasca, pasó los primeros años de la juventud bajo un temporal deshecho y aún se mareó el último día de viaje, casándose con un hombre inferior, murmuró el médico mientras se desnudaba.

Lehio salió del hotel y se dirigió al teatro. Marchó con precipitado paso hácia la puerta del pasadizo que conduce á los camarines, le habló al oido al portero y esperó.

Un momento despues aparecía en la puerta el rostro picaresco de una corista.

—Vamos Pepillo, ¿tienes cuartos hoy?

—Mira, contestó Lehio mostrando los billetes de los quinientos pesos cambiados.

—Bueno, pues te vienes á las doce á buscarnos Ah! oye Pepillo; haz preparar una cena mejor que la de la otra noche, perque la Petra salió enferma del hotel. Bueno, y con Dios, porque ya me toca á mí,

—Hasta luego, dijo Lehio dirigiéndose á la puerta del teatro.

—Mira Pepillo; que tengamos buen jerez eh? dijo la joven asomàndose de nuevo á la puerta.

—Entendido, significó Lehio con un movimiento de cabeza.

La jóven comunicó á tres amigas que estaban convidadas á cenar con Lehio, y el fué al hotel para mandar preparar la cena en habitación reservada.

A las dos de la mañana se oía gritar á Lehio dentro de la habitación donde habian cenado.

—¡Olé! ¡olé! Y el acompasado ruido de los pies de las jóvenes convidadas, anunciaba una jota punteada *por todo lo alto*, mientras cantaban á media voz. «No paseis por la sierra de la Alpujarra.»

—Olé! Petra. Más alto, decía Pepe marcando el compás con las manos.

—Tengo la garganta como yesca Pepillo; que venga el franchute don chanpan para hacer gárgaras, hijo.

—¡Mozo!

—Ya vá caballero.

—Champagne, dijo Lehio.

Un instante despues un ruido hueco, que reconocen desde lejos los calaveras ricos, se hoyó en la habitación, seguido del choque de las copas y de estas palabras.

—Por la mardita de tu mare Pepillo, que tan guapo te parió.

—¡Puf ¡ Vamos, esto no es franchute ni cosa que lo varga. Que traigan manzanilla Pepillo, dijeron à un tiempo las cuatro andaluzas, despues de haber bebido hasta la última gota del champagne.

—¡Manzanilla¡ gritó Lehio.

—Manzanilla, manzanilla, manzanilla repetían ellas llevando el compás con los pies.

Ande Vd. listo hombre, que le vamos á destripar los papelotes á este señorito, y agregue Vd. en la cuenta sin que se vea, la comida de esta tarde para nosotras.

El mozo hizo un signo de inteligencia y salió.

A las cuatro de la mañana salían las muchachas del hotel riéndose de Lehio, á quien dejaron con la cabeza recostada sobre el mantel y roncando.

La cuenta importó cuatrocientos cincuenta pesos.

A las siete se dirigía Lehio á su casa con la cara como un muerto, la levita sucia y el sombrero arrugado.

Las cuatro andaluzas comieron esa tarde á la salud de Pepillo, como ellas le llamaban. La comida fué expléndida y bien remojada; el dueño del hotel habia cobrado fuerte.

Bojesman almorzó en casa de Olimpia, el dia siguiente á la noche en que tomó café acompañado de Lehio.

Cuando todos iban á sentarse á la mesa apareció Baudilia con la niñera y el nene.

—Caramba, me convido á mi misma, dijo besando á Olimpia y á Cefisa.

—Siempre estas convidada en casa de tu hermana.

—Convenido; pero mañana se van Vds. á comer conmigo.

Todos ¿eh? No ha de faltar el señor Alexandri, dijo Baudilia con graciosa galantería.

—Me será difícil complacer á Vd. mañana. Tengo urgentes asuntos que arreglar, dijo Alexandri.

—Sí. Disculpalo por esta vez, agregó el médico. Conozco la premura que reclaman sus trabajos.

—Convenido. El abogado, no podía ser mejor; pero reclamo su presencia en mi casa, una vez siquiera, ó me declaro ofendida.

—En cuanto me desocupe de los asuntos á que me referí hace un momento, iré con mucho gusto á presentarle mis respetos.

—Queda convenido. Recuérdaselo tu Olimpia, porque los hombres tienen poca memoria.

Alexandri y Bojesman miraron á Baudilia atentamente; los dos creyeron descubrir una segunda intención en sus palabras

El almuerzo fué animadísimo. Baudilia se ritiró acompañada del médico.

Los ensayos de reunión de familia empiezan bien, pensaba Bojesman al volver á su hotel.

Pocos días después de este almuerzo, un elegante carruaje se detuvo ante la casa de Olimpia. La portezuela se abrió para dar paso á Bojesman vestido de etiqueta.

Un cuarto de hora más tarde, subían al mismo coche Alexandri, Olimpia y Cefisa.

—Vas ahora mismo á casa de Baudilia y le das esta tarjeta, dijo Bojesman á un sirviente.

El carruaje partió yendo á detenerse frente á la iglesia de la Merced.

Alexandri y Olimpia quedaron unidos ante Dios, como lo estaban ya ante su conciencia.

Fueron padrinos el doctor Mycenas Bojesman y Cefisa Corinto.

Concluida la ceremonia se dirigieron á casa de Baudilia, donde tuvo lugar la comida de boda.

Ya no les quedaba más que hacer en Buenos Aires y resolvieron definitivamente la partida para Montevideo.

Al día siguiente empezaron los preparativos de viaje y á los ocho días se embarcaron todos.

Lehio iba contento, porque con el viaje chancelaba todas sus deudas, y proyectaba darse aires de marqués entre los uruguayos.

Baudilia también rebosaba de alegria. Alexandri y los suyos no hacían gala de jovialidad, pero tampoco demostraban tristeza.

El pequeño Pepe se reía locamente al sentirse zarandear en los brazos de Mycenas, que estaba radiante de felicidad.

La casa que había comprado era de dos pisos y estaba dividida en cuatro departamentos á derecha é izquierda. La parte baja de la derecha fué destinada para el médico, y la de la izquierda para Gaspar. El departamento alto de la derecha lo ocupó Baudilia y el de la izquierda, la familia de Alexandri.

Gaspar estaba perfectamente instalado y atendido; pero las molestias de su enfermedad se habían aumentado por el viaje y no le permetían abandonar el lecho.

Estaba muy envejecido; tenía toda la barba blanca, el rostro pálido y demacrado, los ojos con aparencia de fatiga y la voz muy ronca.

Cuando la familia le rodeó parecía enternecido; miró con afectuosa curiosidad á Baudilia y á Lehio y estrechó con efusión las manos de Olimpia y de Cefisa; por último se fijó en Alexandri, le tendió la mano y sus ojos adquirieron una espresión inesplicable.

Alexandri comprendió los recuerdos que su presencia hacía bullir en el cerebro de Gaspar; era la historia del pasado. Tenía ante los ojos al mismo hombre, que le había detenido en todas sus empresas, al que le dejó cojo; al que le arrancó de los brazos de Cefisa, haciéndole huir de Buenos Aires; le veía sano, fuerte, rico, casado y feliz, mientras él estaba enfermo y miserable.

Todo estos pensamientos ocultos leia Alexandri en el rostro de Gaspar, mientras él contemplaba con repugnancia aquel montón de ruinas, donde aún creía descubrir los pensamientos más bajos y las esperanzas mas traidoras.

Alexandri pensaba, que apesar del tiempo y de los cambios de fortuna, Gaspar y él seguían siendo enemigos, y tuvo la intención de renunciar á la vida en familia con aquel hombre; pero era tarde para retroceder y siguió adelante.

Cuando todos estaban reunidos en la mesa, con excepción de Gaspar, el médico habló con entusiasmo de la bondadosa mansedumbre del enfermo y de la reforma que se había operado en su criterio.

Se compadecía de sus desgracias, y esplicaba sus faltas como el producto de un estado patológico

especial, que releva á los hombres de sospechas de criminalidad.

Hay seres que están siempre dispuestos á compadecer á los más famosos criminales. El doctor Bojesman iba más allá de la compasión; su proceder nacía del derrumbe de las leyes del buen sentido, de la exaltación morbosa en la apreciación del honor, y del delito bajo y cobarde; pero nunca de la farsa.

Bojesman era incapaz de sensibilerías de melodrama y de entusiasmos artificiales; era sincero y noble.

La perversidad y el crímen le repugnaban; pero su natural bondad le conducía por sendas extraviadas al convencimiento de que el crímen no existe sino como caso potogenísico.

Creía que estudiados esos casos y obtenida la curación, el paciente se convertia en un ser inofensivo, todo bondad y nobleza.

Pensaba que Gaspar había sido víctima de una de esas enfermedades, que algunas veces hallan su terapéutica en otras enfermedades, por aquello de, *similia similibus curantur*. Creía que la sífilis había curado la delincuencia.

Y tal era el entusíasmo que le comunicaban estos pensamientos, que olvidándose de la clase de público que le escuchaba, dijo:

—El fermento antropológico suele engendrar un estado morbífico especial, que produce la patopacia, y tiende al acto impulsivo.

Ese estado morboso es reagravado por el ambiente, el clima, el terreno y la sociedad; agentes que acentúan las excitaciones nerviosas, hasta producir la desesperación y la locura; pero con un tratamiento acertado, el morbo se extingue; la impulsión desaparece; las fuerzas antropológicas se equilibran; el cerebro se ilumina, y el mundo físico entonces, actúa en el sentido de la calma y la bondad.

A este resultado llevaremos á Gaspar, concluyó diciéndo el médico, con acento de convencido.

Alexandri y Olimpia escucharon, sin dejarse convencer, las disertaciones del médico; para ellos Gaspar, era tan malo entonces, como había sido antes. Su arrepentimiento, era aparente.

De todas las personas que se hallaban reunidas, la que más le gustaba á Gaspar era Lehio.

De una ojeada le había calado. Se prometía hacer de él un instrumento, en cuanto se mejorase, y con tal objeto, le rogaba que le hiciese sociedad, cada vez que sus ocupaciones se lo permitían; Lehio también simpatizaba con Gaspar. Su conversación chistosa y sus teorías sobre el juego, le entretenían.

Gaspar aseguraba conocer el secreto de ganar siempre en el juego, y Lehio abría la boca de admiración.

Jugar y ganar siempre! Repetía Lehio, sería magnífico!

Un hombre que juega y gana el dinero por montones, parecerá un Dios.

—Hace mucho tiempo que conoce Vd. ese secreto don Gaspar?

—Desgraciadamente lo conocí después de haberme arruinado. Me lo comunicó un enfermo al morir, cuando yo estaba en el hospital muriéndome y sin un peso.

—Y será cierto?

—Ciertísimo. El dia que pueda verme sano, se convencerá Vd. de la verdad.

—Pero ¿cómo puede ser eso?

—Muy sencillo. Es cuestión de una simple droga que hay en las boticas.

—Dios quiera que se mejore Vd. pronto.

—Si muero, le dejaré el secreto.

—Que ha de morir! El doctor asegura que antes de dos meses, se paseará ágil y sano.

—Tengo ciega confianza en la sabiduría de mi hermano. Si él lo asegura, lo creo.

—Lo repite todos los días. Dice que en cuanto

desaparezcan las placas de la garganta y le estraiga un hueso de la nariz, estará Vd. bien.

Quedará algo gangoso; pero eso no importa.

—Aunque me quede mudo. Lo que quiero es levantarme de esta cama, que me tiene los huesos molidos.

Estas conversaciones, alternadas con anédoctas graciosas, hacían las delicias de Lehio, que pasaba la mayor parte del día al lado de Gaspar.

El médico atendía su clientela, que dia á día aumentaban sus éxitos profesionales, y las familias de los altos entretenían los ocios con partidas de ajedrez, de dominó y de billar.

Jugaban un día Alexandri y Baudilia al billar, mientras que en la habitación inmediata cosían Olimpia y Cefisa.

—Esta partida la pierde Vd. señor Alexandri, dijo Baudilia mirando en el marcador la ventaja que llevaba.

—Todavía no me doy por vencido.

—Le aseguro que la pierde; alguna vez me había de tocar ganarle.

—Es la primera vez que jugamos mano á mano.

—Al billar, sí... ¿Piensas que no te he conocido? dijo Baudilia en voz baja.

Alexandri la miró sorprendido.

—Me tuviste miedo; creiste que soy tan débil hoy como ayer; pero te equivocaste. Te digo esto, para que no creas que me engañaste con tu seriedad y tus invenciones de parecido personal con el joven italiano de quien una vez me hablaste, para desvanecer mis sospechas.

—Pero señora, Vd. se equivoca!... Me toma por algún otro...

—Que necedad! Déjese de comedias. Yo sé tambien quien es Vd. como Vd. quien soy yo; pero lo pasado, olvidado. Sé los deberes que me impone mi posición y la de Vd., y no hablemos más.

—Perfectamente, Baudilia. Piense Vd., para la felicidad de todos, que jamás nos hemos visto hasta el dia de su primera visita á Olimpia.

—Así es necesario; pero reconozca Vd. que no soy una imbécil á quién se le hacen tragar ridículas comedias.

—Lo reconozco.

La partida concluyó, y el secreto de la conversación quedó oculto para todos.

¡Cosa singular! desde aquel día, los propósitos de Alexandri flaquearon.

Mientras creyó que Baudilia no le conocía, la miraba con indiferencia, y despues de la esplicación que tuvieron sentia placer en estar cerca de ella, aunque no hablasen una palabra.

Una misteriosa atracción le llevaba hácia donde estaba Baudilia, sin que por eso tuviera la más mínima intención de reanudar las antiguas relaciones.

Baudilia no le buscaba; pero estaba contenta viéndole. Donde hubo fuego siempre quedan cenizas.

Cefisa iba pocas veces á ver á Gaspar. Se hallaba disgustada en su presencia y nunca le faltaba un pretesto para retirarse, más que por Gaspar, por Lehio que no se apartaba del enfermo en todo el día.

Gaspar era muy astuto; adivinaba las causas del mal estar de Cefisa.

No se le había escapado el parecido de Lehio con el cochero.

Cuando tuvo oportunidad dijo á Cefisa.

—No tiembles; los hombres fuertes dicen lo que deben decir y callan lo que deben callar, y los muertos no salen de sus tumbas; pero no olvides que nos debemos protección y lealtad.

Cefisa bajó la vista y no contestó.

—Mucho daño te hice, lo reconozco y me arrepiento. Si llego á sanar del todo hablaremos ..... Nosotros somos los únicos huespedes, y pobres que hay en esta casa.

Cefisa se alejó en silencio, mientras Gaspar la seguía con los ojos, dejando vagar en los descoloridos lábios una sonrisa maliciosa.

Desde ese día, Cefisa escaseó sus visitas al enfermo y se mostró inquieta.

Un secreto presentimiento la molestaba.

Estaba segura de que el cojo revolvía algún plan siniestro en su cerebro.

Indudablemente Olimpia y Alexandri tenían razón; aquel malvado no era susceptible de enmienda. Y sin embargo, ella tenía la vida pendiente de sus lábios; no podía irritarle ni combatirle; era una esclava que aborrecía á su amo y estaba obligada á ocultar el aborrecimiento.

La intimidad de Lehio y de Gaspar aumentaba sus alarmas; veía cernerse sobre la familia algo fatídico, incomprensible, y temblaba de miedo.

Olimpia contemplaba con profundo dolor la tristeza de su hija, y por temor de hacerla más honda no le preguntaba nada.

El único que vivía contento, proyectando nuevos medios de bienestar para todos era el médico.

A él todos le querían y respetaban, ocultàndole las nubes que cada uno llevaba en el espíritu.

Deseando Bojesman dar ocupación á Lehio, para que la ociosidad y las relaciones no le condujeran de nuevo á la carpeta, proyectó el establecimiento de un Banco de descuentos, que funcionaría bajo la dirección de Alexandri.

La idea fué bien acogida por todos. Baudilia ofreció un capital igual al de Bojesman y al de Alexandri, para llevar á la práctica el proyecto.

Gaspar apoyó la idea con gran calor, lamentando no hallarse en condiciones de concurrir á la obra.

—Concurrirás con el trabajo intelectual y personal, porque de aquí al día que el Banco se establezca, habrás abandonado el lecho, dijo el médico.

El rostro del enfermo se iluminó con la esperanza y la alegria.

Los preparativos para plantear la institución bancaria empezaron al mismo tiempo, que el médico se dispuso á operar la garganta y la nariz del enfermo.

La sífilis se había localizado definitivamente en esos dos órganos y Bojesman le llevó un ataque decisivo.

Despues de la operación, aunque muy ronco y gangoso, Gaspar empezó á mejorar rápidamente. Ya podía pasarse el día levantado y paseando por sus habitaciones, apoyado en el brazo de su inseparable Lehio.

El bolsillo de Pepe andaba mal provisto; Baudilia pensaba que su marido estaba sujeto por la falta de dinero, y no quería ser ella la causa de que volviera á sus costumbres antiguas.

Al fin, el médico ordenó á Gaspar que se pasease al aire libre, y allá fué el enfermo acompañado de Lehio, del puerto al Cordón y de allí á la Aguada, desde donde volvían á su casa charlando y riendo.

Jamás entraban en ningún café ni confiteria; el único gasto de Gaspar era la compra de un paquete de pastillas de goma, y este lo compraba el solo, en una botica establecida en las orillas de la ciudad.

En uno de esos dias de paseo decía Gaspar.

—Indudablemente, mi querido Lehio, nosotros hemos nacido para ser amigos y no separarnos más.

Ah! si hubieramos sido amigos cuando yo era rico y galanteador de bellas mujeres, con que gusto hubiera partido con Vd. mi dinero y mis triunfos amorosos. Nunca he podido tener un amigo elegante, decidor, de esmerada educación é inclinado á la gran vida.

—Lo mismo digo yo. Recién sé lo que es tener un amigo. Sin Vd. ya no estária en Montevideo. Esta vida pesada, sin diversiones ni alternativas, me fastidia.

—Ay! amigo, digamelo á mí, que estoy arto de aburrimiento. Con Vd. se puede hablar con franqueza y no tengo inconveniente en declararle, que poco

tiempo estaré enjaulado como loro, comiendo la miga del pan del amo, dijo Gaspar.

—El dia que Vd. se vaya, me voy yo también.

—Ese dia llegará. No crea que yo estoy aquí por gusto, ni porque me falten ideas para volver á ser rico y felíz. En esta cabeza, amigo Lehio, hay mucho barullo.

—Ya lo sé; no en vano le quiero tanto; pero no conviene perder mucho tiempo.

—Perderemos el menos posible. Antes de todo necesitamos plata, mucha plata para vivir bien y pasmar á los calaveras con nuestros grandes hechos.

Vivir como enclaustrados, viendo el placer sin poder comprarlo, no es vivir.

Yo quiero atar mis últimos dias á una rueda que dé vueltas sin cesar, que tan pronto me arrastre á la cumbre como al precipicio; que me maree, me aturda y concluya arrojándome en pedazos á formidables distancias.

Quiero volver á quedarme dormido en las carpetas, ébrio en los lupanares y loco en los camarines del teatro,

¡Virtud!... ¡Mentecatos! Han inventado esa palabra para idiotizarnos y dirigirnos hácia el sepulcro como dócil rebaño de carneros. Nos quieren contentar con la pobreza, con una sobriedad que embrutece el espíritu y una quietud que atrofia los músculos. ¡No! Lucharemos; les haremos soltar el dinero que guarda su avaricia, amontonado, inactivo como si fuese destinado á un eterno yacimiento.

Se lo arrancaremos todo y le daremos el giro á que fué destinado por sus inventores-

—A una sola persona oí hablar así. Creo que solo los tres pensamos de ese modo, Gaspar.

—¿Que persona es esa?

—La viuda de Saparetti.

—¿Es muy rica?

—Mucho.

—Reside en Buenos Aires?

—Si.

—Si mis planes tienen éxito, pronto le haremos una visita.

—Manos á la obra.

—Sí, manos á la obra. Veremos que cara ponen después, el bandido Alexandri y el médico imbécil.

Lehio se detuvo y miró atentamente á Gaspar.

—¿Le sorprenden mis opiniones?

—Respecto de Alexandri no; con respecto al médico sí, porque me parece un buen hombre.

—El médico es un alucinado del género tonto, que se empeña en vivir en nido de víboras. Oigame bien Lehio.

Alexandri fué mi peon; Olimpia es una mujer viciosa, que abandonó el hogar marital con su amante, y mató al marido á fuerza de disgustos,

Cefisa fué lo más perdida que puede ser una mujer.

Baudilia... la conoce Vd. bien. A pesar de ser Vd. un hombre superior, no pudo hacer nada bueno de ella.

—Es cierto; de nada le han servido mis consejos.

—Pues bien, Alexandri, desde ladrón hasta asesino nada le queda por aprender. Y escuche Lehio; Alexandri y Baudilia se entienden, lo mismo que se entienden el médico y Cefisa.

Lehio abrió desmesuradamente los ojos, mientras Gaspar continuó:

—Y sabe que porvenir le espera á su mujer? Pedir limosna. Alexandri le ha de robar cuanto tiene, y se ha de ir á Italia á gastar un dinero, que es de Vd., con gringas sucias como él.

Porqué no le deja Baudilia manejar su fortuna á Vd?

—Muchas veces le pedí poder para administrar nuestra fortuna y me lo ha negado.

—¡No le digo! ¿Se dá cuenta ahora del motivo de esas negativas?

—Empiezo á ver claro; pero sé manejar una pistola con seguridad y acierto.

No diga disparates, mi amigo Lehio; estos pájaros no se cazan á tiros.

Yo me encargo de cazarlos á todos sin detonaciones de arma de fuego, ni intervencion de autoridades Déjeme seguir mi camino; pronto será Vd: dueño del capital de su mujer, y yo del dinero del médico, Alexandri y Olimpia.

Somos sus herederos forzozos.

Lehio no entendía bien lo que quería decir Gaspar; pero su audacia le infundía una confianza ciega.

No preveía los sucesos que iban á desenvolverse á su alrededor; pero le seducía y agradaba la esperanza de tener mucho dinero para derrochar y satisfacer sus inclinaciones.

—Ya estamos cerca; pongámosnos la careta y silencio sepulcral.

Quedamos doblemente vinculados por el secreto y el invariable cariño que nos profesamos, dijo Gaspar al encontrarse cerca de la casa.

Lehio apretó los dos lábios con el indice y el pulgar y no habló más.

Bojesman les esperaba en la puerta.

—Es demasiado largo el paseo, Gaspar, dijo el médico haciendo entrar á los dos paseantes en el consultorio.

Sientate aquí. Haber el pulso.

Un poco agitado, pero vamos bien. Toma esta cucharada de licor yodurado y vete á descansar. Si tienes sed, que te hagan un refresco de frambuesa, dijo el médico, tocando cariñosamente la espalda del enfermo.

—Ni con toda mi sangre podré pagar tus cuidados, dijo Gaspar llevándose el pañuelo á los ojos y retirándose á su departamento acompañado de Lehio.

—¡Pobrecito! murmuraba el médico, y dudan de sus buenos sentimientos!

—Lehio, dígale á Cefisa que me prepare un refresco de frambuesa; estos sirvientes son tan brutos, que no sabrán hacerlo.

—Lo haré yo.

—No; el médico siempre se lo mando hacer á ella.

Lehio subió y dijo á Cefisa, que el doctor le pedía sirviese un vaso de frambuesa á Gaspar.

Cefisa acató la orden con desagrado.

—¡Pobre mi ángel! cuanto trabajo te doy, dijo Gaspar, viendo llegar á Cefisa con el refresco. Oh! no durará mucho tiempo esto. Ya estoy bien, y pronto seremos libres otra vez; te quiero más que nunca, y tú sabes que no hay obstáculos que me detengan......

Cefisa vió sobre los sonrientes lábios de Gaspar la sombra del crímen. Lo adivinaba en sus miradas, en aquella calma terrible que ella conocía bien y en aquella sonrisa helada, precursora de delitos, en los lábios de Gaspar.

—Eres mi tío...... no repitas las palabras que acabas de pronunciar. La Cefisa de otros tiempos, ha muerto abandonada en un hospital.

—Aún no me has perdonado y tienes razón; pero yo haré que me perdones. Haré por tí cosas tan estupendas, que al fin la antigua Cefisa resucitará.

Gaspar se sonreia, pronunciando estas palabras; su mirada era glacial, penetraba en el pecho de Cefisa como la hoja de una daga envenenada.

—No volveré á tus habitaciones, Gaspar. Soy tu sobrina y no me respetas. Además conozco que meditas algún crímen.

—Sí volverás. Tú eres mía y no te dejo escapar. Volverás porque yo lo quiero. Bien sé que los crímenes no te asustan, dijo Gaspar con mucha pausa y sonriendo de aquella manera que tanto asustaba á Cefisa.

Ella no esperó más; salió casi corriendo, mientras Gaspar la decía.

—¡Cuida la lengua, Cefisita....

—Cuando Olimpia vió volver á su hija se sorprendió; traía la cara pálida y desencajada.

—¿Qué te sucede? Estás enferma?

Alexandri oyó estas preguntas y se presentó en la habitación dónde se habían formulado.

— Mamá, dijo Cefisa con febril agitación, Gaspar medita algún plan siniestro.

—¿Sobre que? preguntó Alexandri frunciendo el ceño.

—No lo sé; pero estoy segura que proyecta algún crímen. Lo conozco en la reticencia de su conversación, en sus miradas, y en sus sonrisas infernales.

—¿Te comunicó algo? preguntó Olimpia alarmada.

—Nada concreto; el es así. Nunca dice las cosas claras; hay que temer á sus ambigüedades.

—Le tienes miedo Cefisa, y hasta sus sonrisas te espantan, dijo Olimpia.

—Algo de eso hay, observó Alexandri, pero el hombre es capaz de todo y conviene prevenirse. De buena gana le retorcería el pescuezo.

—¡Alexandri! No seas loco, dijo Olimpia en tono de dulce reconvención.

Cefisa se sintió acometida de una fiebre violenta y tuvo que acostarse.

El médico la examinó, recetó un medicamento y dijo:

—No es nada. Una ligera conmoción nerviosa, que desaparecerá con la noche.

Como lo había predicho el médico, Cefisa se levantó al día siguiente sin fiebre.

Faltaban dos meses para abrir el Banco al servicio público, cuando Olimpia recibió un anónimo denunciando las relaciones de Alexandri con Baudilia.

—No hay más que un cobarde capaz de tales infamias, dijo Alexandri, devolviéndo el anónimo á su mujer.

—Y ese cobarde es Gaspar, dijo Olimpia indignada.

— El mismo, repitió Alexandri. Empieza el árbol á dar sus frutos y no me sorprende. Lo había previsto.

Pocos días después de este incidente, recibió otro anónimo Baudilia en el cual se le decía, que Lehio era el amante de Cefisa.

La letra de los dos anónimos era igual.

—Es él, dijo Alexandri. Hemos concluído; hay que arrancarle la lengua.

—Esperemos; no digamos nada á Mycenas, hasta no tener completa seguridad de quién es el miserable autor de los anónimos, dijo Olimpia.

Este parecer fué aceptado y todos guardaron silencio.

No tardó en recibir otro anónico el médico, en que se le decía, que era negociante en mujeres bellas, amante de Cefisa y muchas otras indecencias.

Bojesman leyó el anónimo á su familia reunida.

Al concluir la lectura, Gaspar estaba indignadísimo, Decía que si el conociera el autor, le pulverizaría.

Alexandri sacó del bolsillo los otros dos anónimos, y el médico verificó, que estaban escritos por la misma mano que el suyo.

La letra afectaba los caracteres de imprenta.

En estas infamias, está metido algún miserable aventurero, decía Gaspar. Yo me ocuparé de descubrirle y ay! de él. Por lo pronto, presentemos los anónimos á la policía.

Lehio no decia nada, ni entendía una palabra de los propósitos que pudiera tener el autor de los anónimos.

Respecto de su mujer, creía en lo que se le decía; respecto al médico, le parecía una barbaridad.

En cuanto á su relación con Cefisa, lo único que le contristaba era que no fuese cierta, porque si aún no la había solicitado, tenía proyectado hacerlo.

Le llamaba la atención que el autor delos anónimos se olvidase de Gaspar.

Bojesman se mostró inquieto. No creía tener enemigos y resultaba, que tenía uno que valia por diez.

—Tenemos perseguidores, hermanos, decía Gaspar

con iracundo acento; tenemos enemigos capaces de esterminarnos á todos, porque el que nos tortura el alma, es capaz de apuñalearnos el cuerpo; es necesario estar alerta.

Las iras de Gaspar llegaron á tal estremo, que Alexandri y Olimpia ya dudaban que fuese el autor de los anónimos.

Cefisa era la única que estaba segura que eran de él, y veía en ellos las avanzadas del crímen.

Gaspar buscaba el modo de convencer á todos de que tenían enemigos ocultos, para que en la hora del crímen, no le rozasen á él las sospechas

A ese fin iba encaminado el deseo de presentar los anónimos á la policía.

Así pensaba Cefisa y pronto veremos si pensaba con acierto.

Bojesman se negó á dar aviso á las autoridades por temor al escándalo, y todo quedó en silencio hasta ver si se descubría la procedencia de los anónimos.

Alexandri bajó un día á visitar á Gaspar, y Lehio los dejó solos, para ir á desafiar á Cefisa á jugar al dominó.

— Gaspar, ya sabes que te conozco. Tu eres el autor de los anónimos. Estás empeñado en que yo te mate y lo vas á conseguir.

—Es posible Alexandri, que me creas tan canalla. Yo que estoy arrepentido de mis faltas; que vivo lleno de gratitud para todos; que me desespero por conseguir que me perdones los disgustos que te dí en otros tiempos; yo que daría mi vida por mis hermanos y por tí; yo que fuí arrancado del hospital por ese bendito médico, que es mi hermano; yo que le debo la vida, la ropa que me pongo, el alimento que me llevo á la boca y el aire de bien estar que respiro... ?Yo Alexandri?... Me pegaría un tiro, antes de cometer tal infamia.

—Tu eres como los cocodrilos, Gaspar; no creo en

tus palabras; has nacido malo y morirás como has nacido.

—Alexandri, Alexandri, por el ser que más quieras no me desesperes con tus dudas. Creeme por la memoria de mis padres, si no quieres que me levante la tapa de los sesos ahora mismo, dijo Gaspar, tratando de sacar un revólver de la mesa de noche.

—¡Miserable! dijo Alexandri tomándole del brazo. ¿Crees que no te conozco las intenciones?

Gaspar se sentó pálido de rabia. Aquel hombre era su domador, adivinaba sus pensamientos; con él era inútil fingir.

Si hubiera podido sacar el revólver, lo hubiera descargado sobre Alexandri; tales habían sido sus intenciones, al ver que no le podía engañar.

Esta actitud de Gaspar confirmó las sospechas de Alexandri; el cojo era el autor de los anónimos; premeditaba alguna acción aleve.

—Bueno, Gaspar, adios y prepárate para entenderte conmigo, en la primera ocasión que te tiente el diablo, dijo Alexandri saliendo.

—Veremos el fin que nos espera, murmuró Gaspar lanzando una mirada de odio sobre Alexandri.

—El es, dijo Alexandri á Olimpia, y creo como Cefisa, que medita algun crímen.

—Es necesario decírselo á Mycenas, dijo Olimpia.

—Es inútil; nadie se lo haría creer. El doctor está ciego y nuestra revelación le haría más mal que bien.

—¿Y que haremos en este caso? Vámonos de aquí.

—¿Con que pretesto?

—Con cualquiera.

—Y dejamos á toda esta gente en manos de un bandido? No; el único que puede contenerle soy yo; si me voy, cualquier noche los asesina á todos; los roba y desaparece.

—Y Lehio, que no se separa de él, no sabrá algo de sus proyectos?

—Que ha de saber ese imbécil. Le maneja como

á un muñeco, sin darle más esplicaciones que las convenientes para sus planes.

Lo que tenemos que hacer es desistir de la fundación del Banco.

—Debemos decir á Baudilia que esté alerta.

—Díselo tu; yo manifestaré al doctor mi resolución respecto al Banco.

Al saber Baudilia lo que ocurria, dijo, que si ellos se iban ella haría otro tanto. Que no quería esponerse á morir ni á ser robada; que la amistad de Lehio con Gaspar le causaba inquietud. Antes su marido no era más que un tilingo y ahora se mostraba preocupado y lleno de reservas; parecía que alguna mano estraña le manejase la conciencia.

Que muchas noches habia soñado cosas horribles y tenía miedo.

La reunion de tan etereogéneos caracteres empezaba á dar resultados fatales.

Bojesman no podía comprender, porque Alexandri renunciaba á la instalación del Banco.

El veia en aquel establecimiento el medio de que Lehio se acostumbrase á trabajar, y de que Gaspar tuviese una distracción provechosa para su completa curación.

Alexandri se mostró inflexible, sin esplicar las razones que le guiaban, y al ver que Olimpia y Baudilia pensaban del mismo modo, el médico no insistió.

Gaspar andaba por toda la casa, y para entretener la ociosidad, iba de vez en cuando á la cocina para preparar algún plato especial con verdadera maestría culinaria.

Con ese motivo, se hizo gran camarada del cocinero, al cual obsequiaba con buen vino.

Cefisa no perdía de vista á Gaspar. Se imaginaba que sus idas á la cocina y sus chacotas con el cocinero, tenían algun fin oculto, puesto que Gaspar no era hombre de hacer las cosas sin tener en vista propósitos pensados.

En uno de los paseos que hacían Gaspar y Lehio, dijo el primero con acento abatido.

—Mi querido Lehio, el Banco se queda en proyecto; nuestra esperanza de ser ricos se convierte en humo; solo mi secreto nos puede salvar, y se necesita algún dinero para las primeras apuestas, y para comprar la droga que nos hace falta.

Para lo segundo, tengo yo bastante; para lo primero, es necesario que busque Vd. en los bolsillos de su mujer.

—¿Cuanto se necesita?

—Con quinientos pesos hay bastante.

—Yo los saco, sin que ella lo conozca. En el cajon de la cómoda he visto bastante dinero,

—¡Hombre precavido! ¡Amigo incomparable! Estamos salvados. Ahora es necesario, que en aquella botica que estamos viendo, me compre lo que voy á escribir en este papel.

Cuando hemos pasado por allí hace un momento, estaba un chiquilin en el mostrador.

Pregúntele si está el patrón, y si dice que no, dígale que le venda un paquetito de polvos blancos, del primer frasco del segundo estante, que está á la derecha, y le dá estos diez pesos.

Si está el patrón, le entrega este papel pagándole lo que le dé. El papel decía: «Goma dragacante, media onza.»

Lehio se dirigió á la botica.

El niño estaba solo, y siguiendo las indicaciones del marchante, le dió un paquetito de polvos blancos y guardó los diez pesos en el cajón.

Cuando Lehio salió, el niño sacudió el frasco para que no se viera la cantidad de polvos que faltaba, examinó en seguida los diez pesos, y con sonrisa de satisfacción se los hechó al bolsillo.

Gaspar desenvolvió el paquete, toco los polvos con la punta de la lengua, escupió en seguida y moviendo la cabeza de arriba á bajo, dijo:

—Exactamente. Con esto, no habrá jugador, por hábil que sea, que no deje su dinero en nuestras manos.

Lehio no cabía en sí de satisfacción; le parecía que acababa de hacer una operación difícil é importante y se frotaba las manos, tosía con impertinente orgullo, y llevaba la cabeza levantada con soberbia actitud.

Despues que tuvo la droga en el bolsillo, Gaspar habló poco.

Pocos dias despues de este paseo, Gaspar se sintió enfermo y se acostó, una hora despues de haberse levantado.

Mycenas reconoció los síntomas de un envenenamiento producido por arsénico; pero al suministrar al enfermo una pequeña dósis de agua albuminosa, el vomito eliminó del estómago la sustancia tóxica.

Entonces vió el médico, que aunque el enfermo no hubiera sido atendido no habria corrido peligro, tal era la pequeñez de la dósis absorvida.

Gaspar dijo que le dolía mucho la cabeza y no quíso almorzar.

Aún no estaba servido el café, cuando toda la familia se sintió con iguales síntomas á los de Gaspar; pero mucho más violentos.

El médico corrió hácia una botica que estaba á pocos pasos de su casa, y se proveyó de los contravenenos más enérgicos; tomó él una dósis, hizo tomar otra á cada uno de los enfermos, prohibió á los sirvientes que probasen la comida y mandó llamar á un médico.

A pesar de la prontitud y acierto con que procedió Mycenas, el restablecimiento de los envenenados tardó tres dias y el de Lehio mucho más, por haber sido el más fuertemente atacado.

La noticia cundió por toda la ciudad, con exageración de detalles y comentarios extravagantes.

El cocinero fué aprehendido y los sirvientes hábil-

mente interrogados, sin poderse descubrir al culpable.

El médico se aferraba á la idea, de que un enemigo invisible trataba de esterminarle con toda su familia.

¿Pero quien podría ser? ¿Qué interés tenía en destruir un hogar honesto y feliz?

Mycenas no volvía de su asombro. No hacía mal á nadie, se hallaba rodeado de todos sus hermanos, corrigiendo á los que se habían viciado en el abandono; era caritativo y sin embargo había quien se complacía en perseguirle.

¿Es acaso el hombre bueno una fiera á la cual debemos acosar sin descanso, mientras los malos viven tranquilos? se preguntaba Bojesman, olvidando sus teorías optimistas.

¡Todos envenenados! Solo el pequeño Pepe se escapó, por no comer más que golosinas.

¡Qué atrocidad! Pudimos haber muerto todos en dos horas. Veremos si la policía dá con el hilo del delito, murmuraba el médico horrorizado.

Entre tanto, Alexandri hablaba con Cefisa de esta manera.

—¿Pero le has visto hoy ir á la cocina?

—Hoy no; le he visto otros muchos dias.

—Si, pero el primer atacado fué él.

—No importa; lo fué muy ligeramente. Es capaz de haber tomado una pequeña cantidad de arsénico, para disimular su delito. Alexandri, este hombre nos matará á todos de cualquier modo, estoy segura de lo que te digo.

¡Cara....! rugió Alexandri fuera de sí. Que venga lo que quiera, dijo y se lanzó por la escalera como un uracan, arrastrando á Olimpia que pretendía detenerle.

Alexandri no veia nada; no sentía el peso ni oia los gritos de Olimpia, hasta que Bojesman le interceptó el paso diciendo;

—¿Qué es esto, señor?

—Por Dios! decian Olimpia y Cefisa, colgadas del cuello de Alexandri.

—Mycenas detenle; lé va á matar. Mira como tiene los ojos y la cara; está loco, gritaba Olimpia.

Recien Bojesman advirtió en ese momento la espresión de salvajismo que se reflejaba en el rostro de Alexandri; estaba espantoso, no era ni su sombra.

—¡Alexandri! gritó el médico sujetándole con dificultad entre sus brazos.

Alexandri, al fin, dejó caer las dos manos sobre los hombros del médico y una interjeción tremenda se le escapó de los labios.

—¿Pero que hay? preguntó el médico.

Alexandri algo sosegado, esplicó al médico lo que hasta entonces había callado.

El asombro de Mycenas fué indescriptible.

—¡Gaspar! ¡Èl!..... repetía el médico. Es una pesadilla espantosa.

—Doctor, piense de mí lo que quiera, pero hay candídeces que son crímenes. Quiere que le pruebe que Gaspar es el envenenador?

—Sí; lo quiero, lo exijo.

—Está bien; deme plazo hasta mañana, y que no sepa lo que acaba de ocurrir.

—Se lo prometo.

Alexandri fué al departamento de Baudilia y preguntó por Lehio.

—Debe estar abajo.

—Hagale llamar, dijo Alexandri secamente.

Baudilia hizo llamar á su marido, y Gaspar dijo que había salido á la calle.

En efecto, Lehio subía cuando Alexandri bajaba la escalera furioso, y al mirarle la cara, huyó sin saber por qué.

Alexandri se fué á su departamento.

Apenas Lehio entró, y antes de que hablara con Gaspar, Alexandri se encerró con él en una habitación.

La energía y la astucia de Alexandri, obraron mi-

lagros en el animo de Lehio, que temblaba ante aquel hombre, como no hubiera temblado ante ningun otro.

Contestó con ingenuidad todas las preguntas que le hizo Alexandri.

La conferencia terminó con estas palabras.

—Quiero que esta conversación quede reservada entre los dos solos, señor Lehio. ¿Me entiende V.?

—Entiendo.

Despues de esta entrevista, Alexandri, habló con el médico y juntos se metieron en un coche que se detuvo en la puerta de una botica del Cordón. De allí volvieron acompañados de un niño.

Llegaron á su casa, entraron en el consultorio, llamaron á Lehio y al verle entrar, dijo el niño.

—El señor fué quien me compró el paquetito de polvos.

—Es cierto, contesto Lehio; los compré para Gaspar.

—Perfectamente, dijó el médico. Cochero, vuelva V. á llevar á este niño á la botica; y V. amigo Lehio, silencio, y déjenos un momento solos.

Lehio salió del consultorio.

—Este cretino compró la soga conque él mismo debia ser ahorcado, dijo Alexandri.

El médico sin contestar una palabra, se reclinó con abatimiento en el hombro de Alexandri.

Hubiera preferito la muerte, al desengaño que acababa de sufrir.

Perdía de un solo golpe un mundo de dulces y queridas creencias.

Se le presentaba el hombre bajo una faz desconocida para él; ingrato, insensible al cariño, malo, bestia é incapaz de redención; hipócrita despreciable; incurable.

—¿Es así la humanidad? ¿No existiran para todos los hombres los ideales del honor y la comunión del hogar? ¿Es mentira el desinterés? el amor al prójimo,

la lealtad, las dulzuras de la familia y el placer del agradecimiento.

¿De qué fragmentos está hecho entonces mi cerebro? ¿De qué me sirve haber abierto muchos libros y conocer las ciencias médicas?

Ciego insensato de mí: Habré vivido tantos años, para encontrarme al fin en medio del camino, solo, dudando, incapaz de saber si es la muerte la mejor de las vidas? Alexandri dejó pasar aquella esplosión de profundo dolor y cuando la energía perdió sus violencias, dijo:

—Ayer le tocó el turno á V., hoy me toca á mí. Cálmese y reconozca, que hay organizaciones para el bien y organizaciones para el mal; la de Gaspar es de las últimas.

—¿Y que fin se puede proponer el hombre que hace el mal sin provecho propio?

—Gaspar había calculado el provecho de su crímen.

—¿Y cual podía ser?

—Muertos todos nosotros, él era nuestro heredero inmediato . . . .

—Se posesionaría de nuestro dinero; pero en cambio perdería su tranquillidad para siempre.

—¡Mi querido doctor! es V. incorregible; juzga á los hombre con una igualdad imposible. Desengáñese: hay que tratar á cada uno come merece, y Gaspar merece un par de grillos. Entréguelo á la policía.

—¡Es mi hermano!......

—Como Vd. guste, dijo Alexandri encogièndose de hombros y dirijiéndose á su departamento.

Para toda la familia, el envenenador estaba encontrado, para Lehio no estaba claro que ese envenenador fuese Gaspar, y por eso al dejar solos al médico y á Alexandri, se dirigió á las habitaciones del cojo y después de comunicarle las sospechas que sobre él recaían, le informó de su declaración ante el jovencito de la botica.

—¡Estúpido! exclamó Gaspar en el colmo de la ira.

—Pero yo estuve en mayor peligro que los demás y no creo en....

—Más valiera que te hubieras muerto ¡Animal! hemos perdido una fortuna, porque si este golpe falló, aún me quedaban aquí bastantes polvos para repetir tres veces la obra, dijo Gaspar, derramando los polvos del paquete en una salivadera.

—¿Entónces es cierto que nos iba á matar á todos? preguntó sorprendido Lehio.

—Naturalmente, y á ti el primero, por bestia, contestó Gaspar sonriendo y hundiendo una mano en el bolsillo del pantalón en que tenía el revólver.

Lehio retrocedió y se dirijió al piso alto de la casa lleno de confusión y de sorpresa, porque él había creído sinceramente en la amistad de Gaspar.

Cuando Lehio subía la escalera, Bojesman salía de su despacho y se dirijía á las habitaciones del enfermo.

—Gaspar, dijo el médico sin sentarse, aquí tienes mil pesos. En este mismo momento sales de esta casa; ni un minuto más puedes permanecer en ella.

—¿Porqué? preguntó el cojo con sonrisa helada.

—Ya lo sabes tú; vete. No te conozco.

—Me iré; pero aún no estoy vencido; lucharé Tómo tu dinero para continuar la guerra, dijo Gaspar guardando los mil pesos que le daba el médico.

—¡Afuera! gritó Mycenas excitado por el cinismo del bandido.

Gaspar salió y al trasponer la puerta de la calle volvió el rostro hácia dentro, fijó una mirada de odio en Bojesman y lanzando una insultante carcajada se alejó.

El médico perdiendo la serenidad, corrió hácia el consultorio en busca de un arma para matar aquella fiera; pero ni armas tenía aquel buen hombre.

Esa tarde, la familia se sentó á la mesa entre un silencio sepulcral. Todos estaban preocupados y no se atrevían á mirarse, por temor de iniciar una conversación que tenía que ser desagradable.

Bojesman parecía avergonzado ; reconocía su incapacidad para juzgar á los hombres y se consideraba el único responsable de los hechos que habían ocurrido en su casa.

Ese día ni siquiera hizo caso de Pepe; se levantó de la mesa y se dirijió á su despacho sin pronunciar una palabra.

Lehio le siguió y le contó lo que le había sncedido con Gaspar.

Bojesman fué al dormitorio del enfermo y halló en la salivadera una cantidad de arsenico bastante para envenenar á cien personas.

— Ahora comprendo, dijo el médico. Ensayaba las dósis para que todos adquiriéramos el convencimiento de que el golpe venía de manos extrañas. Obtenido ese resultado, nos hubiera hecho morir en cinco minutos.

Lehio parecía idiotizado por el cúmulo de sorpresas que le rodeaban. Nadie le había hablado del crímen de Gaspar antes de Alexandri, y este mismo se limitó á preguntarle lo que le interesaba, sin esplicarle las causas ni los fines.

El brusco cambio de Gaspar y las palabras que pronunció en la última entrevista que tuvieron, era la única luz que le había guiado en tan oscuro laberinto, y completaban el conocimiento de la verdad las recientes palabras del médico.

Alexandri esperaba una nueva bellaqueria de Gaspar. Hubiera querido verle en la carcel; pero Bojesman le habia dejado escapar.

Cefisa respiraba con mas libertad; con la partida del cojo, se libraba de una horrible pesadilla.

Olimpia estaba satisfecha y orgullosa de haber salvado á Alexandri de cometer un crímen.

Baudilia tambien creia haber escapado de una gran desgracia, y se dedicaba tranquillamente al cuidado de su pequeño Pepe, objeto de la mayor suma de su cariño.

Á Lehio le miraba con mayor desprecio, á causa de la participación involuntaria que había tomado en los planes de Gaspar.

El que mas sufría era el mèdico. Pasaba la mayor parte del dia encerrado en el consultorio, y apenas hablaba en la mesa.

Alexandri y Baudilia se trataban con intimidad respetuosa; pero ya fuera por el rastro que deja en la memoria la calumnia ó por otra causa desconocida, Olimpia no estaba contenta de la actitud de su marido y de Baudilia.

Lehio, que podía ser un estorbo para el crecimiento de estas intimidades, andaba abriendo la boca detrás de Cefisa.

Indudablemente, las teorías de amor fraternal del médico, serían muy buenas, pero en la práctica no eran aceptables.

El cariño no está en la comunidad de orígen; esta en el frecuente cultivo de las relaciones, en la semejanza de costumbres, y toda aquella gente educada en distinto medio se desunía sin poderlo remediar.

El hogar soñado por Bojesman no se constituye con adultos; se forma desde la cuna, que es la verdadera arca de alianza de la familia.

Desde la partida de Gaspar no existian sobre saltos en la casa del médico, pero se advertía un vacío desconsolador en todas partes, una frialdad que llegaba á los huesos. La franqueza comunicativa había sido desalojada por las reservas del silencio.

Cefisa volvió á caer en la tristeza. Las insinuaciones de Lehio se le iban haciendo insoportables y adoptó la resolución de tratarle duramente para que dejase de molestarla; pero en vez de lograr el resultado que buscaba, se vió más perseguida.

En vista de esto, tuvo una entrevista con Baudilia y le suplicó que reprendiese á su marido.

Baudilia lo hizo así, y por una semana, Lehio se tranquilizó; pero en seguida redobló sus pretensiones.

Cefisa recordaba todas las groserías del cochero, cada vez que Lehio le dirigía la palabra á solas.

Volvió á comunicar á Baudilia las instancias de su marido, y aquella, revestida de toda su severidad dijo á Lehio, que no pusiera más los pies en la casa. Que se alojase en un hotel que ella pagaría y que no se acordase ni de su nombre.

Lehio se hizo el sordo; estaba locamente enamorado de Cefisa.

No quedaba más recurso que decir á Bojesman lo que ocurría y así lo hicieron á un mismo tiempo Baudilia y Cefisa.

El médico se encerró con Lehio y después de reprocharle su conducta, le esplicó el estado en que habia quedado Cefisa después de la enfermedad.

Lehio prometió corregirse, y en efecto, durante un mes no dijo una palabra á Cefisa; pero las confidencias del médico le avivaron más el deseo, y al fin volvió á reincidir, abandonando el terreno de las pláticas y pasando al empleo de la fuerza.

Un día penetró resueltamente en el dormitorio de Cefisa, que se aterró al verle entrar.

Las miradas del asaltante, el rojo encendido de las mejillas, el bigote erizado, los labios dilatados y trémulos, la respiración fatigada, la voz baja, entrecortada y hasta la brutalidad en las acciones, hacían creer á Cefisa que se hallaba delante de Pepe. Le parecía que había abandonado el seno de la tierra para reclamar sus derechos de amante furtivo.

Lehio se lanzó sobre su presa. Hubo un momento en que Cefisa no podía gritar; pero sus brazos eran fuertes, rechazaban ventajosamente la agresión y al fin exhaló un grito ronco, angustioso, que fué oido por Alexandri.

Este corrió al dormitorio de Cefisa y curó las exaltaciones del cupido de una manera radical.

Lehio fué llevado á su departamento con la cara ensangrentada y el cuerpo molido.

Fueron tales y tantos los golpes que recibió, que á los tres días, su fisonomía presentaba un aspecto monstruoso y su cuerpo se había convertido en un mapa mundi.

Bojesman estaba automatizado con lo que sucedía á su alrededor; sin embargo, curó á Lehio, que recién pudo dejar la cama á los veinte dias del suceso, y le dijo que hiciese lo que le había ordenado su mujer.

Lehio no se dió por notificado hasta que Alexandri le reiteró la órden. Entonces resolvió vivir en un hotel.

Ya faltaban dos; era de esperar que la paz se radicara en la casa.

Olimpia no había tomado parte en los acontecimientos relativos á Lehio. Le causaba pesar que este se hubiese ido, porque al fin era un bulto, que se interponía entre Baudilia y Alexandri.

Con la ausencia de Lehio quedaban más libres; podían hablarse con más frecuencia y libertad.

Inocentes apariencias fueron robusteciendo las sospechas de Olimpia, y por último, tuvo un fuerte altercado con Alexandri.

Poco después tuvo otro disgusto con Baudilia, y por fin, resolvió dejar aquella casa, con secreto contentamiento de Alexandri, que se veia obligado á librar en ella una batalla por dia.

La separación fué dolorosa; el médico y Alexandri se querían de veras; pero no habia más remedio que separarse.

Alexandri y su familia volvieron á Buenos Aires.

El soñado hogar seguía despoblándose; la brutal elocuencia de los hechos, destruía una por una todas las utopias de Bojesman.

En aquel caseron inmenso donde se perdía hasta el eco de los pasos, solo quedaban Baudilia y Pepe. Donde había existido el bullicio, imperaba el silencio, la paz de los campos de batalla, donde solo se ven silenciosas cruces.

Al rededor del más sociable y bueno de los hombres se había hecho el vacío. Los vínculos de la soñada unida fraternal se habian ido rompiendo con doloroso estrépito, y la soldadura era imposible.

En el fondo del crisol no quedaban más que dos sustancias, las otras se habian evaporizado en el calor de las pasiones.

En el ancho espacio del hogar dé Bojesman solo quedaban dos figuras: una mujer que no era soltera, casada ni viuda, y un niño pequeño sobre cuya débil cabeza habian pasado huracanes de calumnias, de celos y de muerte.

—Viviré para ellos, pensaba el médico; es el único lazo que me ata á la vida.

La clientela del médico habia llegado á ser numerosa y escogida, su ciencia de curar era más fuerte que su ciencia de sociólogo; con la primera vencía siempre, con la segunda siempre era vencido.

Apesar de la radical reforma operada en las costumbres del amor á su hijo y del afecto inalterable de su hermano, Baudilia, iba languideciendo como una planta desarraigada.

Echaba de menos hasta los disgustos, que tambien entretienen la vida, porque el racional, como los individuos vejetales, no solamente se nutre de agua clara, aire puro y luz hermosa, sino que necesita tambien los fosfatos del estiércol.

Hacía un mes que Lehio no mandaba pedir dinero, y que por consiguiente, Baudilia no tenía motivo para encolerizarse, y esto le causaba disgusto.

Necesitaba alguno á quien llamar idiota y perdulario.

Poco á poco fué acostumbrándose á la idea de preguntar por su marido.

Lehio se había asociado á una muchacha que trabajaba en un circo ecuestre, y vivia tan dominado por ella, que para no abandonarla un instante, había descendido hasta ser el caballerizo de la compañia.

Un dia se presentó Baudilia delante de Lehio, y para arrancarle de aquella triste situación, le echó en cara el oficio en que se entretenía.

Lehio trató á su mujer con insolencia, mostrándose por primera vez altanero.

—Adios, diré que no eres mi marido.

Harás bien; tu marido es el médico brasilero, lo sabe toda la sociedad de Montevideo, porque yo lo he dicho en todas partes.

—¡Infame! dijo Baudilia tapándose la cara con las manos y alejándose de su marido.

Sorprendida volvió á su casa, se encerró y lloró en silencio la más atroz de cuantas infamias pudiera escuchar.

No dijo una palabra á Bojesman; pero desde la entrevista con su marido, la tristeza le asomaba al rostro.

—¿Qué tienes Baudilia? Hace días que estás pálida, y ojerosa; no comes y en tus ojos hay señales de llanto, le dijo un dia Bojesman.

—No tengo nada, lo único que me molesta es verte sufrir á tí.

—¡A mí! Ya no tengo sufrimientos; estoy insensible.

—Hace bastante tiempo que te veo silencioso y abatido.

—Pienso que antes era mi clientela la más numerosa y distinguida de Montevideo, y ahora es escasa y pobre. Simple cuestión de utilidades, que no vale la pena..... Por lo demás, viéndote á tí y á Pepe estoy contento.

—¿Por qué te preocupas de intereses materiales? ¿No soy rica yo?

—Ciertamente; pero mi calidad de jefe de familia.....

—No me disgustes con esas delicadezas exageradas; soy tu hermana, no quiero verte triste; mi fortuna es tambien la tuya; es la herencia de nuestros padres.

—Eso no; yo no tengo herencias, dijo el médico con disgusto, y se fué á esperar consultas que ya no le hacian.

Hojeaba un libro de medicina, cuando entró un hombre en el consultorio diciendo.

—Mi querido colega.

—Hola! siéntese doctor. Veo que hoy le han dejado tiempo los enfermos para visitar á los amigos.

Al contrario son esos mismos enfermos los que me obligan á visitar á V.; mi visita es interesada.

—No importa; así mismo se lo agradezco.

—Siempre fino. ¡qùé lástima¡.....

—Lástima de què, ¿doctor?

—De que...... nos falte el tiempo para vernos más á menudo; pero vamos al grano. Deseo consultarle un caso grave.

—Estoy á sus órdenes,

El médico hizo la exposición sintomatológica de la emfermedad; explicó el tratamiento que habia seguido y manifestó por último que la enferma empeoraba.

—Iremos á ver á la paciente; no se puede opinar sobre estos casos, sin un exámen prolijo.

—No, doctor; deseo oir su opinión sin ir á ver á la enferma.

—Estoy desocupado por el momento, y aunque no lo estuviera, la amistad y el deber me obligan.

—Perdón, doctor; no podemos ir, dijo el visitante con visible contrariedad.

—Se trata de algún secreto? Soy médico y sé lo que debo á mi profesión.

—No es eso...... La enferma es muy caprichosa y su familia muy rara.

—Me parece más raro lo que Vd. me está diciendo.

—Comprendo que tiene Vd. razón; pero no puedo decirle más.

—¿Es enemiga mía la familia de la enferma?

—Doctor Bójesman, empeña Vd. su palabra de caballero de olvidar lo que yo le diga?

— Completamente.

— Conozco sus virtudes; sé que voy á causarle un profundo dolor, pero no quiero pasar por mal amigo.

—Hable doctor. Estoy impaciente por saber de lo que se trata.

—Bueno, ánimo; no se afecte.

—Ya escucho, dijo con impaciencia Bojesman.

—Mi querido colega, una voz anónima ha propagado por todas partes, que Vd. y su hermana .... viven como marido y mujer.

—¡Basta! basta, doctor. Ahora comprendo la soledad de mi consultorio...... ¡Maldita sea la sociedad!......

—Me ha prometido Vd. discrección y calma, y en mérito de esa promesa le dije lo que tal vez debiera callar.

—Sí. Hé prometido discrección y cumpliré mi promesa, aunque tenga que tragar un quintal de hiel. He prometido.... Pero, si no puedo prometer nada! si mi cabeza está próxima á estallar. No puedo prometer la supresión del horror, cuando se me clava un estileto en el corazón.

¡Yo! Mycenas Bojesman, acusado de incesto! Nerón, Nerón; comprendo tu delirio. Una sola cabeza debiera tener la humanidad para suprimirla de un solo golpe.

¡Lodo inmundo! Pocilga infecta, yo te maldigo, exclamó el doctor en el paroxismo de la desesperación.

Bojesman tenía los ojos inyectados de sangre, la mirada encendida y el cuerpo tembloroso.

Daba lástima mirar aquel hombre, marchando de un extremo al otro de la habitación como un loco enjaulado.

De pronto se detuvo, se arrojó sobre el sofá y empezó á llorar como un niño.

El otro médico le contemplaba con satisfacción al

ver que la tormenta había cesado; ya no había que temer.

Le dirigió algunas palabras de consuelo, y le prometió volver pronto á saludarle, recomendándole al despedirse, que no se afectase, que la fortaleza del hombre debía sufrir con entereza los contratiempos de la vida.

Cuando vió salir á su colega, Bojesman empezó á pasearse diciendo.

—¡Solo! Solo otra vez, ahora que Baudilia es buena y Pepe me habla. Vuelvo á la soledad con el espíritu lleno de fantasmas, desengañado, descreído, próximo al ateismo, porque empiezo á dudar de Dios. Tengo que decirles ¡idos! sin atreverme á explicar las causas de esta orden, porque no hallaría palabras para decirle á Baudilia, la asquerosa mancha que la calumnia nos escupe al rostro.

¿Qué le diré cuando me pregunte porque la abandono? Y sin embargo, es necesario que se vaya, pronto; mañana mismo.

Bojesman se acostó temprano, diciendo que no podía comer á causa de una indisposición del estómago.

Baudilia y Pepe fueron los únicos que asistieron á la mesa, pero ni uno ni otro probaron la comida. Baudilia enjugaba disimuladamente sus lágrimas, mientras Pepe, con melancólica indiferencia hacía rodar sobre el mantel el anillo de la servilleta.

A las nueve ya no se oía ningún ruido en toda la casa, y sin embargo, ni Baudilia ni Bojesman dormían.

A las cinco de la mañana ya se paseaba el médico en su despacho, con la fisonomía descompuesta por el insomnio y el cuerpo agitado por la emoción.

A las ocho se dirijió á las habitaciones de Baudilia; pero al llegar á la puerta, retrocedió temblando sin atreverse á llamar y volvió á su despacho.

Media hora después hizo otra tentativa y otra vez le faltó el valor para llevar á cabo su resolución.

Iba á encerrarse otra vez en su consultorio, cuando sintió unos pasos menudos y escuchó el infantil acento de Pepe que le decía.

—¡Tío! ¡tío! mamá está llorando.

Cojió al niño entre sus brazos y besándole con entusiasmo le preguntó.

—¿Porqué llora?

—Yo no sé.

—Vamos á verla, dijo el médico marchando con Pepe en los brazos.

El niño le infundía valor; ya no iba solo, obligado á tomar bruscamente la palabra para decir lo que tenía que decir.

Entró. Baudilia secó apresuradamente sus lágrimas y saludó á su hermano.

—Me dijo Pepe que llorabas....

—Que criatura impertinente. No tengo porque llorar.

—Si, que llorabas; yo te ví, dijo el niño con candorosa imprudencia.

—Veo que te entristece Montevideo... He pensado.., que debes volverte á Buenos Aires, dijo Bojesman con voz ronca y palabra balbuciente.

Baudilia miró à su hermano con figeza, y él bajando la vista continuó:

—Tampoco yo me hallo bien aquí. Hemos sufrido tanto... Deseo volver á París, para recorrer los parajes donde pasé mis días de colegial... Debías irte y esperar allá el envío del mueblaje de la casa. Yo no necesito muebles, y vendiéndolos se malbaratarían.

Baudilia seguía el curso desordenado de la conversación del médico: le veía encorvado, sin apartar las miradas de la alfombra, confuso, reticente, con la voz alterada y la fisonomía descompuesta y adivinaba las causas de su malestar.

Comprendía que toda su bondad y sus inclinaciones á las dulzuras del hogar habían tenido por recompensa, ingratitudes, calumnias y odios y que esas

heridas no se cicatrizarían nunca. Aquel hombre era mártir de su amor al prójimo; un Cristo ilustrado cuyos labios humedecía la esponja de la perversidad, al mismo tiempo que la calumnia le llevaba al Calvario.

Mientras Baudilia hacía estas reflexiones, Bojesman continuaba hablando de esta manera:

—Es conveniente apurar esto. Yo me voy mañana. La casa queda para Pepe; la pueden alquilar. Ya le mandaré la donación en forma.

—Mycenas, yo me embarco esta misma tarde con mi hijo. Conozco tus dolores; no continúes... ¡Somos muy desgraciados!

—Eso no; debemos separarnos solamente, pero nos conservaremos buenos hermanos, dijo el doctor haciendo prodigios por aparecer tranquilo.

—Son las diez Mycenas. Voy á mandar traer los boletos y... ¡Adios! dijo Baudilia abriendo los brazos para estrechar á su hermano.

—¡Adios! dijo Bojesman huyendo hácia su despacho sin abrazar á su hermana.

Pepe soltó el llanto sin saber porqué y Baudilia le oprimió contra su pecho, como si quisiera preservarle del dolor que la acometía á ella. No le quedaba más consuelo que aquel niño sin padre.

Eran dos huérfanos, ricos de dinero y pobres de cariño, que volvían á Buenos Aires como náufragos.

A las cuatro y media Baudila se dirijía al muelle y Bojesman quedaba encerrado con llave en el consultorio.

—¿Y tío? preguntó Pepe.

—Se embarcó antes que nosotros; nos espera en Buenos Aires.

El silvido del vapor hizo estremecer á los dos hermanos. A Bojesman en la azotea de su casa desde donde quería ver la partida del buque, y á Baudilia en la cubierta del paquete, desde la cual miraba la casa que acababa de abandonar.

—El doctor bajó de la azotea cuando ya no se divisaba el buque y al encontrarse solo en su casa exclamó:

—¡Peregrino! vuelve á tomar tu bardón y tu sombrero de anchas alas. Sociedad, quedas complacida... Me has recogido al nacer sin familia, heme aquí otra vez huèrfano, automatizado por tus obras, escéptico después de haber sido creyente.

Has muerto mis ideales, mi ternura; toma ahora lo que te queda; el egoismo de la indiferencia.

Pocos días después de la despedida, Bojesman certificó un grueso cartapacio dirigido á Baudilia y se embarcó con destino al Brasil.

El sobre certificado encerraba la donación de la casa hecha á favor de Pepe.

Para Baudilia habían concluído las amistades galantes; cada vez que recordaba los desórdenes de su juventud se enrojecía de vergüenza.

Al encontrarse sola en Buenos, Aires, puesto que las relaciones con la familia de Alexandri estaban rotas, preguntó por Bahilde, curiosa de saber si se había correjido.

Supo con pesar, que envejecida y cansada por los excesos, agotaba los restos de su fortuna en compañía de un caballero desconocido que la dominaba completamente: que no la dejaba salir de su casa y la arruinaba en el juego.

Desengañada por este lado, volvió sus recuerdos á Bojesman, de quien no había recibido ni una carta.

Escribió á Rio Janeiro y de allí le contestaron lo siguiente:

«Vive en una casita aislada en Botafogo. No quiere tener criádos ni recibir visitas. Cuando le llaman para ver á un enfermo, vá; le receta y se aleja en silencio.

Lleva el cabello y la barba sin podar, viste con

abandono y marcha encorvado como si hubiera vivido ochenta años.

El mismo hace su comida y lava su ropa. Aquí todos dicen que está loco, pero tiene un acierto para curar las enfermedades que causa admiración. No pone precio á su trabajo; recibe lo que le dan.

Nada màs puedo decirle de esta especie de ermitaño.

—Es demasiado bueno para vivir con los hombres murmuró Baudilia al concluir la lectura de la carta.

Esperaba Bahilde á su dueño una tarde, cuando oyó llorar á su hija y fué á ver por que lloraba.

En la habitación donde estaba la niña, vió un perrito que le habían regalado moviendo las mandíbulas con lentitud y soltando babas. De repente se estiró, se cayó y quedó inmóvil.

Bahilde observaba al animal con superticioso terror. Al verle caer se acercó y comprendió que estaba muerto.

—¿Que comió este perro? preguntó á la sirvienta que cuidaba á la niña.

—Unas pastillas que le quitó á Bahildita.

—¿Comió algunas la niña?

—No señora; el perro no la dió tiempo ni para desenvolver el paquete; cuando yo lo ví, casi las tenía concluidas y como estaban babeadas no se las quité.

—A ver si dejó algunas.

—Si, señora, aqui están, dijo la sirvienta recogiendo cuatro pastillas.

—Envuélvalas en un papel, démelas y lávese bien las manos con jabón.

—¿Quién te dió estas pastillas mi hijita?

—El señor Pallini, mamá.

—Ah!.... El señor Pallini!

Bahilde recordó que cuanto más disminuían sus

recursos, con más frecuencia le hablaba su amante de los doscientos mil pesos de la niña y una sospecha terrible cruzó por su mente.

Se vistió, y acompañada de su hija, fué á pedir á un farmacéutico que examinase las pastillas que había dejado el perro y supo que estaban envenenadas.

Bahilde se dirijió á la comisaría é informó al comisario de todos los detalles del descubrimiento, volviendo en seguida á su casa.

Poco tiempo después apareció Gaspar silvando una canción callejera.

Bahilde le contó como había muerto el perro, y Pallini sonriendo le dijo:

— Historias! Esas pastillas las compré en una confitería. Son de las mismas que yo tomo todos los días ¿Y el perro?

—Está en la policía.

—Gaspar miró á Bahilde fijamente y frunciendo el ceño dijo.

—¿Entónces me has denunciado como envenenador?

—Yo no. Denuncié el hecho tal cual es.

En el momento que Bahilde y Gaspar sostenían esta conversación en la sala, se hizo anunciar el comisario.

Bahilde le hizo entrar.

El funcionario público se dirijió á Gaspar diciendo:

— Señor Pallini, vá Vd. á tener la bondad de acompañarme.

—¡Cómo! ¿Preso?

— Si señor; en calidad de preso.

—¿Por qué?

—No puedo decírselo ahora.

—Pues si no puede decírmelo, me quedo donde estoy.

—Es inútil la resistencia, vengo acompañado de dos hombres para hacerle obedecer de todos modos.

Gaspar comprendió que estaba perdido y dijo:

—Puesto que no hay más remedio, vamos.

El comisario se dirigió á la puerta y Gaspar le siguió á poca distancia. Al pasar al lado de Bahilde le hundió un puñal en el pecho, diciéndo:

—Toma; este es el pago de la denuncia.

Al grito que lanzó la víctima, el comisario volvió á la sala. Gaspar mirándole de arriba á bajo, se abrió el vientre con el mismo puñal que habia herido á Bahilde, y cayó de bruces lanzando una carcajada.

Cuando le levantaron, aun tenia los labios contraídos por la diabólica sonrisa que precedía á sus actos criminales.

La noticia del sangriento suceso recorrió rápidamente la ciudad.

Baudilia fué á casa de Bahilde á bastante tiempo para que la agonizante pudiera reconocerla y decirla:

—Vela por mi hija. Fueron las últimas palabras que pronunció.

Cuando Alexandri tuvo conocimiento de lo ocurrido dijo:

—Los que viven mareados, todos mueren así.

FIN

LIBROS DEL MISMO AUTOR

EN PROSA

Abismos.	1	tomo
Buenos Aires novelesco.	1	»
El último Dobaiba.	1	»
Misceláneas.	2	»
En Phantasiha.	1	»
Los Papeles de Antuco.	1	»

EN VERSO

En el Pindo.	1	»

EN PRENSA

Contrastes (en prosa).	1	»

END

TIT